**LA FÁBULA**

**DE LA MUERTE.**

**LA FÁBULA**

**DE LA MUERTE.**

**L. Miguel Torres Encalada**

Homenaje póstumo

a mis padres y a Santiago.

¿Dónde residirán?

Pregunto, y no sé la respuesta.

 ¿Quién sabe?

 aún los tengo a mi lado…

Si no conoces todavía la vida,

¿cómo puede ser posible conocer la muerte?

**Confucio (551 AC – 478 AC) Filósofo chino.**

**LA FABULA DE LA MUERTE.**

INTRODUCCIÓN.

PARTE I

1. LA VIDA.
	1. Supervivencia.
	2. ¿La vida nos pertenece?
	3. La voluntad no nos permite vivir.
	4. La voluntad está sujeta a lo que nos rodea.
	5. La voluntad no es una cualidad exclusiva de los humanos.
	6. Tenemos voluntad sólo en la vida.
2. ESPERANZA DE VIDA.
	1. La pobreza.
3. QUÉ ES LA MUERTE.
	1. ¿La muerte es un espacio?
4. LUEGO DE MUERTOS
	1. Nos convertimos en energía.
	2. Llevamos una vida eterna.

El Tiempo.

* Pasado.
* Presente.
* Futuro.
	1. Reencarnamos en la vida de otros seres.
	2. La inmortalidad.
	3. Muere nuestra conciencia.
	4. Heredades.

5. EL ALMA.

5.1. Sólo los seres humanos la poseemos

5.2. Asimila todas las acciones del hombre

5.3. No tiene forma definida. Es etérea

5.4. Se libera con la muerte del cuerpo material

 5.5. Es eterna

1. LA MUERTE EN LA HISTORIA.

6.1. El pensamiento histórico sobre la muerte.

6.1.1. Pensamiento filosófico.

6.1.2. Pensamiento religioso sobre la muerte.

6.2. Pensamiento moderno sobre la muerte.

1. Y LOS DIOSES TAMBIÉN MUEREN.
2. CUANDO LA MUERTE ESTÁ EN NUESTRAS MANOS.

PARTE II

La Fábula: Cuando muera mi mascota.

Epílogo.

INTRODUCCIÓN.

A diario, los familiares de los deudos, publican en los periódicos los partes mortuorios. Así los seres queridos son despedidos de este mundo. ¿A dónde irán? ¿A dónde iremos? ¿Será que tenemos una vida o una existencia luego de muertos? ¿Al terminarse la vida se acaba nuestra existencia? Muchos leemos los nombres con la firme esperanza que no sea el *nuestro* el que esté publicado. Sin embargo, a veces, encontramos el nombre de algún familiar, de un conocido o de alguien que ha sobresalido en la sociedad. No obstante, la mayoría, son nombres que no nos dicen nada. Y viramos la página para continuar con la lectura de los quehaceres cotidianos de los políticos, de los deportistas… o echamos un vistazo a las páginas sociales y a los anuncios clasificados; nuestra vida sigue sin importarnos quienes han fallecido. No son nuestros muertos. Les pertenecen a otros y esas familias estarán agitadas en los preparativos del velorio**[[1]](#footnote-1)**, de recibir las condolencias, de acoger a los familiares que les visitan, de los amigos y vecinos que llegan al lugar… De la ceremonia religiosa oficiada en el último momento que el extinto nos acompaña… Luego vendrá el sepelio. Y quien ha fallecido ya no estará más con ellos o con nosotros. Después, la gente, con pasos lentos y las cabezas gachas, dejarán el recinto. Unos seguirán con los lamentos en la casa de algún familiar y los demás se irán a sus hogares a seguir con sus propias vidas. Dentro de poco tiempo muy pocos se acordarán del difunto. Dentro de años ya casi nadie se acordará de ellos. Pasará una generación y sólo, como en un sueño y tan leve como una pelusa en medio de una tormenta, acudirá a la mente de sus más allegados familiares. El resto de humanidad ni sabrá que hemos existido. Nuestra existencia en este vasto mundo de miles de millones de seres y de millones de millones de acontecimientos pasará desapercibida…

 Pero, ¿qué es la muerte?

 Será, acaso, la puerta de ingreso a una existencia eterna. O será el final de nuestra existencia por toda la eternidad.

 Disgregar el asunto en las posibilidades que devendrían después de nuestra muerte es uno de los asuntos que me trae a pensar en este tema. Digo uno de los asuntos, pues, pensar qué sucede después de la muerte dependerá, y mucho, de la formación que hayamos tenido en nuestra vida, principalmente, de nuestra formación religiosa.

 ¿Y cuáles serían esas posibilidades? La idea que después de esta vida tendremos otra vida está ligado a nuestra formación. Siendo niños, cuando nuestra idea de la muerte aún no la percibíamos ni sabíamos que forma parte de nuestra existencia, vivíamos a plenitud y sólo después, cuando crecimos y nuestro cerebro se desarrolló, generamos en la mente un concepto difuso de lo que significa la muerte. De niño hemos jugado y realizado diversas travesuras con un insecto, un renacuajo, un pajarito o con una ranita. Muchos de ellos murieron en nuestras manos pero los tomamos como acontecimientos comunes y cotidianos. Nadie, al menos yo no, se puso a pensar qué podría sucederles después de que hubieron dejado de existir. No. No pensamos en una existencia superior ni que, alguna vez, ellos puedan volver a la vida con otra forma de existencia. Simplemente murieron y, si había nacido algún sentimiento hacia esa criatura, lo dejábamos bajo la tierra en el bosque cercano al barrio, bajo un árbol o en el patio solariego del vecino. Con tristeza los despedíamos, nada de rezos ni de pasar una misa en su honor por haber compartido sus vidas con la nuestra**[[2]](#footnote-2)**. No. Al rato ya los habíamos olvidado y comenzábamos otras travesuras

 Cuando recorríamos los campos y los prados veíamos algunos animales muertos, muchos en plena fase de descomposición orgánica, rodeado de varias moscas negras que rondaban sobrevolando el cadáver; la pestilencia nos hacía huir presurosos para otros senderos. Nunca nos vino a la mente que aquellos animalitos pasarían a *mejor vida.* No. No había, o no estaba en nuestra mente un mundo *espiritual* de animales. ¿Por qué? Puede que haya sido porque nos formaron diciendo que ellos no tenían *alma*. Esa esencia que dicen que sólo los seres humanos poseemos y que se libera cuando morimos. Ellos son animales y no pueden estar jamás a la altura de la humanidad. Cuando ellos mueren permanecen en ese estado de olvido para toda la eternidad, así pensábamos. Bueno, aún lo pensamos así. Pero, ¿realmente será así?

 Y si esto creíamos de lo que les ocurría a los animales, menos podemos decir de las plantas y de todo el mundo vegetal. Estos seres son muy inferiores en la clasificación general de los habitantes con vida en este planeta, por lo que, ni se nos ocurre que puedan tener otra vida luego de su vida. ¿Será cierto? ¿Será universal este tipo de pensamiento?

 Ni las plantas ni los animales tienen una vida luego de esta vida. Así pensamos. Es decir, su existencia es única. No obstante, nuestra vida depende de la vida de ellos. Nos enfermamos cuando alojamos, sin querer, en nuestro cuerpo a muchos microorganismos invisibles: los virus y las bacterias. Estos organismos vivos que por continuar su existencia se mutan y nos llegan a matar. Y una vez que estamos muertos otros bichitos, que se han estado incubando en nuestro interior, salen de nuestro cuerpo para, ellos, seguir con vida. La vida debe continuar. Y cuando ellos, los animales y las plantas, nos valen para seguir con vida, los comemos. Siendo que somos más exigentes con nuestra alimentación, y nos deleita degustar diferentes sabores, olores y texturas, preparamos los más exquisitos platillos con sus carnes. Sí. Nos alimentamos con su muerte. Pero no solo de los animales muertos, también de los vegetales. A las plantas y verduras los cultivamos y nos servimos, orgullosos, preparando las mejores ensaladas. Sí. Orgullosos de que nos alimentamos sanamente de legumbres y hortalizas cuando en verdad estamos comiendo plantas muertas. Pero bueno, ellos no protestan; además, qué puede importarnos si ellos no tienen otra vida; cómo pueden tenerla si no tienen alma. ¿Será?

 Cuando algunos animalitos se vuelven nuestros compañeros, llamados mascotas, y fallecen, nos duele su muerte. Ahora, su muerte ya no es la misma. ¿Por qué? Porque ese animalito es *algo* querido; diré: ya no es un *algo*, es *alguien* amado. Y su muerte es acompañada de lágrimas y de entierros ceremoniosos. Abro paréntesis: si esto lo hacemos con su muerte, diré que hay animalitos que viven mucho mejor que millones de seres humanos. ¡Qué suerte de perro! Cierro paréntesis. Con parecido sentimiento lo hacemos cuando nuestro árbol querido o nuestra plantita preferida tienen que morir o se marchita.

 Muchos nos hemos rasgado las vestiduras cuando alguien —con la intención de hacer un *bien a la humanidad—* ha matado a mucha vegetación. ¿Quién tiene el privilegio a la vida? ¿Quién dictamina lo que debe vivir y qué debe morir?

 ¿Y qué podemos decir de las cosas materiales? La tierra, el agua, el aire… ¿Tendrán otra vida después de que hayan dejado de existir…? ¡Cómo pueden tenerlo si ni siquiera tienen vida! Será que realmente, ¿no tienen vida? El mundo microscópico es misterioso. Si nos adentráramos —mejor sería decir: si pudiéramos adentrarnos en él— veríamos que la materia está conformada de *partículas* atómicas que están en continuo movimiento. ¿Qué le impulsa a su movimiento? La energía que los sostiene. ¿Será, acaso, la misma energía que a los seres vivos los mantiene con vida? Al parecer, así es. Todo lo que percibimos con nuestros sentidos es debido a los miles de impulsos eléctricos que se producen en nuestro cerebro.

 Todo tiene vida. Entonces, ¿no existe la muerte?

 Hemos dicho que la muerte “*de algo”* se torna “*de* *alguien”* cuando de por medio hay un sentimiento o un afecto. ¿Será el amor lo que nos hace actuar diferente frente a la muerte de uno u otro ser vivo? Mucho tiene que ver el apego a los seres vivos o a las *cosas inertes*. Así parece. No es lo mismo que muera una persona que nunca hemos conocido que un familiar cercano. Los dos son, o fueron, seres humanos; pero el efecto que nos produce su fallecimiento no es igual en todas las personas. Ese afecto nos lleva a considerar que ese ser querido, luego de muerto, se queda en algún lugar del mundo para vigilar y ayudarnos en las dificultades que podamos encontrar en nuestras vidas. Llegamos, incluso, a guardar cierta veneración y alzamos nuestras voces solicitándole su auxilio. No es que solamente se ha quedado en nuestra mente impregnado en la memoria. No. No sólo que está dentro de nosotros sino creemos que se ha ido a otro lugar y desde allí cuida de nuestros pasos. ¿Por qué tenemos ese sentimiento? ¿Serán prejuicios debido al tipo de formación que hemos tenido desde niños? Sin embargo, esa mejor vida la otorgamos solamente a nuestros allegados, y de aquellos que nunca hemos conocido ni siquiera nos interesa su muerte. ¿Egoísmo? ¿Algo parecido?

 Pero, para el análisis de la muerte debemos, también, reflexionar sobre la vida. No se puede hablar de muerte sin pensar en la vida. Empezaré mi trabajo con este tema. Claro, ni de lejos conseguiré descifrar este misterio de la muerte, menos aún qué es la vida… Sin embargo, la mente humana siempre está en constante ebullición para siquiera atisbar qué hay detrás o más allá de la superficie de estas cuestiones. Llegar a la definición o comprensión real de lo que representa la vida o qué nos espera cuando la llama de vida consciente se apague, no considero que logremos alcanzar en ésta generación… aún estamos imbuidos de muchos prejuicios, metidos hasta la coronilla en las aguas espesas, cálidas y abrazadoras de las fascinaciones ideológicas y de los misterios religiosos que nos impide observar con claridad el panorama que se presenta fuera de la superficie. Deberá, todavía, pasar algunas generaciones de oscurantismo para salir a flote y navegar libres hasta las orillas de la verdad. Lo que pretendo con estos escritos es sólo levantar mi nariz de estas aguas grasosas, llenas de natas, para percibir que también hay otras personas que están en similares faenas y que ya deseamos respirar la brisa de la verdad. No lo sé, puede que sea sólo una ilusión…

 Entonces, mis escritos los he divido en tres partes: la primera vendrían a ser el marco teórico sobre qué puede ser la muerte y qué entiendo sobre la vida. En absoluto definitivo. Como he dicho, sólo son atisbos sacando mi órgano olfativo fuera de las natas de las creencias tan arraigadas en mi mente desde niño. La segunda sería la fábula… Un relato, nada comparable con las fantásticas narraciones de renombrados escritores, sobre… mejor, dejo a ustedes que lo cataloguen… Y, la tercera parte sobre nuestras aspiraciones en la vida, sobre algo parecido a las heredades… Un epílogo. Aquí está mi trabajo.

**PARTE I**

1. LA VIDA.

Existen preguntas fundamentales relacionadas con la vida que aun la humanidad no ha logrado dar una respuesta satisfactoria. Creo que muchos se han cuestionado sobre estos asuntos en algún momento o, tal vez, en más de una ocasión. La filosofía, la ciencia y la religión han tratado de explicar muchos de los temas, sin embargo, las respuestas dadas, en los diferentes ámbitos, para unos puede ser suficiente para su avidez de saber y otras no tanto. Lograr respuestas contundentes que derrumben prejuicios y falsas creencias, para obtener una realidad cercana a la verdad, no ha sido posible. No sé si lo será a futuro. Pero ¿cuáles son esas preguntas? De hecho, las que me formularé no serán, ni por asomo, todas las que el ser humano se ha venido haciendo a través de su historia. Pero creo que algunas de mis preguntas sí estarán dentro de los miles de cuestionamientos que se han expuesto. Son eso: preguntas… aún estoy buscando las respuestas.

Entonces preguntaré: ¿Cuándo y cómo se inició la vida, no sólo humana, sino también animal y vegetal? A veces buscamos una respuesta trivial y, sin mucho analizar la respuesta, declaramos a los cuatro vientos que fue una divinidad quien creo el mundo y todo lo que en él hay**[[3]](#footnote-3)**. Pero ésta solución al tema deja más preguntas que aseveraciones ciertas. La religión en su adoctrinamiento emite conclusiones que no son aceptadas por personas de otros credos y menos por la ciencia. La ciencia ha buscado soluciones basadas en investigaciones, planteándose en una serie de hipótesis y llega a conclusiones que dejan, lamentablemente, varias ventanas abiertas; dijo lamentablemente, pues, estos resquicios son aprovechados por las creencias y logran colarse en las aseveraciones científicas haciendo que las mismas sean fuertemente debatidas. La religión se contrapone a la ciencia y la ciencia tilda de fanatismo a las creencias. La humanidad ignota —me incluyo— se adhiere a las diferentes ponencias de acuerdo con sus enseñanzas, a su precario conocimiento o a la idea que más le parezca razonable. Y vive toda su existencia aferrado a esos conceptos aprehendidos. Con el fin de ganar adeptos a ciertas creencias se utilizan ciertos pensamientos, declarados en alguna ocasión, por personalidades renombradas del ámbito científico**[[4]](#footnote-4)**. Para evitar el confrontamiento de pensamientos los religiosos suelen argumentar que lo que se cree está basado en la fe.**[[5]](#footnote-5)** En base de este proceder cierran el pensamiento alrededor de creencias que rayan en la irracionalidad. Todo argumento contrario es rechazado y tildado de blasfemo.

Para el creyente, la Biblia es la fuente de su sabiduría; y dicen: es sabio porque ha sido inspirada por su divinidad. Al hacer una lectura racional de los pasajes en donde se relata la creación del mundo y de la vida nos damos cuenta que contiene muchas incongruencias, contradicciones y hasta errores infantiles, pero que, sin embargo, es muy difícil aclararle ese pensamiento a quien está convencido y aferrado a su fe. Las argumentaciones científicas basadas en hechos reales no han logrado derrumbar una creencia. La fuerza de la razón se ha visto en la necesidad de que pasen siglos en la evolución del pensamiento para que se evidencie una realidad. Esto lo digo en el sentido que muchos estudiosos han demostrado fehacientemente muchas realidades, pero si éstas están en desacuerdo con lo que manifiesta el libro sagrado, los creyentes no las aceptan y consideran que al mostrar esas verdades se lo está haciendo sólo con el afán de quebrantar su Fe.

Lo que somos, fuimos y seremos será siempre producto de una evolución, de una transformación de todo el entorno que obliga a los seres vivos adaptarse al medio. Entonces la vida es un continuo movimiento de circunstancias y ajustes para que sigamos con nuestra existencia. Por tanto, no existe un sólo momento, en el tiempo cósmico, en que llegamos al desarrollo del estado actual. Hubo etapas de crecimiento que pueden haber durado miles o millones de años. No existe una fecha o un instante en el cual la vida se dio. Y mucho menos de la vida racional o humana. Muchos creyentes han logrado, a medias, aceptar lo antedicho y dicen que los días en los cuales fue creado el mundo, y la vida, no se deben tomar de manera literal sobre lo que está escrito en su libro sagrado, ya que, para su dios un día puede ser mil años como mil años un día.

Mas la eternidad no tiene tiempo. El tiempo es coexistente con la racionalidad del ser humano. Al tener conciencia de que existo valoro el espaciode *tiempo* entre un hecho y otro. La humanidad, como una especie desarrollada o evolucionada, en algún momento de la existencia despertó su intelecto y empezó a percibir los cambios producidos en su entorno, los valoró y cuantificó hasta convertirlo en años, en meses, en días, horas, minutos y segundos. Esta realidad no fue ejecutada en el sentido contrario, es decir: los años y los segundos nunca estuvieron en parte alguna y nunca el ser humano descubrió la existencia de los mismos. La humanidad no creo el *tiempo* sólo inicio con su cuantificación y con su medida. Y esto lo hizo una vez que estuvo consciente de que estaba vivo. Entonces estar vivo es estar consciente de que nuestra existencia es una realidad. Tal parece que los creyentes están sumidos en la obscuridad del entendimiento y han colocado en las manos de la divinidad la creación de las mediciones del *tiempo*.**[[6]](#footnote-6)**

La perorata manifestada es poca cosa con lo que hay que decir al respecto. En resumen, la vida se da luego de un proceso evolutivo que pudieron haber durado millones de años, no se dio de un sólo golpe bastando para ello de un soplo divino.

Hemos manifestado que la vida es conciencia de la existencia. De ahí me viene la siguiente pregunta: ¿Qué es la vida? Una respuesta concreta a este tema no resulta fácil expresar. Para responderme diré: ¿Un ser vivo sabe que está vivo si no es consciente de que existe? Veamos. Miro una roca y yo puedo decir, con sobra de evidencias, la piedra no tiene vida. ¿Puede la piedra decirme que *yo* estoy vivo? ¿Puede una roca decirse a sí misma que está viva? Claro, ustedes dirán que esto es incuestionable, y por tanto, las preguntas caen en el plano de lo ridículo. Y puede ser cierto. Pero qué tal si no es con respecto a una roca que preguntamos y, si en ese lugar, ubicamos a un árbol o a algún animal. Entonces, a las mismas preguntas formuladas a la roca, de los vegetales y animales obtendríamos las mismas respuestas. Pero no es tan así. Pero antes de adentrarnos en ese embrollo de encontrar respuestas a la vida, veamos la supervivencia.

* 1. **Supervivencia.**

Un animal (el ser humano también) para su supervivencia necesita alimentarse y puede hacerlo tanto de otros animales como de vegetales, o sea: de seres vivos. Vemos en los otros seres vivos la fuente de energía y de la misma vida. Un animal mata (el ser humano también) para abastecerse de alimentos. La vida de los otros seres vivos es garantía de su vida. Parece una redundancia. Todos cazamos o criamos y cultivamos vida (animal: gallinas, cerdos, ovejas, cuyes, vacas, etc.; y, vegetal: maíz, trigo, cebada, avena, zanahorias, brócolis, etc.) para que nuestra vida continúe. La vida, en todas sus formas, solemos decir: debe ser respetada, pero hacemos uso de esa misma vida para que nuestra vida permanezca. La categoría evolutiva o nivel de desarrollo genera en un ser vivo cierto poder que hace que prevalezca sobre los otros seres. Los unos viven porque los otros están vivos. Entonces, mi vida puede ser el sustento de otras vidas. Y otras vidas de la mía. No sé si resulte cómodo decir que la vida se da para que otros continúen con vida. Resultaría que al preguntarme: qué es la vida, podría responderme que sólo es para que otros vivan. Y mi vida misma no tiene otro fin que sustentar la vida de otros. No existiendo un significado mayor que no fuera el de ser un eslabón más en la cadena de supervivencia de la vida en el planeta. Siendo así, mi vida no serviría de mucho. Mi “yo” se elimina por el bienestar del resto de vidas.

Pero sabemos que la vida no es sólo supervivencia. Existe algo más que nos impulsa a estar vivos, no estamos pensando es ser alimento de otros si no en vivir nuestra propia vida. Esto conlleva a ser conscientes de nuestra propia existencia. Pero antes veamos si la vida es mía o le pertenece a otros. Todos los seres racionales queremos que sea así, pero no lo es tanto.

* 1. **¿La (mi) vida me pertenece?**

Voy al campo y miro algunas hierbas que estorban el florecimiento de mi rosal, entonces las arranco de raíz. El privilegio dado a la vida de una rosa sobre la mala hierba, nacida en su entorno, fue un acto voluntario nacido en *mi* vida. Las plantas crecidas alrededor fueron retiradas y condenas a su muerte sin que en ellas actuara su voluntad. Puedo nacer**[[7]](#footnote-7)** (empezar mi vida) y crecer hasta que me vuelva consciente de mi existencia. Sin embargo, las condiciones que envuelven a mi existencia pueden hacer que pierda la vida sin que *yo* lo quiera. Muchas de las situaciones ajenas a mi voluntad están presentes en el planeta. Debo desarrollar las capacidades para soportar las mismas o sucumbir ante las adversidades, y morir. Entre las de más alto riesgo podemos mencionar las siguientes: Las guerras, las pestes, las enfermedades incurables… Todos queremos alejarnos de ellas para evitar nuestra desaparición, pero su acción no depende de nuestra voluntad. Si se suscita una guerra, las probabilidades de muerte son altísimas; de igual forma, si en nuestro medio se inocula una plaga ésta asolara gran parte de la población, o sea de aniquilamiento de vida. La sociedad tratará de alejarse de ellas mediante varios medios, ya sea con acuerdos de paz, de investigaciones científicas de la pandemia y de vacunaciones preventivas o curativas. De las muchas enfermedades, llamadas incurables, paliamos sus males con placebos que en poco ayudan para evitar que las poblaciones diezmen. Entonces la vida, que la pensamos nuestra, ha estado condicionada a factores externos, en los cuales nada podemos hacer para evitar la muerte. ¿Dependerá de la pobreza…? Ya veremos más adelante este aspecto en el cual está sumida la mayoría de la gente de este planeta.

La vida en su totalidad no nos pertenece y no es nuestra voluntad vivirla. ¿Verdad? Tal parece que el panorama presentado es el de un pesimista y claro, éste punto de vista, es aprovechado por las creencias. Existen muchas frases dichas por religiosos, o recogidas de los libros sagrados, con las cuales los creyentes hacen uso o las utilizan para afianzar su fe.**[[8]](#footnote-8)** Es frecuente escuchar palabras que denotan la dependencia divina para la supervivencia y la existencia de la vida en este planeta. Estamos acudiendo a diario: a rezos, a plegarias y adoraciones para modificar las condiciones que nos permitan seguir vivos. Rayamos en situaciones infantiles cuando pensamos que lo que queremos está en la voluntad de un creador. Buscamos en los seres divinos la razón de nuestra existencia y vida. Si esto está ocurriendo en la mentalidad de gran parte de la población mundial ¿Cuál sería la posición racional respecto a considerar qué es la vida? No lo sé. Pero me ha gustado pensar en lo qué sentiría un ser vivo al darse cuenta que está vivo, o mejor, qué pasaría si de pronto una piedra comienza a vivir. Veamos:

Estando una roca en la vera de un camino nace en él la vida. Despierta de un estado que la piedra no estaba consciente que lo tenía. Bueno, empieza su vida. La naturaleza de su vida desarrolla todos los órganos que le permiten vivir. La sangre inicia un continuo fluir a todos los miembros y sintiendo el calor emanado los hace moverse. La esencia controladora, su cerebro, ordena cómo deben funcionar cada uno de las partes de su cuerpo. Nada puede fallar. Su nariz absorbe el aire y llenan sus pulmones para que pueda respirar. Su boca busca alimento cercano y sus entrañas asimilan los nutrientes que le otorgan vitalidad. Su tacto siente la tibieza del ambiente y el calor de las cosas que le rodean. Su olfato apercibe los olores gratos de quien lo cobija. Sus ojos miran la luz que le envuelve. Poco a poco su cuerpo y su mente se despliegan y busca horizontes nuevos. Aprende a caminar, aprende el dialecto de las gentes, empieza a decir mamá, y dice papá… comienza a dibujar garabatos copiados de otros signos… Se maravilla de todo lo que le rodea y se arriesga a conocer, cada día, más su entorno. Degusta de los mejores sabores que le brinda la tierra, se sorprende de la belleza de una flor, se abriga de la bondad prodigada por sus progenitores, se maravilla del amanecer de un nuevo día y espera impaciente el beso de su madre. Conoce a su familia, a sus hermanos y primos… tiene amigos y se enamora de su maestra. Y siente el egoísmo, la vanidad, la discriminación, las peleas y las disputas por alcanzar el primer lugar… Sus pensamientos se vuelven libres y discreciona lo bueno de lo malo por enseñanzas recibidas… Todas las mañanas sale de su casa para su escuela, a su colegio, y se educa… aprende. Memoriza, se relaciona y se enamora. Guarda momentos buenos y malos de las etapas vividas. Se hace un nombre en su círculo social. Se proyecta para alcanzar mejores y superiores niveles académicos y se profesionaliza en su actividad… Camina calle arriba, corre calle abajo, salta balcones y de tejado en tejado va dejando amores y desamores. Se junta a su pareja para crear nuevas vidas y la vida suya se engrandece y trasciende a generaciones infinitas. Su memoria guarda infinitud de enseñanzas y de experiencias, y adquiere sabiduría de cómo vivir la vida. Más un día, sin afán de partir, se va. Su vida deja de existir más su recuerdo vive por un largo tiempo más… Se ha maravillado de las cosas bellas; se ha espantado de las horrendas; se ha sorprendido de las espectaculares; se ha compadecido de las desdichas; se ha enternecido por los cariños recibidos y brindados. Se queda estupefacto al ver las pequeñas cosas de su mundo; y mira absorto las cosas grandiosas del planeta y del Universo; se emborracha de saberes, se contagia de conceptos, se libera de prejuicios, vive preso de creencias… se deshace de fundamentalismos, toma otros dogmas menos fantásticos… Y sin saber por qué, otro día, se hizo piedra otra vez.

Y volverá esa roca, un día, a ser nuevamente vida, pero en otra vida, nunca será la misma. La vida de cada ser es única e irrepetible.

Releyendo observo que estoy refiriéndome a la vida del ser humano, ¿pero qué de la vida de los vegetales? Aquella vida primaria, al parecer, sin consciencia de existencia, esa que, sin pensar siquiera le arrancamos los frutos, las ramas y hasta las mismas raíces. Aquella vida que la matamos con el único afán de usufructuar sus bondades; aquella vida de la cual exprimimos hasta que no quede más que estopa; que la utilizamos para nuestros fines e intereses. Un momento. Acaso, ¿será que realmente me refiero a la vida de las plantas? Acaso, ¿no será que somos nosotros mismos los que estamos siendo usados por quienes se creen poseedores del conocimiento y de la sabiduría o que tiene el poder de comprar conciencias? ¿Será que nuestra mente está enclaustrada o confinada a principios ajenos que nos hace seres —unos entes— fáciles del dominio explotador? ¿Será que aún no hemos despertado a la vida?

Cada vez estoy repitiendo: La vida es consciencia de existencia, sin esa cualidad no importaría la vida que llevemos. Uno mira a otro que vive pero vive sin saber que está vivo. La luz del entendimiento no iluminará mi camino si no comprendo mi vida o si no vivo mi existencia. Parecería que esa luminaria estaría oculta a mí entender cuándo lo que me rodea no activa mis sentidos. Me pregunto: Si existiera todo cuanto vive y no hubiera ni un solo ser racional que evidencie esa vida ¿lo que está vivo estaría consciente de que existe? ¿Toda la vegetación de una selva en su interior sabe que está ahí con vida? ¿Conoce, al menos, qué necesita de agua para vivir?

Miramos el recorrer de una larga fila de hormigas que van hacia una fuente de alimentos o de objetos para construir sus nidos ¿saben que lo hacen porque viven? Algunos me pueden responder que se trata del instinto de supervivencia o conservación**[[9]](#footnote-9)** lo que les hace moverse, buscar alimentos, protegerse y multiplicarse. Ahora bien, si las hormiguitas lo hacen por instinto entonces no es un acto consciente. Puedo mantener la vida por instinto pero ¿Qué acto consciente les dice que están vivos?

Veamos a una planta cualquiera ¿Qué hace que una simple plantita en el camino esté con vida? ¿Sabrá que existe? ¿Sufrirá esa ramita porque no ha llovido en tantos días y que pronto morirá? ¿O simplemente morirá si en algunos días no recibe ni agua ni sol en donde ha nacido sin haber sabido que ha vivido y sin saber que morirá? ¿Será que la vida es consciencia de que uno va a morir? Al tener conocimiento de que algún día dejaremos de existir nos hace conscientes de que vivimos. Vivimos nuestra existencia sin conocer que estamos vivos. Cuando empezamos a tomar conciencia que nuestra vida no es infinita o eterna empezamos a vivir. Este punto, también ha sido aprovechado por las creencias religiosas. Veamos. Los dogmas nos dicen que tendremos una vida luego de esta vida. No importa cuál sea el camino que escojamos, si las buenas acciones o nuestra fe en un salvador, la religión cristiana nos ensaña que posterior a la muerte nuestro ser tendrá una vida eterna. Con la esperanza de esta promesa nos olvidamos de vivir una vida plena como seres humanos. Y, en vez de maravillarnos con lo que vivimos y disfrutar de las cosas bellas que tiene este mundo, estamos esperando en una próxima vida gozar de una existencia que no la hemos gozado. La plantita nacida en medio del camino, soportando el sofocante calor y las frías noches, no está preocupada en vivir otra vida como una bella flor. Simplemente limita su existencia al instante en que está con vida, y vive, a pesar, que no sabe que está viva. Y vive sin conciencia que va a morir.

Muchas de nuestras acciones las hacemos sin conciencia de que algún día vamos a morir. Tal vez por eso mismo nuestra vida es asombrosa. Día a día vamos acumulando vida (relaciones, amistades, trabajos, riquezas, recuerdos) a nuestra existencia y no nos importa que todo lo atesorado, algún día, ya no será nuestro. Todo lo vamos recolectando en la vida y buscamos trascender con las posesiones adquiridas. Pero todo, al final, es vano. Pueda ser que esté pensando ilusoriamente en conseguir motivo de mi vida… eso, buscando una luz que miro al final del túnel, pero cuando alcanzo el final del camino me doy cuenta que ha sido sólo una ilusión.

Lo que puedo decir sobre qué es la vida me indica que ha sido una ilusión, entonces me salta la pregunta: ¿Para qué vivo? Empecemos analizando realidades: Sé que estoy vivo. Las manifestaciones que realiza mi cuerpo me hacen pensar que vivo. La interactuación con otros seres circundantes me hace consciente de que existo. ¿La existencia es vida? ¿La vida es existencia? ¿Puedo existir sin saber que estoy vivo?

La vida puede ser consciente o inconsciente. ¿Habrá un sitio intermedio? ¿La seminconsciencia? ¿La semiinconsciencia? Pero, ¿qué es la conciencia? Al referirme a este asunto no me estoy refiriendo a ese estado en el cuál sufro las consecuencias anímicas de remordimiento o de arrepentimiento por algún acto realizado; ese estado que me hace reflexionar sobre los hechos cometidos. No. Sino al conocimiento que nos hace sentir vivos. Esa sabiduría que nace en el fondo de nuestro ser y nos dice que existimos, que habitamos en un lugar, que somos parte de una humanidad y que algún día ya no seremos. Esa cognición que nos ilumina para continuar con nuestra vida, que nos asombra por ser parte de un género que sabe que existe; pero que, también, nos atemoriza porque tarde o temprano dejaremos de existir en este mundo. Esta actitud, esa conciencia, no es un hecho cotidiano; casi ni siquiera pensamos en ella y vivimos nuestra vida como si fuera eterna. Simplemente es una realidad, una realidad que debemos sembrar en nuestras mentes para que nuestra existencia sea más consciente…

 ¿Todos los seres vivos tienen consciencia de su existencia? Una roca tirada en el suelo de mi casa, ¿tiene el conocimiento que existe? ¿La conciencia de existencia pertenece sólo a los seres humanos? ¿Será que la vida la podemos definir por el grado de conciencia que poseen las cosas en el mundo? Al parecer así es. Los extremos entre el conocimiento y la ignorancia total será la que defina la vida. No sólo una vida consciente. La vida misma. La roca al carecer de conciencia de su existencia no posee la vida. El Ser Humano al tener *plena* conciencia de su existencia es un ser vivo. Pero la conciencia que tenemos de nuestra existencia no podemos afirmar que sea la conciencia a la que podamos alcanzar ni que sea la única o con el más alto nivel alcanzado. Sin embargo, la que ahora poseemos (alcanzada por la evolución de nuestras mentes hasta nuestros días) es la que nos indica que estamos vivos y que, inevitablemente, algún día moriremos. Habrá conciencias superiores —no sé si ahora ya la hay, pero, en un futuro, de seguro, que la tendremos— que nos harán ver nuestra vida, y nuestra existencia, de una forma distinta a la que hoy la consideramos.

 Los seres intermedios: los animales y las plantas, ¿carecen o poseen esa conciencia? ¿De carecer no tendrían vida? La vida que poseen, de acuerdo con nuestra percepción, es una vida desprovista de conciencia, sin embargo, presentan todas las cualidades de la Vida.

 Entonces, en los animales, ¿su vitalidad es sólo una manifestación de su instinto? No. Al parecer, ese sentido de supervivencia está presente porque existe en interior una conciencia de su existencia. Una conciencia primaria, podemos decirlo, que les permite proteger su prole, y su propia vida ante inminentes peligros. La búsqueda de subsistencias o de alimentos para continuar con su vida me hace ver que tienen conciencia de su existencia; saben que si no consiguen alimentos, morirán. ¿Cierto? ¿Qué significa para ellos la muerte? Cuando un animal está en peligro de perder su vida luchan por conservarla; la pelean que dan y el enfrentamiento con quien les quiere arrebatar su existencia podemos percibir como un instinto natural, sin embargo, es su conciencia la que les lleva a actuar de esa manera. Cuando escuchan los disparos del cazador huyen porque el peligro de perder su vida está presente. Conocen que están vivos. Es decir están conscientes de que viven. Pero hay categorías en la vida animal. Desde los organismos inferiores como los insectos hasta los superiores como los vertebrados. Mientras más desarrollado es un ser más masa cerebral posee. Y aquí está el quid de la situación. En el grado de evolución que han alcanzado los cerebros, o las células *neurales*.

 La cantidad de neuronas que conforman un cerebro nos hacen seres más o menos conscientes. La conciencia de la existencia está en la capacidad de nuestro cerebro. Si carecemos de estas células, o si estas han dejado de funcionar, perderemos la conciencia de nuestra vida. Una sola neurona nos permite pensar que estamos con vida. Si el número es elevado mayor será nuestra capacidad para percibir el entorno y nuestra existencia.

 Las plantas y todas las especies vegetales, al menos las que conozco, carecen de neuronas y por tanto no poseen conciencia de existencia. Sin embargo, poseen cualidades similares de otros seres vivos. Nacen, crecen, se reproducen, se alimentan, y *mueren*. No obstante, ¿poseen el conocimiento de que están vivas? Me dirán que el conocimiento se produce cuando un ser tiene neurona. Sin ellas no puede haber conocimiento y sin el conocimiento no existe conciencia. ¿Qué hace germinar sus semillas? ¿Qué les hace crecer? ¿Florecer, dar frutos? Veamos: Todo lo que contiene el universo tiene Vida. No todos los que tienen vida saben que están vivos.

Déjenme contarles algo:

 Un hombre vivía alejado de la ciudad en una antigua casa dejada en herencia por sus padres. Su alimentación consistía de lo que la tierra le regalaba. Se abastecía de muy pocas cosas que traía de la ciudad. Pero sus salidas eran infrecuentes y siempre lo hacía a pie. No poseía de carreta. No necesitaba. Describir su finca no creo necesario, pues, basta al lector asomarse al campo y puede observar varias de ellas. Con la excepción de que el vecino más próximo estaba a muchas leguas de distancia. Las lluvias eran frecuentes y regaban copiosamente sus cultivos haciendo que florezcan y den sus frutos con regularidad. Sus animales le proporcionaban la carne de su cena y los huevos para sus tortillas mañaneras. Era feliz hasta que un día dejó de llover. Los campos se fueron secando y sus animales fallecieron. Las tierras se volvieron áridas y parecía que nada brotaría de ellas. Sus reservas le ayudaron a sobrevivir durante el tiempo de estiaje, pero, poco a poco, perdía la esperanza de ver florecer sus huertos. Cada día, al salir de su casa observaba con tristeza que los suelos se volvían más secos, y el viento levantaba la tierra causando grandes polvaredas. Su necedad impidió que migrara a la ciudad en busca de mejores condiciones de vida. No. No quiso hacerlo. Cuando estuvo a punto de desfallecer fue a su habitación a esperar que la parca le visitara. Y así permaneció toda la noche: recostado en su camastro mirando el tumbado mugriento. Pero fue una espera en vano. Su visitante no llegó. Al despertar no quiso salir de su habitación, sin embargo escuchó un golpeteo continuo en su techo. Las aves del mal agüero están picoteando para abrirse paso y llevarse mi alma, se dijo. Espero ansioso hasta que se horadara la cubierta. No sucedió lo que esperaba. Nada. El traqueteo seguía. Se incorporó de su lecho y tambaleante fue hasta la ventana. Lo que vio le dejo anonadado. Un gozo, parecido al que había demostrado su perro cuando regresaba de la ciudad, invadió su cuerpo y su alma. La felicidad estaba presente. La lluvia caía a raudales e inundaban los terrenos. Salió de su vivienda y no temió que al mojarse pudiera enfermarse. Cuando estuvo fuera bailó al ritmo de las gotas que caían. En pocos días estuvo rodeado de una verde vegetación. Y volvió a ser feliz.

 ¡Qué trivial historia! Verdad. Sin embargo, ¿qué hizo que floreciera la vida en aquel lejano y desolado paraje? De aquel terreno seco, con algunas semillas ocultas en su seno y esperando la muerte inminente de su propietario, nació la vida. La lluvia hizo florecer los campos e hizo bailar a su dueño. El misterio de la vida… Me pregunto: ¿La vida estuvo en la semilla? Si estuvo en ella, ¿por qué los campos permanecieron yermos…? Fue la lluvia. Pero la lluvia es la conformación de dos elementos inertes. El agua es la composición de dos átomos de Hidrógeno y uno de Oxígeno. Los materiales que consideramos sin vida, inertes, ¿llevan en su interior la Vida…? ¿La Tierra está viva?

Permítanme que les cuente otra historia trivial…

 Había apresurado el paso para llegar pronto a casa. La clase de ciencias, que la maestra nos había dictado esa mañana, estaba llena de misterio y de magia. Mi ansiedad aumentaba cada segundo, me apremiaba realizar mi propia comprobación y no podía esperar para después de terminar mi frugal almuerzo. El experimento debía realizarlo con urgencia para salir de mis dudas. Estaba anhelante por saciar mi curiosidad. Corrí ligero hasta el comedor y me procuré de un plato y un vaso de cristal. Luego fui hasta el aparador y tomé una vela. Enseguida desocupé los trastes que ocupaban la mesa del comedor y coloqué el plato sobre el tablero. Las instrucciones que fueron dictadas por la maestra y la gráfica que había trazado en la pizarra estaban frescas en mi mente y cumplí al pie de la letra con las mismas. Con un cerillo encendido fundí la base de la vela y cuando empezaba a chorrear la parafina lo asenté en medio del plato. Quedó firme en la posición requerida. Enseguida llené el vaso con agua y lo vertí en el plato. Encendí la vela y coloqué el vaso vacío, en posición invertida, sobre la vela. El vaso se introdujo en el agua y tapó completamente a la vela encendida. Y me dispuse a esperar. Al poco rato, a medida que el fuego se extinguía y el agua subía de nivel. Un breve momento después el fuego se apagó y el nivel de agua alcanzó hasta medio vaso. ¡Increíble! El experimento me resultó efectivo. Lo que había dicho la maestra era verdad.

 Y ahora, ¿qué tiene que ver este experimento escolar con la Vida?

 El aire contenido en el espacio del vaso invertido permitía que el fuego permaneciera; cuando por acción de la llama el aire se consumió el fuego se apagó y el espacio dejado por el aire fue ocupado por el agua. Conclusión: nadie puede vivir sin aire. Eso me dijo la maestra. ¿Mentira? Existen organismos que al exponerse al aire mueren, se llaman: anaerobios**[[10]](#footnote-10)**.Sin embargo, estos microorganismos y la vida de estos bichos aún no se conocían cuando la profe nos ilustraba qué mantenía con vida a las personas, a los animales y a las plantas.

 ¿Por qué les cuento todo esto? Pues, la razón fundamental es que, en la antigüedad, se consideraba a cuatro elementos: el aire, el agua, el fuego y la tierra, como esenciales para que exista la vida. Digo elementos, pues, se admitía de una sola composición. No conocían que estos tienen, a su vez, varios componentes. Con el avanzar del conocimiento y de las investigaciones se sabe que los cuatro elementos para que haya vida son: el Carbono, el Hidrógeno, el Nitrógeno y el Oxígenos. ¿En el futuro diremos igual…?

 Entonces, ¿la materia tiene vida? Sin duda. Pero carecen de conciencia de su existencia. ¿Será verdad? Al menos hasta hoy así se considera y su manipulación está al arbitrio de los seres que están en un nivel superior. La escala para una clasificación del nivel de desarrollo no debería darse por las cualidades de vida sino por el nivel de conciencia de los seres con vida. ¿Qué dije? Pues, siempre estamos colocando en estratos inferiores a los seres que poseen menos capacidades. Y en el nivel superior al Ser Humano. Aunque esta categorización puede coincidir con la clasificación convencional no siempre se ajusta con el nivel de conciencia de cada una de las especies. En general, dentro de la clasificación de los seres vivos, excluimos a la materia. Y los consideramos como seres inertes. La inteligencia que ha logrado alcanzar la humanidad no le da derecho a despreciar otros niveles de conciencia. Todos los seres vivos están relacionados entre sí y la cadena es tan frágil que puede generar la destrucción total de la vida en el planeta cuando empiecen a devastar los eslabones.

 Sabiendo los niveles de conciencia de cada uno de los seres vivos podremos establecer una categorización adecuada de los mismos. ¿Sabemos los niveles de conciencia que poseen los animales y las plantas? ¿Y la materia? La raza humana se ha considerado, desde siglos atrás, la única con ese sentido de conciencia y ha despreciado a los otros hasta el punto de exterminarlos. ¿No estaremos poniendo en riesgo nuestra propia existencia? Indudablemente, sí. ¿Será que nuestro nivel de conciencia ha perdido el rumbo y se ha desbocado? ¿Será que los animales aún conservan el nivel de conciencia primigenio y serán ellos los que nos sobrevivan en el planeta? Creo que sí.

 Un breve esbozo y reflexión sobre lo que significa la vida y los niveles de conciencia alcanzados por cada uno de los seres existentes en nuestro hogar —La Tierra— me da una pauta para proseguir con las reflexiones sobre la muerte.

 En este nivel de conciencia la muerte no se puede considerar sólo con el fin de una vida, sino que va más allá. ¿Será la muerte la pérdida de conciencia de la existencia?

* 1. **La voluntad no me permite vivir.**

La voluntad es un acto que le permite al ser humano decidir sobre las acciones que quiera o desee realizar. Sin embargo, muchos de nuestros actos pueden estar condicionados por el entorno en el cual vivimos, y nuestra voluntad estará sujeta a lo que establezca la sociedad. La voluntad nos pertenece y la libertad que nos permite hacer nuestra voluntad pertenece a la sociedad. Podríamos decir que nuestra voluntad alcanza los límites que la libertad nos otorga.

 Ahora bien, ¿los animales y los vegetales y las cosas materiales poseen voluntad? Muchos podrían decirme que, al carecer de neuronas, no tiene esta facultad. Las personas, que nos jactamos de poseer un cerebro, ¿podemos realizar cualquier acción que demande nuestra voluntad? Entre las acciones que no están sujetas a nuestra voluntad incluyen la capacidad de decidir sobre nuestra vida y sobre nuestra muerte.

 Nuestra vida comenzó —¿existencia?— desde el momento en que nuestros padres tuvieron una relación sexual. No digo amorosa porque los sentimientos no tienen mucho, o nada, que ver para que el espermatozoide alcance un óvulo y lo fecunde. Desde el instante en que el óvulo fue fecundado, en el seno de mi madre empezó a formarse un ser que luego de varios meses nacería un niño que sería yo. Bueno, de forma trivial puedo pensar así. Para llegar a ser lo que soy, depende de mi formación y de la sociedad en la cual me crie. Y, por supuesto, de las herencias genéticas que adquirí de mis padres y de todos mis ancestros. Soy el producto de la evolución de varias generaciones. Esto contradice varias corrientes religiosas que me indican que soy único. ¿En qué porción soy un ser único?

 Toda la raza humana presente es producto de miles y miles de años de evolución. Nunca seríamos lo que somos si nuestros ancestros no hubieran evolucionado en el aspecto intelectual y en el material. Los cambios genéticos producidos en las generaciones anteriores y las modificaciones que se han efectuado del entorno nos hacen ser lo que, ahora, somos. ¿Cuánto de nuestra voluntad ha logrado influir en lo que somos?

 Si la voluntad no está influyendo en lo que somos, puedo pensar que nuestra vida y nuestra existencia no han dependido de nuestra voluntad. Nadie ha decidido en *querer* nacer o no. Incluso, ni siquiera, nuestro nacimiento estuvo en la voluntad de nuestros padres. ¿Somos fruto del azar? Hemos nacido y estamos gozando de una vida. La queremos en la forma que nuestro entorno nos ha permitido desarrollar. Cuando hemos logrado alcanzar un entendimiento de lo que nos rodea lo hemos aceptado y, en cierta medida, lo vamos moldeando a nuestra exigencias. Pero este entorno ya era antes de nuestro nacimiento. Los grandes hombres: filósofos, científicos, políticos y religiosos han revolucionado ese estado y lo han modificado de acuerdo con la visión que ellos han tenido de una sociedad. Muchos de sus ideales han alcanzado sus propósitos y otros han sido rechazados por no haber satisfecho las exigencias de quienes ostentan el poder.

 La voluntad nace con el desarrollo de nuestro entendimiento, y sin embargo, no logra que todo lo deseado se realice. No es que la libertad que me concede la sociedad no lo permita, es que existe una fuerza superior a nuestras capacidades y bloquean nuestras intenciones. No basta nuestra voluntad. El fluir de un rio no lo puede detener un hombre. Es necesario construir un dique. ¿Pero para qué construyo un dique? Detengo las aguas con un plan de por medio: puedo hacerlo para regular el caudal de la corriente en las diferentes épocas del año, para aprovechar su almacenamiento, evitar inundaciones o cualquier otra causa. Siempre existe un propósito. La voluntad de decidir nuestras acciones tienen un fin y los resultados nos dirán las consecuencias obtenidas al actuar de una u otra manera.

 Los resultados de una decisión es el fin mismo de la voluntad. La voluntad es un camino mediante el cual pretendo, conscientemente, una conclusión a mi accionar. No siempre se logra, con nuestra voluntad, alcanzar un objetivo, pero siempre lo hacemos con la noble intención de lograrlo. Si hay presión del entorno para realizar alguna acción ya no actúa la voluntad sino la coerción, por tanto, nuestros designios estarían en los planes de los dominadores. Mi voluntad carece de valor y prevalece la voluntad del dominador. Las leyes humanas impuestas en una sociedad cumplen este deber. Ser *coercitivas*. Las leyes son necesarias en una sociedad pero deben cumplir el fin de que sus resultados sean fruto de la voluntad de las personas. Las leyes naturales o cósmicas están dentro de nuestro vivir y jamás podremos liberarnos de su accionar. Están ahí y nosotros actuaremos dentro de campo de acción y nunca lograremos perturbar las mismas

 El medio ambiente en el cual se desarrollan los individuos limita lo que la voluntad requiere. Desde aspectos simples como la temperatura del clima hasta situaciones complejas como nuestra genética o el conjunto de las innúmeras variables de nuestro mundo.

* 1. **La voluntad está sujeta a lo que nos rodea.**

El medio que nos rodea influye en nuestra voluntad. Nada de lo que queramos hacer puede ser realizado sin de que por medio no esté presente su influencia. Pongamos por ejemplo: La acción de la gravedad; esta fuerza impedirá que nuestra voluntad actúe en contra de la misma. Podemos aprovechar su fuerza para que ésta actúe a nuestro favor; sin embargo, para ir en contra de la misma debemos emplear una fuerza superior. En ambos casos, si queremos aprovechar o desafiar esa fuerza de la naturaleza —que es, además, una fuerza gratis—, su actuación está presente en nuestro accionar sin que intervenga nuestra voluntad. En todas las ramas de la ciencia se busca aprovechar esa fuerza para que los métodos empleados resulten más económicos. Esto lo podemos apreciar en los canales abiertos o tuberías de conducción de fluidos. Nuestras redes de distribución de agua potable son muchísimo más baratos si lo hacemos utilizando esa fuerza que si empleamos bombas de elevación del agua. El agua fluye por las tuberías si hay una diferencia de cotas entre el punto de inicio y el punto de destino del agua. Esto nos da una ventaja más: el punto más bajo tiene una presión que logra que el flujo abastezca a edificios de alguna altitud. Así mismo, si dejo decantar una solución se depositará en el fondo del recipiente la substancia más pesada y lograremos separar los elementos que la componen. Nuestra voluntad estará sujeta al accionar de esta fuerza. ¿Qué pasaría si el terreno es plano? Nos corresponde utilizar medios más costosos: Bomba de impulsión de agua. Nuestra voluntad no puede luchar contra este fenómeno. Nuestra racionalidad buscará aprovecharlo si existen las condiciones, o emplear sistemas que rompan con esta fuerza si las condiciones son adversas.

 La naturaleza tiene un sinfín de condicionamientos que hace que nuestro accionar no sea del todo voluntario. Nuestra voluntad estará sujeta a esos fenómenos. Son condicionamientos externos que influirán en nuestra voluntad. Podemos citar al clima, si es de día o de noche, si es invierno o verano,… Si me encuentro en un país tropical o austral… Todos estos parámetros harán que interfiera o que condicione nuestra voluntad. No puedo desear el sol si ya la noche ha caído. Como el fin de la voluntad es conseguir un propósito, entonces la voluntad de querer que me alumbre el sol en la noche me será negada, y desertaré inmediatamente en mi deseo. Mi proceder no sería racional.

 Los condicionamientos que nos impone el entorno se vuelven cotidianos, lógicos y racionales. Actuamos en base de los mismos. Cuando desconocemos los fenómenos y su influencia en el entorno podemos actuar de una manera irracional —o poco racional—deseando que nuestra voluntad vaya en contra del comportamiento natural de las cosas. ¿Podemos desear una vida eterna?

 La vida individual de una persona, de un animal o algún vegetal tiene un periodo determinado de existencia ¿Quién lo ha establecido? La historia nos señala cuánto puede vivir un hombre, cierta planta o un animal, y en base de esos registros podemos proyectar el tiempo de vida que dispondrá cada uno. El deterioro de nuestras células en el transcurso de nuestra vida es tal que, mientras nos acercamos al fallecimiento, pierden sus capacidades hasta que dejan de cumplir su función y nuestro cuerpo cumple su meta y llegamos a lo que conocemos como muerte. Nuestra voluntad no puede influir en la ralentización o en la aceleración del quebranto de nuestras células. ¿Será cierto?

* 1. **La voluntad no es una cualidad exclusiva de los humanos.**

¿La voluntad es propia sólo de los seres humanos? Siempre que nos referimos a la capacidad de decisión lo hacemos con exclusividad a los hombres, nunca lo hacemos en referencia a los animales. ¿Será por qué las acciones de los animales y vegetales nos importan muy poco? ¿No son influyentes en el devenir de la historia? Sin embargo, las acciones que realizan los animales son voluntarias y conllevan un propósito.

 El cuerpo humano, cada parte del cuerpo humano tiene varias y diversas funciones. Cada uno de los componentes u órganos tiene un oficio específico. Los ojos nos permiten ver, los odios escuchar, la piel sentir… los pies caminar, el corazón bombear la sangre para que otros óranos puedan funcionar, el hígado, el riñón, el páncreas, las glándulas salivales, lacrimales… todo tiene un fin específico. Cuando se produce un desequilibrio en su funcionamiento nuestro cuerpo, todo el cuerpo incluido el *yo,* sufrimos las consecuencias. O nos enfermamos o nos morimos. ¿Quién gobierna que todo marche bien en nuestro interior? ¿El *yo*? ¿Nuestra voluntad? ¿El cerebro? ¿Algún ser divino súper-poderoso?

 Sin embargo, nuestra voluntad puede gobernar sólo en algunos de ellos, principalmente si el órgano está formado de músculos. Pero en la mayoría de órganos internos (también externos) nuestra voluntad no puede inferir en su funcionamiento. No podemos decirle al corazón que deje de latir; sin embargo, cuando tenemos alguna emoción fuerte inevitablemente sufriremos alguna taquicardia, nuestros latidos se acelerarán y al sobrepasar un límite pueden deteriorarse las fibras y arterias y venas que la componen y ocasionarnos la muerte. A pesar de que podemos controlar muestras emociones, nuestra voluntad no puede inferir, en absoluto, en el funcionamiento del corazón ¿No hemos alcanzado esa etapa de evolución? Sería fantástico que podamos decirle al hígado que se realice una autolimpieza o que los riñones aceleren su proceso de depuración o al estómago que digiera pronto los alimentos o a mis amígdalas que no se infecten… o incrementar los glóbulos rojos de mi sangre si estoy con anemia. En fin, yo aún no lo puedo hacer… Sin embargo, si quiero que mi mano se levante para atrapar un balón, lo hago; si quiero abrir los ojos para mirar el cielo, lo hago… Pero no puedo cerrar los ojos y, decirme, me duermo… No puedo. Puedo, con cierto esfuerzo, hacer que mi perro obedezca para que salga de la casa, pero él me reconoce cada vez que lo llamo por su nombre que lo pusimos. (No sé si por el nombre o por el sonido de mi voz, pero acude al llamado). La actitud de seguirme no está en mí, está en su voluntad de hacerlo. Si ve un peligro para su vida no lo hace. La mimetización que han desarrollado ciertos animales ha sido para proteger su vida y lo hacen a su voluntad: cuando el peligro es latente.

 La actitud de hacer una actividad para conseguir un fin o una meta no es exclusiva de los seres humanos. Los animales y las plantas hacen otro tanto. Una planta, al no poseer la capacidad de movilización de un lugar a otro, buscará con los medios que posee, sus raíces, profundizarse hasta alcanzar el agua y los nutrientes de la tierra para continuar con su existencia y su vida. ¿Una actitud racional? Alejarse de la muerte es una actitud racional; desear seguir con la vida es una actitud racional; querer a quien nos ama es una actitud racional; alejarnos de los peligros es una actitud racional… ¿Querer la muerte es una actitud racional? ¿Pensar que después de la muerte continúa la vida es una actitud racional?

* 1. **La voluntad sólo está presente en la vida.**

Muchas veces, hemos escuchado decir: la vida no la tenemos comprada y, por tanto, no está en nuestra voluntad hacer que la misma prosiga hasta cuando nosotros queramos. También hemos escuchado que, “*velo y mortaja del cielo bajan…*” No sabemos ni el día ni la hora cuando nos llegue el momento de fallecer. Nietzsche barajaba, dentro de sus pensamientos, la idea de la *muerte inteligente*, es decir que, la decisión de terminar con nuestra existencia estaba en nuestra voluntad. De esa manera evitábamos ponernos a merced de las diversas calamidades y vicisitudes que nos puede presentar la vida al entrar a una edad avanzada. Sin embargo, al preguntarme a quién le pertenece mi vida no puedo responder con facilidad. Dentro de la doctrina de los creyentes me aseguran que la vida me ha proporcionado el creador de todas las cosas y, desde luego, no puedo interrumpir su camino por mi sola voluntad, pues, ésta no me pertenece, y sólo estaría en sus manos o en su voluntad arrebatarme. Este pensamiento lo hacen como si la vida fuera un regalo o una cosa que al despojarme, como una prenda de vestir, quedara solamente el *yo*, y que si él me la vuelva a restituir volvería a ser lo que fui antes de morir: la vida como una parte de mi existencia, de mí todo, y que puedo, o continúo con mi existencia luego de haber muerto. Al ser el creador quien me ha posibilitado vivir, quien ose quitarse la vida es castigado en la otra vida en un mar de arrepentimientos y lamentaciones. ¿La vida y el cuerpo son dos seres independientes?

 La cuestión de existir sin vida es un estado que no podemos asegurar racionalmente, pues, mi vida es la que actúa, es el accionar del cuerpo; y mi cuerpo es el instrumento en quien se manifiesta la vida. Sin mi cuerpo no puede haber (mi) vida, así como sin la vida mi cuerpo se difumina.

 La voluntad de proseguir con mi vida no está en mí. Pero tampoco está en los rezos y en las oraciones que hacemos a las divinidades. Cuando una persona está al borde de *encontrarse* con el más allá, porque sus facultades físicas no le permiten estar con vida o porque su edad es avanzada, nada ni nadie —ni los mismos dioses— puede detener el camino inexorable hacia la muerte. Claro, vienen los consuelos inútiles de rezar, elevar plegarias y responsos, y ruegos para que su alma vaya al encuentro del creador. Todo lo que hemos hecho en vida con nuestra voluntad, o sujetos a la voluntad del entorno, no nos servirá para que, desde ese otro lado, nos ayude a regresar. Puedo con mi voluntad cruzar el puente, pero una vez alcanzado la otra orilla, no podré regresar jamás. ¿O sí?

 Tal parece que esa opción es imposible, ni siquiera imaginablemente. Pues dejamos de ser al dejar de existir. Si tal iniciativa fuese posible muchos ya estarían de vuelta en el mundo. Esta elección, la de tener voluntad luego de la muerte, ha calado en el imaginario de la gente y ha dado origen a los fantasmas: personas fallecidas que se niega a cruzar la frontera y se quedan en el limbo haciendo toda clase de travesuras y espantando a los chiquillos en sus cunas. La charlatanería y las supersticiones usufructúan de este fenómeno imaginario. Hay persona que van muchas más allá. Realizan ritos y reuniones en las cuales convocan a las almas de sus seres queridos. Y, claro, ellos —los espíritus— responden a los llamados de los incautos familiares que esperan conocer cómo están en el más allá.

 Pero lo anotado es poco con lo que, la misma iglesia cristiana, hizo hace más de quinientos años valiéndose de la ingenuidad de los fieles. ¿No se está procediendo de la misma manera en nuestros tiempos? Nada improbable. Pero en la historia ha quedado registrada hechos tan ridículos como el que el alma puede salir de un lugar de sufrimiento apenas las monedas tocaban el fondo de la alcancía.**[[11]](#footnote-11)** A pesar de la patraña cometida, intrínsecamente se manifestaba que el alma carecía de voluntad.

 Si tuviéramos voluntad luego de la muerte estaríamos cerca de la inmortalidad. O tal vez, la eternidad de nuestra vida sería posible. Veamos. Todas las creencias consideran que luego de muertos nuestra alma retorna a sus orígenes: al espacio de los espíritus. Siendo que ella, el alma, es la que sobrevive, si contara con voluntad no permitiría ser juzgada por los actos cometidos por quien hizo lo que no debía, es decir por lo que hizo el cuerpo, argumentando que ella no es la culpable de lo que pudieran acusarla. Como, analizaremos más adelante en el capítulo del alma, ésta debería *absorber* las acciones que ha realizado el cuerpo para que, luego de muerto el cuerpo, ella asuma las consecuencias de los actos que él haya realizado en vida. Entonces, al carecer de voluntad, otras voluntades —las divinas según los creyentes— toman las decisiones sobre su destino. Sin embargo, en la vida poseemos voluntad; pero, parece ser no suficiente para lograr que nuestra existencia terrenal sea eterna. Nuestro cuerpo es mortal y no depende de nuestra voluntad para vivir lo que queramos. ¿Será, por eso, que depositamos nuestros anhelos en la voluntad de los dioses para prolongar nuestra existencia? No obstante, lo hacemos en este lado de la vida para lograr frutos en la otra orilla. —Nuestros afanes no sólo están para una vida luego de la muerte, lo hacemos, también, para prolongar la vida terrenal—. Esto acentúa el pensamiento de que carecemos de voluntad luego de muertos. Y al carecer de voluntad dejamos de ser nosotros mismos. Y será esa esencia, ya no nosotros, la que disfrute o sufra luego de muertos. No seremos nosotros. ¿Si es otro, entonces, dónde quedamos nosotros? ¿Nuestro *Yo* nunca ha existido?

1. LA ESPERANZA DE VIDA.

Nuestra vida es única: No hemos vivido antes de haber nacido y no viviremos después de muertos. ¿Será? Al decir que no hemos vivido antes de nacer puede que simplemente sea que no recordemos esa vida anterior. Así como, tampoco, recordamos nuestra vida cuando estuvimos en el vientre de nuestra madre. Incluso, todo lo que hubiéremos hecho en nuestros primeros años de vida… Pero esto no quiere decir que no hayamos vivido. Nuestros padres pueden recordar nuestras travesuras, nuestros primeros balbuceos y palabras, los primeros pasos para iniciar con el caminar en dos pies… Sin embargo, todo lo que hayamos hecho no puede estar en nuestra memoria porque no se grabó, pues, estaba él mismo —el cerebro— recién en formación. No obstante, y a pesar de la inconsciencia de nuestros actos, lo que hayamos vivido será la base de nuestra vida futura. En esa etapa de formación se iniciaron los miedos, los traumas… y se develaran en algún momento en nuestra vida con la timidez, la valentía, la arrogancia, la solidaridad, el afecto, la fobias… ¿Será que lo que somos es producto de lo fuimos en otra vida antes de nacer? En las culturas orientales a este fenómeno se le denomina *Karma.***[[12]](#footnote-12)** Si pensamos que somos herederos de una situación generada en una vida anterior, es fácil proponer que esa vida anterior tuvo, a su vez, otra vida preliminar. Y así, hasta el inicio de los tiempos… Pero si nos consideramos personas cada uno con sus respectivas características individuales —individuos—, y con su propio karma, resulta que la población debería ser siempre la misma, y bien sabido es que ya sobrepasamos los siete mil millones de habitantes vivos en el planeta Tierra. Y esta sigue en aumento. ¿Será que nos reproducimos como el maíz? De una sola semilla obtenemos una mazorca con decenas de granitos… Y de ésta, se reproducen algunos elotes y cientos de granos de maíz…

 La herencia genética de nuestros antepasados nos hace ser lo que ahora somos. Algunos aseguran que las actividades realizadas, en tiempos remotos, por nuestros *hermanos*, han definido ciertas características de comportamiento actuales. Aseguran que el varón —el macho humano— no puede concentrarse en hacer dos cosas a la vez porque desde sus inicios el “macho” estuvo dedicado a la caza y al abastecimiento de alimento —carne y recolección de frutos silvestres— al hogar; esto hizo que desarrollara sus aptitudes proyectándose hacia un solo objetivo: la presa de caza, y descuidara desdoblar sus actividades con otros sentidos al mismo tiempo. En tanto, la mujer, que se quedaba en el hogar, amplió sus quehaceres a varias actividades a la vez: cuidar de sus hijos, preparar los alimentos, sembrar los huertos y varios etcéteras… Esto ha hecho que se desarrollara la capacidad de efectuar varias acciones simultáneamente; y, todas, con eficiencia.

 Pero bien, dentro de la herencia genética que se transmite de los padres a los hijos existen ciertas características que pueden perdurar hasta la extinción misma de la familia. Esta condición genética que llevamos a cuestas no nos hace muy originales; somos, en cierta forma, parte de lo que fueron nuestros padres o nuestros abuelos y nuestros antepasados. No obstante, cada generación tiene su propio entorno que influye o realiza su singular aporte para convertirnos en lo que somos. El desarrollo de nuestras capacidades va generando nuevos conocimientos, adquiriendo nuevas destrezas, concibiendo nuevos equipos e instrumentos, y, en cada fase, los contenidos son mayores, más amplios y más sofisticados… Por la dialéctica del comportamiento humano vemos extraños y ortodoxos las actuaciones, los pensamientos y los instrumentos utilizados de hace sólo una o dos generaciones atrás. Pero de igual forma lo que ahora consideramos moderno y de última tecnología mañana será obsoleto. Los pensamientos y la forma en cómo concebimos la vida y de lo que representa la muerte irá modificándose en el devenir del tiempo. Nada es inmutable todo es variable. Lo único real será que un día alguien conocido, alguien cercano a nuestros afecto, muera. Sabemos que ya no lo veremos más pero su presencia se quedará en nuestra memoria. Mas este recuerdo no es parte de la genética que dejamos en herencia. Nuestros vástagos nunca sabrán cuáles fueron sus antepasados. Pero las costumbres ancestrales y los ritos celebrados en el funeral seguirán realizándose de manera similar porque es un aprendizaje de la sociedad a la cual pertenecemos. Así conformamos una idea de lo que les pasa a los muertos. Una creencia. Nunca una realidad. Es un aprehender. Si un infante nacido con ciertas costumbres ancestrales es reubicado a otra residencia, diferente del sitio donde vio su primera luz, adoptará las ideas del pueblo en donde creció. En su mente se desarrollará esas ideas o creencias y, de acuerdo con la rigidez de su formación, las considerará verdaderas e irrebatibles.

 Ahora bien, uno de las características *hereditarias* a la cual debemos soportar en nuestra vida, es la Esperanza de Vida. La Organización de las Naciones Unidas —ONU— la define de la siguiente manera: *“Cantidad de años que un recién nacido puede esperar vivir si los patrones de mortalidad por edades imperantes en el momento de su nacimiento siguieran siendo los mismos a lo largo de toda su vida.”* Entonces,la probabilidad de alcanzar una edad igual a nuestros padres o abuelos dependerá de cuántos años ellos han vivido. Pero no sólo de aquello sino de una serie de circunstancias en las cuales se desenvuelve una sociedad. La salubridad del entorno: Si cuentan o no con agua potable; si la zona tiene sistema de recolección y tratamiento de excretas y aguas residuales; si existe controles de contaminación ambiental: ruido, emisiones de gases de las fábricas; si existen políticas públicas de prevención de enfermedades contagiosas y epidémicas; controles prenatales, postnatales; seguridad social; vivienda; desarrollo de infraestructura de descanso y distracción: parques, espacios verdes, lugares para ejercicios… Es decir, todo un conjunto de escenarios para que una persona viva adecuadamente y alcance la mayor cantidad de años en su vida. ¿Y qué tiene todo esto que ver con el tema de la muerte…? Tal vez, si hemos vivido de una manera adecuada no esperaremos paraísos en otra vida…

 La esperanza de vivir tantos años estará condicionada a las características del entorno; y siempre será un anhelo y una búsqueda de todas las personas el contar con los mejores ambientes para que esto se produzca. Pero la realidad no es así, y al tener escenarios adversos a lo recomendable para alcanzar la vida promedio nos consolamos a tener esa clase vida —una vida digna sin miserias y opulencias— luego de muertos.

 ¿Qué hace que no logremos satisfacción de vivir esta vida? La pobreza: material y espiritual. Pero, primordialmente la material. Si gozáramos de todo lo que el mundo nos ofrece: salud, alimentación adecuada, vivienda, distracción… tal vez, no esperaríamos gozar de esas condiciones en otra vida. Analicemos, un poco, la pobreza…

* 1. **La pobreza.**

Muchas veces pensamos que la pobreza es lo antagónico u opuesto a la riqueza, pero esto no es tan cierto. A la clase política le gusta hacer muchas diferenciaciones sobre la satisfacción de nuestras necesidades estableciendo tablas de salarios y costos de “canastas” básicas para la vida digna de la gente. Nos envuelven en muchos tecnicismos que muy pocos entienden, en verdad, cómo se obtienen esos números. No es afán de este escrito analizar esos valores. Pero vale preguntarse: ¿Cuánto de dinero requiere una persona para vivir decorosamente en este mundo? Nos estamos haciendo esta pregunta muy a menudo, pero, las respuestas pueden ser innúmeras; las cifras dependerán del estrato social en el cual me hayan clasificado y de las necesidades que la sociedad me obliga a satisfacer. No quiero escribir sobre la pobreza espiritual, ni de la *“miseria humana”*, que muchos de nosotros podemos poseer. No. No es el interés de estos escritos elucubrar sobre esos asuntos peliagudos… pueda ser que los mencione, pero sólo de pasada… Quiero hablar sobre aquello en donde las estadísticas nos catalogan como pobres.

 Veamos: El Estado al indicar que mi salario es menor de lo que ellos establecen como básico para la vida, entonces soy *pobre*. y esa no es una respuesta satisfactoria; entonces, para adentrarme en mi análisis debo tomar en cuenta cuáles o qué cosas son las básicas o fundamentales para una vida digna.

 También en necesario tomar en consideración cuáles son los productos elementales que el ser humano requiere para vivir, claro, en función de varios factores externos, entre los cuales, puedo mencionar: la situación geográfica, el entorno social, las costumbres ancestrales y culturales de la persona. Con la situación geográfica me estoy refiriendo al lugar en donde vivimos; los consumos y las necesidades serán diferentes si estoy en un lugar cercano al mar o en las serranías o si estoy en África o en el Continente Americano. Con entorno social estoy pensando en la vida que llevaríamos en una favela o en un Centro Histórico Urbano o en un barrio residencial o en uno periférico de una ciudad. Las costumbres ancestrales y culturales están relacionadas con los productos que cierta sociedad está acostumbrada en consumir por ser propios de una región. Con estos parámetros, la pobreza en un grupo social pudiente puede ser riqueza para otro que vive en un sector menos favorecido de la sociedad. Al contrario, la riqueza de un grupo social puede ser pobreza en otro acomodado. Para evitar ambigüedades las estadísticas nos catalogan como pobres o como ricos de acuerdo con nuestros ingresos económicos. Sin embargo, dentro de un grupo social pobre puede haber aún más pobres, y dentro de uno rico existirán otros más ricos. ¿Qué hace que ciertos pobres sean más pobres si están viviendo en las mismas condiciones? ¿La pobreza en la cual viven ciertos grupos sociales es intrínseca a su entorno geográfico, social y cultural?

Las condiciones en las cuales se desarrolla una sociedad provocan una situación de pobreza. Las deficiencias no superadas por los organismos encargados de suplirlas ahonda la problemática. Muchas de esas carencias no han sido atendidas deliberadamente para usufrutuar la pobreza en beneficio de la clase dominante. Mantener un estado de escases provoca la necesidad imperiosa en la gente que ve una oportunidad en los políticos de turno para salir de la situación mísera en la cual viven. A veces, ¿siempre?, son engañados. En primer lugar anotaría la Alimentación. ¿Los salarios cubren el costo de todos los productos alimenticios necesarios para el desarrollo óptimo de un grupo humano? ¿Cuáles son esos alimentos necesarios? ¿Cuál él salario? En una sociedad individualista como la nuestra la inequidad entre las personas es evidente. Muchos tienen muy buenos ingresos que superan en demasía lo que se requeriría para adquirir sus alimentos… ¿Esto sería riqueza? Al hablar de pobreza, entonces, decimos que los individuos tienen ingresos que no son suficientes para la compra de alimentos básicos para la vida. Entonces, o bajamos el precio de los artículos o subimos los salarios. ¿Cómo o qué hacer para que los alimentos bajen su costo? Dentro de las soluciones, considero, estaría en una mayor producción. Este aspecto no sólo corresponde a una responsabilidad de la iniciativa individual o privada sino del Estado. La empresa privada produce para el lucro o para obtener mayores ganancias de sus productos. Se han escuchado casos en los cuales para evitar que los costos comerciales, internos e internacionales, disminuyan, la sobreproducción los ha echado al mar. ¿Qué es sobreproducción? Producir más de lo que la gente requiere. Si una población requiere para satisfacer sus necesidades un número determinado de artículos y si en las cosechas se tiene un mayor volumen, los costos deberían bajar —ley de la oferta y demanda—, pero, este fenómeno, que, teóricamente debería regularizar el mercado, no se produce en un sistema en el cual el negocio no está en función de los seres humanos sino de los dueños de los medios de producción. ¿Debería incrementarse la producción en función de los índices de crecimiento poblacional? ¿En función de los potenciales consumidores? Si dos de cada cien personas come plátano en el almuerzo, ¿mi producción será en función de esas dos personas o promocionaré el plátano, incluyendo una propaganda engañosa, para incrementar el número de personas que deben comer plátano? Cien es el número potencial de consumidores. Si se consiguiera que todas las cien personas coman plátano debería producir para esas cien personas. Sin embargo estoy analizando desde el punto de vista del negocio y no de las personas que requieren plátano para su almuerzo. No debo analizar la producción de plátanos en función de mis ganancias sino de las necesidades alimenticias de la gente. Cuando no ponemos en la otra orilla, es decir de la gente, la situación se vuelve humana y justa. Entonces, conociendo las bondades de consumir un producto —cuando se está al otro lado, pensando sólo en el capital, no importa las bondades del producto sino los réditos económicos que me rendirá la producción— deberían procurarse que todas las cien personas la consuman y estaré obligado a incrementar mi producción para satisfacer ese mercado. ¿Y si el mercado no tiene los recursos para procurarse el producto? ¿Si mi producción no alcanza los niveles para cubrir la necesidades? Entonces el equilibrio del mercado no estaría en función de *la oferta y la demanda* sino que la producción sería una función de las necesidades una sociedad. Al igualar la ecuación se encuentra la justicia alimentaria. Un incremento de producción puede ser temporal, ocasionándose sólo en temporadas climáticas, entonces los precios de esos productos bajan y la gente consume esos alimentos por el bajo precio, no por necesidad alimenticia. Pues bien, les dejo estas reflexiones… alguien más sesudo puede desarrollarlas...**[[13]](#footnote-13)**

Muchos sectores poblacionales no cuentan con las obras básicas de saneamiento: agua potable y alcantarillado. La solución del tema corresponde a las autoridades locales, pero el Estado no puede desatenderse de los mismos. Mantener una población sin estos servicios elementales es condenarle a una pobreza por generaciones. Otro servicio básico es la energía eléctrica y las comunicaciones. Aún escucho a los vecinos decir cuando se corta el servicio de agua potable: “Prefiero que se vaya la luz antes que el agua…” Y es cierto, el Ser Humano puede vivir toda su vida sin energía eléctrica pero sin agua apenas superviviría unos cuantos días… Sin embargo, a nadie, debería faltarle los servicios básicos…

Otro elemento básico está la Salud Pública. Esta no solo vista desde el punto de carencia de centros hospitalarios si no como todo el conjunto de las políticas públicas para que una población viva sana. El medio en el cual se desenvuelve un grupo humano debe contener las características apropiadas para que los habitantes logren una mejor vida. Una atmósfera sin contaminantes, una agricultura libre de elementos tóxicos, control y prevención de epidemias y enfermedades, control pre y postnatal… Cada uno de estos temas se puede desarrollar en diferentes y extensos capítulos. Muchas veces tomamos en cuenta solamente los índices de mortalidad o morbilidad para calificar a una población, mas descuidamos en las políticas públicas señalar estos parámetros. Conseguir el desarrollo de una población y, por ende, salir de la pobreza no nos basta con tener los mejores hospitales, también importa la calidad de profesionales dedicados a estas tareas. Ahora bien, ¿qué debe hacer el ciudadano? Cuenta mucho la actividad del ciudadano, como integrante de una sociedad, tanto a título personal o como una entidad (empresa), para salir de los esquemas cualificados de pobreza o subdesarrollo. Mal podemos hablar del nivel de tóxicos que debe contener un ambiente si empleamos los vehículos indiscriminadamente (carros con capacidad para seis u ocho personas llevando a su destino a tan sólo el conductor); o fabricas emitiendo gases dañinos sin que de por medio tengamos los elementos que eviten la contaminación; o produciendo basura (fundas plásticas, botellas desechables,…) sin un reciclaje adecuado… El mal llamado “desarrollo” nos hace consumir productos que a más de causarnos daño en nuestra salud provocamos una cantidad desmesurada de desechos. Veamos: Voy al supermercado y me abastezco de los víveres para el consumo del hogar; me entregan la mercancía en una, o varias, fundas plásticas; escojo de las perchas un paquete grande de pañales desechables, un rollo de papel absorbente de limpieza, un paquete de platos de cartón, una funda grande de vasos de plástico… algunos envases (de polietileno) de leche… Una vez que llego a casa, me deshago de varias fundas de plástico (para engañar a mi conciencia guardo algunas fundas para utilización posterior), cambio los pañales a la guagua y pongo en el tacho la recién ocupada, luego de la fiesta es insuficiente una sola funda, negra de plástico, para botar los platos, vasos y cubiertos desechables… Desayuno (y creyéndome un amigazo de la naturaleza y un superprotector del medio ambiente) guardo la vacía fundita roja en otra fundita azul… Y qué decir de los productos agrícolas (vegetales, hortalizas, legumbres, y los cárnicos “naturales”) alimentados de productos químicos. Y qué decir de los alimentos artificiales (cárnicos, envasados, elaborados). Entonces, me pregunto: ¿Políticas públicas o conciencia ciudadana? ¿Pobre pueblo o pueblo pobre?

Otro elemento influyente para que una población no salga de la pobreza es la educación. Debería decir: a la falta de educación. Habrá diferentes opiniones y criterios sobre qué es la educación y si ésta posibilitaría salir del subdesarrollo. El tema es bastante amplio y no sé si este artículo pueda abarcar todo lo que representa la educación. Pero, antes, voy a circunscribirme en estas reflexiones sólo al aspecto de la educación en el cual los ciudadanos alcanzamos alguna instrucción cultural o formativa de las ciencias, sin embargo, educación no es solamente el conocimiento del mundo y sus fenómenos, sino el despertar a una conciencia crítica. El mundo del saber a más de llevarnos al entendimiento de las sapiencias nos conduce a desarrollar sabiduría sobre todo lo que nos rodea. Conocer los aspectos históricos de un pueblo nos proyecta a visualizar un futuro diferente; instruirse en las filosofías sociales, económicas, religiosas, etc. nos ayuda a comprender la sociedad en la que nos desenvolvemos y las formas en cómo salir de ellas si éstas no están acordes con el bienestar colectivo; estar al tanto de los avances científicos y conocer sus fundamentos provoca el despertar intelectual a nuevas formas de progreso… Pero ¿por o en dónde empezamos? ¿Estará en mejorar salarios a los maestros? ¿Estará en mejorar la calidad de los establecimientos educacionales? ¿Será acaso cambiar los contenidos o temáticas del estudio formal? Todos estos temas están bien, pero, creo, hay que ir más allá. ¿Hasta dónde? ¿Se puede conseguir el cambio en tan solo una generación? Una pregunta más: ¿Educación en manos del Estado o en manos de los ciudadanos? Empecemos con esto, es decir, reflexionando sobre quién es el responsable para que una sociedad alcance el conocimiento y una conciencia crítica. Si la educación la ponemos en manos del ciudadano (empresario privado en el ámbito educacional) corremos el riesgo de que los saberes —científicos y filosóficos—estén encaminados a la línea que el dueño quiere conducir. Este aspecto, se ha visto en las *instituciones educativas privadas* en los cuales se tiende a forzar los pensamientos de acuerdo con el credo o ideología del patrono del establecimiento. A más de lo anotado tenemos que los costos son prohibitivos para la gran mayoría de la sociedad, volviendo elitista la formación de los ciudadanos; la sociedad como tal se destruye e inicia la conformación de clases: los que pueden estudiar en algún centro educativo *privilegiado*, lo hace por las condiciones económicas de la familia, más no porque en dicho establecimiento encontrará una mejor formación cultural; y los que no lo pueden hacer por factores monetarios, estará supeditado a que su formación sirva de alimento fácil en el mercado laboral. (Esto del mercado laboral… hay tanto que decir, pero me reservo la opinión para otro análisis). Entonces actúa el Estado. El Estado debería procurar una formación laica sin miramientos partidistas, cosa que no ocurre siempre. Las ideologías impuestas en textos y pensum de estudios estarán en concordancia con el pensamiento del gobierno de turno. Entonces, si la educación puede ser manipulada de acuerdo con las conveniencias públicas o privadas ¿Qué nos queda? ¿La educación personalizada y dirigida por nuestros progenitores? ¿La autoeducación? No es simple una respuesta… pues aún en estos casos no se asegura una sociedad con pensamiento libre y desprejuiciado a las enseñanzas recibidas. Ahora bien, en lo que sí no hay discusión es que, un pueblo sin el conocimiento de las realidades en que se desenvuelve es un pueblo de fácil engaño. Para evitar la manipulación del pensamiento individual y de una sociedad es necesario desarrollar en las personas el hábito de la lectura. Y para que haya lectura deben existir los libros; y para que existan los libros alguien los debe escribir… Y los libros deben estar a disposición de todo el conglomerado, incluso de manera obligatoria. Libros que presenten las diferentes formas de pensar, sin restricciones de ninguna índole para acceder a ellos. Lejos estamos de contar con bibliotecas llenas, de gente y de libros publicados localmente. ¿Saben cuántos libros se leen en el Ecuador? Pues medio (0.5) libro por persona por año. Y esto porque algunos, muy pocos, leen mucho y la mayoría no lee nada. ¿Estará aquí el meollo de nuestro subdesarrollo? Indudablemente que sí. Entonces, si poco se lee ¿qué podemos decir de escribir? Ni producimos ni consumimos… Y esto solo en cuestiones de lectura ¿Y las otras artes de la cultura: Las plásticas, las musicales, el cine, la danza…? ¿Qué podremos decir de la investigación y la consecuente generación científica? Ni hablar… Así estamos, y para los poderes que gobiernan las sociedades, mejor.**[[14]](#footnote-14)**

Veamos otro gran problema de la pobreza: La vivienda. Otra triste realidad. Nos basta con mirar los barrios suburbanos de nuestra querida Guayaquil, u observar los hacinamientos en los tugurios urbanos en todas las ciudades del Ecuador. Hay un adagio popular que dice: “El que se casa, casa quiere”, más la consecución de una vivienda propia si no existen la voluntad política de solucionar el problema, muy poco se puede lograr. Veamos primero: ¿Cuáles son los parámetros del espacio construido para considerar una casa digna? Una vivienda (casa aislada o departamento) será digna si tiene el espacio suficiente, iluminación y ventilación adecuada, que cuente con las obras de infraestructura básica: agua potable, alcantarillado, luz eléctrica, teléfono, internet, recolección de basuras, espacios de distracción cercanos y seguridad apropiada. ¿Sólo eso? Pues no, también que las calles circundantes contengan un tratamiento adecuado de la superficie (asfaltado, pavimentado), que los servicios ciudadanos (farmacias, correos, centros de basto de alimentos, mercados, parques, comunicación vehicular con terminales) estén cercanos a la población. Todo esto se traduce o se define como: Planificación urbana. Entonces para suplir la deficiencia habitacional debemos considerar todos los aspectos indicados para que la población habitante pueda vivir. Desde que mi memoria da fe de los hechos ocurridos, los proyectos habitacionales se han ido generando sin una adecuada planificación urbana. A sucedido que terrenos de gran magnitud se los ha subdividido en pequeños lotes (con lo que se logra una considerable ganancia para el lotizante) en los cuales se proyectan viviendas sin considerar lo mencionado. Los entes municipales han descuidado este aspecto, y muchas veces, donde el uso del suelo está destinado para otros fines que no son los de vivienda (la agricultura, por ejemplo) se los ha convertido en “urbanizaciones” alejadas totalmente de los servicios básicos y complementarios. Pero esto sería poco comparado con el negocio de tierras, apadrinado por seudolíderes políticos o sociales, que promueven la invasión de propiedades privadas.

A modo de conclusión: Lo escrito no es, ni por asomo, todo lo que representa la pobreza material. Se necesitarían páginas y páginas para bosquejar el drama humano de lo que significa este tema; visualizar el ser interior y el sentimiento de las personas que están en esas condiciones no es fácil para quien todas las mañanas tiene demasiada comida sobre su mesa para suplir sus necesidades nutricionales, para quien no requiere pagar rentas ni alquileres, ni deudas ni hipotecas, para quien tiene propiedades que nunca las habita, para quien es un dilema en lo que tiene que vestir cada día… ¿Por qué a los de allá no les falta nada y los de acá carecen de todo…? Entonces, ¿será la muerte igual para todos…?

En un cementerio de un pueblo al Sur de mi país hay una leyenda en la entrada, que dice, más o menos, así: “Aquí se terminan todas las vanidades y diferencias entre la gente y comienza la igualdad…” ¿Será? ¿Un consuelo bobo? La religión señala que dependerá de las condiciones en las que vive una persona para obtener las gracias divinas después de esta vida. ¿Y qué si mi vida me la pasé codiciando el pedazo de pan que caía debajo de la mesa? ¿Qué, si envidiaba el libro que nunca logré leer? ¿Qué, si deseaba la casa con ventanales grandes, hermosos muebles y camas mullidas…? ¿Qué, si ambicionaba la ropa abrigada de mi vecino…? Día a día codiciando lo que la gracia divina me negaba; y por más rezos que le hacía siempre fui desdeñado. Tal vez allá seremos iguales… pero habrá alguien que estará un tanto más lejos de su creador y a empellones buscará hacerse un lugarcito para verle seguido; y, el de atrás le restará espacio al vecino más débil para que el creador lo mire primero… Pues, “los primeros serán los últimos…” y, de seguro, los privilegiados en la tierra querrán continuar con sus prerrogativas en el más allá.

Pueda que me digan que estoy diciendo tonterías. Y no les acuso. Pero la Esperanza de Vida está en función directa de los bienes o servicios que tengamos en la tierra. No podemos esperar que una persona llegue al promedio de vida de una equis sociedad cuando se le ha privado de salud, de educación, de vivienda, de seguridad, de casi todo. Sin embargo, por más alta Esperanza de Vida que tengamos o que nos procuremos, algún día, debemos morir. Veamos en el siguiente capítulo…

1. QUÉ ES LA MUERTE.

La muerte es un cruce de la frontera al final de nuestra vida. Una vez atravesado no podemos volver los pasos atrás. Un viaje sin retorno. La frontera que separa la vida de la muerte es tal sutil como el instante cuando encendemos la luz de una habitación a oscuras. O cuando apagamos la lámpara que alumbra el escritorio. Nuestro ser deja de existir y el cuerpo deja de manifestarse. Nuestro *yo* ya no es… Se apaga nuestra vista, nuestros oídos ya no escuchan el cantar de los pájaros, el corazón deja palpitar, la sangre se detiene y renuncia a recorrer por nuestras venas, nuestro cerebro deja de percibir su entorno y las neuronas de funcionar… Dejamos de sentir y de amar y de odiar; nuestras avaricias se paralizan, nuestras codicias se pulverizan; dejamos de soñar… de reír y de llorar… Entonces nuestro cuerpo inicia su transformación. ¿A qué?

 Todo ser vivo que muere —en el cruce de la frontera— pasa un proceso de descomposición cuyos elementos que la integran pueden volver a dar vida a otros seres vivos. Pero el ser fallecido ya no será, nunca, el mismo.

 El temor que experimentamos al pensar que tenemos que cruzarlo lo consideramos racional ya que nuestra existencia culmina. Nuestra conciencia de existencia terrenal se acaba. Mencionaré a Epicuro que decía que no deberíamos temer a la muerte, pues, la parca no está mientras vivimos y cuando muramos ya no estaremos nosotros. Pero nuestra *materia* —digo materia aunque en realidad son microorganismos vivos— estará por siempre. ¿Hasta cuándo? Eternamente. Nuestras células perderán su funcionalidad habitual, es decir, de mantenernos con vida. ¿Será? Sin embargo, su composición intrínseca perdurará por siempre y procurará mantenerse con vida o generará otras vidas. ¿Alimento de otras especies de seres vivos?

 Las mutaciones que experimentan las células que nos dieron la vida no pueden vivir independientemente (por si solas). ¿Cuál es el tiempo de vida de una célula viviendo para sí misma? Ellas, las células, se convertirán en alimento de otros seres vivos y, por tanto, pasarán a formar parte de un ser viviente más desarrollado. ¿En qué momento se volverán materia inerte? Nunca. Pues, la descomposición molecular que experimenten siempre contendrá *algo* de vida. ¿Vida eterna?

 Ahora bien. Somos materia viva y la descomposición que suframos hasta el más ínfimo elemento mantendrá, en su interior, la vida. El proceso inverso es lo que, a través de millones de años, alcanzó a convertirse en lo que somos hoy. En el transcurso del desarrollo de nuestro intelecto fuimos formando en nuestra mente la conciencia. Me es difícil afirmar si los organismos micro celulares tienen conciencia de su vida. ¿Simplemente existen? Sin embargo, su comportamiento será mantenerse con vida. ¿Qué les impulsa a tener permanencia? La energía. Toda materia puede transformarse en energía y la energía, a su vez, en materia. Podemos afirmar que lo uno es lo otro y viceversa. La frontera entre ser materia y energía es volátil; el paso es inmediato y la transformación automática. ¿Una célula sabe que es una célula? No. El conjunto de células y la interactuación entre ellas conforman la conciencia. Me hace pensar en la pantalla de un televisor o una computadora: un solo pixel no forma ninguna imagen, es con el conjunto de cientos o miles de ellas, cada una con su respectiva característica, que logran crear lo que uno visualiza como una imagen.

 Siendo que el ser humano ha alcanzado el más alto nivel de conciencia sabe que está vivo y que un día perderá esa condición. La descomposición que se produce luego de la desintegración de las células que la conforman es la pérdida de vida y de la conciencia. Volvemos a nuestro estado primigenio. Estos microorganismos por si solos mantienen su vida pero carecen de conciencia. No saben que existen. ¿Viven por vivir? Viven debido a la energía que está en sus cuerpos. Con nuestra conciencia desintegrada en minúsculas partículas dejamos de ser los “yoes”. No obstante, en nuestro intelecto se ha creado, por formación o por genética, que nuestra desintegración luego de muertos —en vida la desintegración de parte nuestros órganos es sustituida por otras células que heredan la información genética de las anteriores, mismas que sirven de alimento a las nuevas; pero esta transformación celular, con el paso del tiempo, se agota hasta que finaliza su ciclo vital y el retorno es irreversible— es solo molecular y no en nuestro pensamiento. Es decir, creemos que nuestra formación intelectual permanece después de muertos. Sin embargo, continúa por nuestra formación o nuestra genética. Ya lo analizaremos después.

* 1. **¿La muerte es un espacio?**

Una vez que hayamos perdido la vida y nuestro cuerpo empiece con su degradación pueden suceder algunos hechos. Los que trataré de analizar, que de seguro no serán todos los que la mente humana puede imaginar, no expresan necesariamente una realidad. ¿Por qué me limito a estos estados? Tal vez sea porque son los más conocidos o los más divulgados dentro del pensamiento humano e inmersos dentro del convivir de la personas. No quiero afirmar que sean los más aceptados. Son, en cierto modo, una forma personal de razonar sobre lo que nos sucedería cuando hayamos cruzado la línea que separa a la vida de la muerte.

 Ahora bien. La vida o, mejor dicho, el tiempo de vida, podemos encasillarlo dentro de algún espacio temporal. Es decir, tuvo su inicio y su final. Y entre estos dos hechos ha transcurrido un lapso de tiempo. Luego de muerto, el tiempo, solo para el difunto, deja de fluir. Aunque siga fluyendo para los demás. No es que la vida deje de existir es que nuestra existencia feneció. Aquí hay o puede existir una contradicción, pues, estoy cimentando una premisa, no verificada, de que los muertos pierden la conciencia del transcurrir del tiempo, de un tiempo tal como las persona lo percibimos cuando estamos con vida. (Puede suceder que lo que hoy creemos racionalmente como tiempo luego de fallecidos encontremos la verdad de nuestra existencia, es decir que nuestra existencia ha sido una ilusión y que el tiempo jamás existió. Claro que, al pensar que tendremos una racionalidad luego de haber muerto será sólo una racionalidad en ese otro estado de conciencia. ¿Igual? Entonces, cabe pensar que nuestra racionalidad es sólo transitoria y que, luego de fallecer en ese otro estado tendremos otra y, claro, luego otra y otra… Y ese tránsito se terminaría en el infinito —no existe la muerte—).

 Pues, estoy en un punto en que todo lo que he pensado puede ser una quimera y lo que pienso es sólo un juego de mi mente. Un jugueteo que me hace creer que estoy pensando cuando en realidad mi mente está divagando en cosas que desconozco. Me pongo en la posición de una hormiga que cree que todo lo que existe son diminutas hojas que debe transportarlas de un lugar a otro y desconocen que existen grandes animales y personas pensantes: todo un universo de seres vivientes. Pero aun así, continúo con mi ejercicio mental tratando de dilucidar qué mismo es la muerte. Sin embargo, estoy en un *lugar* que no es de la muerte y desde esta orilla quiero ver qué existe en la otra. Si toda nuestra existencia ha sido en *vida* cómo saber que sucede en la *muerte*. ¿Será la muerte otro lugar? ¿No será que la vida que llevamos sea la muerte de otro estado de vida? ¿Cómo saber qué existe al otro lado si, nunca, nadie ha regresado de ese lugar para contarnos? Quizá por eso pensamos en ese lugar del que nunca nadie ha ido y, tampoco, ha regresado. Es la curiosidad humana.

 Inevitablemente debo mencionar que sí hubo un hombre, al cual hoy lo consideran un dios, que fue a ese *lugar* y luego de permanecer en ese estado por tres días —tiempo de los vivos— regresó transformado. Lamentablemente, no dejó constancia de ese tránsito ni nada de lo que, supuestamente, hizo. Supongo que no sabía escribir: ¿fue analfabeto?. No puedo expresarme de otra manera. La trascendencia que hubiera tenido su relato sería inconmensurable. No estaríamos pensando en esto. Y tampoco lloraríamos la partida de ningún ser querido. ¿Las consecuencias no serían peores? ¿Nadie querría vivir y todos desearíamos morir para estar en ese otro estado? ¿O es que no hay tal lugar?

 No sé si habrá o no ese lugar, por tanto, no me queda más que pensar cómo sería ese espacio y sobre qué nos pasará cuando crucemos la frontera de lo que llamamos *vida.* Las alternativas que he pensado son las siguientes: 1. Nos volvemos energía; 2. Alcanzamos una vida eterna; 3. Nuestra vida se convierte en otra vida; 4. Nuestra consciencia muere. Veamos en el siguiente capítulo.

1. LUEGO DE MUERTOS.

Antes de analizar cada uno de estos puntos y teniendo en cuenta la premisa que nada realmente muere, podemos aseverar que los estados anotados son muy similares en esencia, sólo difieren por el deseo particular de cada uno. Ese deseo de tener una vida eterna o reencarnarme o volverme energía cósmica, es querer una vida luego de esta vida dependerá de cómo nos hayan formado (sociedad o cultura en la cual hemos nacido) o el que nuestro entendimiento quiere tener. Pero, no deseamos continuar sólo con una vida cualquiera sino queremos una existencia consciente. Es decir, deseamos vivir eternamente o convertiremos en otro ser vivo o que alcanzaremos las estrellas de una manera consciente y real. Es un querer alcanzar o cruzar la frontera con todas nuestras cualidades terrenales. Es un anhelo de *gozar y sentir* el espacio de la muerte. Lo puedo comparar, como algo similar, a esperar que venga la fiesta de cumpleaños de un amigo querido y cuando la fecha llegue y vaya al festejo me adentre al salón para disfrutar de los deliciosos bocaditos, de la algarabía, de los abrazos, de las risas, de disfrutar de la música y bailar con la chica o chico preferido… ¿Será así?

* 1. **Nos convertimos en energía.**

Todo nuestro cuerpo es energía. Ninguna partícula, ninguna célula, de la que estamos compuestos, cuando muramos, puede extinguirse; todo lo que somos seguirá siendo en esencia lo que ha sido cuando gozamos de la vida; los compuestos químicos que forman nuestros cuerpos se liberan y se convierten en energía. ¿Qué es energía?

 La capacidad que toda materia tiene para producir un movimiento, luz, calor, vibraciones, sonidos, etc., se le conoce como energía. La forma de energía mejor percibida por el ser humano es la luz y el calor. La transformación de la materia desprende, al cambiar a otro estado, en alguna cantidad de luz o de calor. ¿Dónde irán estos desprendimientos? ¿Se difuminan en el vasto universo y se pierden para siempre? Un principio de la termodinámica indica que nada se pierde y nada se gana, todo se transforma.

 Los físicos han logrado realizar grandes avances de la ciencia con la investigación de estas fuentes de energía. El ser humano sabe de la importancia que tiene para la misma vida el uso y el aprovechamiento de estas cualidades de la materia. Ya dijimos que la materia es energía y que la energía puede ser materia. La ambivalencia de las cosas que nos rodea está en concordancia con nuestra posición, de nuestro punto de vista y del lugar en dónde estemos. Sin embargo, estando en el estado de la materia no podemos entender la energía y siendo energía no comprenderíamos a la materia. La muerte y la vida. Estando con vida no sé qué es la muerte y una vez que muramos no sabremos qué es la vida. Empero, solo de este lado —la vida— puedo reflexionar sobre la muerte. ¿En el otro lado pensaré sobre la vida? ¿La conciencia de mi existencia permanecerá inalterable luego de los cambios producidos en la muerte?

 ¿La energía tiene consciencia, o conoce que es, en sí mismo, una *energía*? ¿Sabe que sin ella la vida de los seres humanos se terminaría? Desde el inicio de la existencia de las cosas en el Universo ha intervenido la energía para que se desarrollen y se formen los miles de millones de astros, de estrellas, y de la vida. Sin ella, sin la energía no existiría el movimiento y sin el movimiento nada de lo que existe existiría.

 La vida, tal como la conocemos, llegó a formarse por las transformaciones progresivas de materia en energía y de energía en materia, un desprendimiento continuo de luz y calor hasta formar los compuestos que crearon la vida unicelular. ¿De materia a vida? ¿Eslabón perdido? De ahí, la cosa fue sólo cuestión de tiempo hasta alcanzar nuevas formas de vida más y más complejas. Y una vez que las células del cerebro alcanzaron elevados niveles de desarrollo se inició la conciencia. ¿Cómo la actividad de las neuronas produce conciencia? ¿Será la consciencia sólo un efecto del recuerdo? Al evolucionar la capacidad de registrar los hechos el cerebro recurría a los recuerdos para emprender nuevas aventuras. Todos los hechos fueron aprehendidos y nace la conciencia que lo que hacía era una realidad. Luego, al recordar su vida pasada, se dijo: existo. ¿Qué pensaríamos de nuestra existencia si careciéramos de memoria? ¿Lo que registra nuestra memoria es una realidad?

 La energía cósmica que envuelve al universo hace que nuestra conciencia la perciba y que nuestra mente llegue a plantearse su existencia. Si nuestra conciencia no percibe las manifestaciones del cosmos podemos afirmar que tales actividades no existen. ¿Existe sólo lo que nuestra conciencia aprecia? ¿Si esta no lo percibe, no existe? Desde el origen de nuestro universo, de acuerdo con la Teoría de Big Bang, estamos en continua expansión, sin embargo nuestra mente no puede sentir ese movimiento y al no actuar sobre nuestros sentidos es manifestaciones decimos que no existe. Se ha logrado medir la velocidad de la luz, pero, ¿sabemos qué es la luz? ¿Qué pasaría que llegáramos a viajar a esa velocidad? ¿Seríamos luz? Nuestras células al desintegrarse o transformarse en energía —El proceso, que aunque estoy reflexionando en la muerte, también se da en la vida. Somos un continuo movimiento de transformaciones internas y externas; las células cuando han cumplido con su función y agotan su energía son restituidas por otras células con nuevos bríos— producirán algún cambio en el universo. Parte de nuestra esencia se difuminará en los confines del universo y otra moverá a otros cuerpos para que estos prosigan con su existencia. ¿Esa parte que permanecerá tendrá conciencia de su existencia? ¿Habrá una supra conciencia en ese nivel? Una conciencia que me haga entender que lo que he considerado una realidad tangible no ha sido más que una ilusión. ¿Todo lo que hoy percibo es realidad? ¿La realidad será cuando encuentre mi forma primitiva de existencia?

 Regresemos a la tierra. Pongamos los pies en el suelo y, en base de nuestra conciencia actual, pensemos en el instante en que una persona fallece. Esto en el sentido del que nuestras sensaciones observan. Su esencia vital, la vida, abandona el cuerpo y las manifestaciones por las cuales esa persona fue reconocida ya no son ¿ni serán? en este lado de la vida. La fuerza que empujaba su cuerpo no lo hace más. ¿Esa energía adónde se dirige? ¿Retorna a su origen? ¿A la fuente de toda energía? ¿Cuál es la fuente de esa energía? Muchos pueden argumentar que dicha fuente, o fuerza, es la misma que la que originó la vida. Al retornar a ese principio la energía del difunto se conjuga con ese origen y nos volvemos una parte de la energía primigenia. Si incremento más leña al fuego la hoguera se hace más refulgente. Este proceso encuentra la siguiente contradicción. —Vale recalcar que estoy pensando con las herramientas que dispongo en esta vida terrenal, una vez que haya muerto, a lo mejor, logre darme cuenta, *ver,* que lo que pensaba era sólo una ilusión y que esa nueva realidad es la verdad; entonces el proceso puede seguir hasta el infinito…—. El aporte individual a la energía primigenia procurará originar nuevas vidas en diferentes espacios. ¿Espacios? El espacio en el cual percibimos todas las sensaciones que apreciamos en este lado. ¿Los espacios que conforman todo el universo son todos los espacios existentes? No lo sé. Ahora bien, ya soy parte de una energía superior y de una conciencia mayor y siendo así originaríamos nuevas existencias tanto de vidas como de mundos hasta el infinito. ¿Nuestra existencia es tan efímera que resulta imposible percibir con nuestros sentidos —con los que ahora disponemos—, de esta realidad?

 Empero, no sólo la humanidad está conformada de materia viva y que algún día dejará de manifestarse —¿Qué manifestación? La que nuestros sentidos perciben como una realidad—, sino también los animales y las plantas. ¿Y qué de la que consideramos inerte? ¿También los animales y los vegetales, cuando mueren, van a fundirse con la energía cósmica? Si la humanidad lo hace, ¿por qué no los otros seres vivos de este mundo?

 ¿Y los minerales, los metales, las rocas…? De aquí me viene una pregunta racional, nacida en mi conciencia presente: ¿Alguna vez dejan de vivir los materiales, catalogados como inertes…? La pregunta, a la primera lectura resulta totalmente ilógica y rematadamente perturbadora. Siendo que la materia que los contiene es similar a la que está formado cualquier ser vivo… ¿Acaso no fue ésta misma materia la que provocó la vida? Toda la materia contiene energía, si hay energía hay vida. Hay movimiento, calor, luz… ¿Debemos preocuparnos qué les pasa a la materia inerte si ni siquiera sabemos que nos sucederá a los humanos…? Sin embargo, ¿qué nos hace más importantes…?

 ¿Será que somos polvo de estrellas?

* 1. **Llevamos una vida eterna.**

Analizar este asunto desde la concepción religiosa no me resulta muy racional. ¿Será? El convencimiento de los creyentes es que, luego de nuestra muerte, obtendremos una recompensa o algún castigo de acuerdo a los hechos realizado en la vida. Manifiestan que llegaremos a uno de estos dos lugares: paraíso o infierno; y al llegar a esos *“espacios”*, en el primero *sentiremos* las delicias del reino gozando en conjunto con el creador o, en el segundo, seremos aborrecidos y sufriremos los peores tormentos. Pero quién gozara o sufrirá será nuestro mismísimo cuerpo. Nos dicen que al llegar al paraíso no habrá ni el llanto ni el dolor, ni habrá el sol ni la lluvia… Es decir, un sitio carente de todo pero que estará gobernado por el creador. La muerte, presentada en este escenario, es un lugar físico con miles de millones personas físicas, y cada quién con la misma conciencia que dispone en esta vida. Igual se indica del infierno: será un lugar en dónde lamentaremos el llanto y el crujir de dientes…

 Sin embargo, no todos los creyentes comparten esa visión, e indican que la vida después de muertos será una existencia espiritual. Y, por ser creyentes, pretenden ser merecedores de ese lugar porque han mantenido una *relación personal* con su creador.

 La conciencia de nuestra existencia no parece estar conforme con lo que realmente es nuestro entorno. Lo que percibimos como vida es tan relativo como nuestra posición en el universo. No podemos definir un lugar determinado en el que nos encontremos, pues, ese lugar no existe si estamos en continuo movimiento. Si no podemos definir la estancia en ningún lugar, menos podremos establecer un *periodo de tiempo* cuando el “*tiempo”* no existe y solamente nos limitamos a establecer las variaciones que sufren o experimentan los cuerpos. Veamos unas pequeñas reflexiones relacionadas con este asunto.

***Tiempo.[[15]](#footnote-15)***

*Muchos pensadores dicen que, en la realidad, el Tiempo como algo tangible o subjetivo, no existe. Sin embargo, analicemos el Tiempo desde el punto de vista de las cosas que suceden en lo que solemos llamar: presente, pasado y futuro.*

***Pasado.***

*Todo lo vivido es un pasado. Nace una persona e inmediatamente comienza su vida y su pasado. En los primeros años no tiene plena conciencia de que vive. Podríamos decir que vive porque sus padres comparten las actividades de ese niño. Cuando su cerebro alcanza cierto desarrollo, este le permite registrar las situaciones vividas, sus neuronas inician con una de las múltiples funciones que posee: la memoria. Inicia entonces al archivo de sus vivencias. Guarda en su memoria todo lo que le sucede. Sus tristezas, sus alegrías, sus derrotas y sus triunfos quedan almacenadas en su mente; el cúmulo de todo los vivido y el procesamiento de los mismos le van formando una personalidad. Un día muere y todo lo que estuvo guardado en su cabeza muere con él; el recuerdo de lo que fue queda registrado solamente en la mente de los que le sobreviven y, a lo mucho, en los que le amaron en vida. Cada instante que vive inmediatamente es un pasado. Pero no puede volver a repetir lo ejecutado. En otra ocasión volverá a repetir una acción similar pero jamás será exactamente igual.*

*Ya lo dijo un sabio filósofo de la antigüedad: No se puede bañar dos veces en el mismo río. Siendo que no puedo modificar el pasado y que cualquier momento vivido no lo puedo volver a disfrutar, sentir, ni vivir, porque ya pasó, entonces el pasado no existe. Existió. ¿Será así…? Tengo mis dudas.*

***Presente.***

*El presente es un instante muy, pero muy, fino, cada segundo, cada milisegundo que pasa es ya un pasado. Solo el preciso momento de registrar un hecho es el presente, pero una vez que ya se guardó en la mente inmediatamente se convirtió en pasado. Ahora bien, los hechos presentes se registran con una serie de pequeños momentos presentes. Esto es, al escribir estas reflexiones hasta que no les acabe será o constituirá el presente, una vez que los termine se volverá pasado. Pero pueden seguir siendo el presente mientras tenga vigencia lo escrito. No obstante, en cada letra que se imprima en la pantalla es un presente pero a su vez se convierte en pasado. No obstante, todo acto que realizamos en conjunto lo consideramos un hecho presente.*

*Hay hechos, o actos o actividades, presentes que duran un pequeño periodo como la satisfacción de un beso robado, como la sonrisa de un niño, como el instante en que una persona pasa de la vida a la muerte. Otros presentes perduran un poco más, como salir a pasear, o ir al mercado, o dormir, o comer. Cada uno de estos actos son actividades que se componen de un infinito número de instantes presentes, pero es, su conjunto, lo que la mente lo configura con un presente. Otros, permanecen durante una media vida: Lograr una carrera universitaria, un matrimonio o una familia (pueden ser fugaces también). Otros hechos presentes subsisten toda una vida: la vida de nuestros hijos, de nuestros padres. Otros, que duran más de una generación: Libros, como Don Quijote de la Mancha, Cien años de Soledad, Romeo y Julieta, las filosofías orientales, las doctrinas religiosas. Y finalmente, otras son eternas: La formación del Universo —aún está en construcción y no sabemos si tendrá un final—, y la vida. ¿En cantidad de tiempo cuánto “mide” un presente? ¿Podemos medir un presente? Los instantes eternos de la vida son frágiles en la inmensidad del tiempo, se rompen, se fraccionan, se fusionan, se aglomeran… Es la maravilla de la vida, es el milagro de vivir… La conciencia nos dice que es breve, en contraposición, nos indica que la muerte es eterna. Y esa eternidad es la que queremos vivirla y la mente, donde reposa el yo, nos engaña al imaginar que podemos existir más allá del breve tiempo que nos ha tocado vivir.*

***Futuro.***

*El futuro se va formado con cada presente vivido. Viven en nuestra mente los proyectos a cumplir, las citas y reuniones programadas, los deseos, las ilusiones, las utopías. Los grandes ideales se forjan en un futuro por cumplir. No están en ninguna parte pero se pueden formar si nos esforzamos por hacerlos realidad.*

*Un día pienso en querer ser algo o tengo el deseo de producir innúmeras cosas, las voy planeando, las voy forjando, las moldeo y de pronto se hacen realidad. Mi presente ligado al futuro de lo que alcancé el pasado. Y así, esperamos que llegue el fin de semana, el cumpleaños de nuestros hijos, el aniversario de la vida de la esposa(o) y del amigo; y esperamos las fiestas: el carnaval, la semana santa, la navidad, el fin de año y el año nuevo. Queremos alcanzar el futuro y prolongar la vida. Los hechos todavía no están —están sólo en nuestra mente o en nuestra imaginación—, pero ya queremos vivirlos. La muerte no está y ya queremos vivir la existencia después de traspasar la frontera.*

*Hay hechos que no esperamos que pasen pero suceden. No lo hemos pensado, pero, sin embargo, ocurren. No existen, los hacemos ciertos cuando llega el momento o cuando elegimos el camino correcto. No hay destino, hay senderos que caminamos, a veces llegamos a esa meta y en otras no las alcanzamos. No hay una meta alcanzada si ésta no ha sido caminada. Hace poco leí en una pared: “la meta es el camino”, con cada paso que doy alcanzo una meta, con cada meta alcanzada formo un camino. Se confunden lo uno y lo otro, y voy formando el futuro con cada presente vivido y ese presente se vuelve, de pronto, en el pasado que he vivido.*

Una vez que me entiendo en esto del pasado, del presente y del futuro, podemos preguntarnos: ¿Podremos definir la eternidad? ¿Con nuestros limitados sentidos de percepción del tiempo podemos concebir lo eterno?

Si consideramos que los espacios cósmicos se expanden, entonces, no se pueden poner límites al universo. ¿Universo finito? Si nos dicen que el Universo ha *“iniciado”* su existencia, con el Big Bang, hace más de 15 mil o 20 mil millones de años, entonces no podemos hablar de eternidad del Universo, pues, hubo un tiempo en que comenzó todo. Atrás de ese inicio: La Nada. Si existió un inicio, en el más remoto pasado que sea, no se puede pensar en la eternidad del Cosmos. Si este espacio, llamado Universo, crece y existen fronteras en el confín no es infinito. El Universo es finito. Y al ser finito existe. Si no hay eternidad espacial, ¿podemos hablar de vida eterna? En las nuevas corrientes de pensamiento se habla, incluso, del Fin de la Eternidad, es decir, podemos *viajar* a los confines del tiempo como *regresar* a sus inicios, es decir, el tiempo no existe y el transcurrir del tiempo no tiene sentido. ¿Somos lo que somos, sin tiempo ni espacio que nos limite? ¿Qué somos?

Dentro de nuestra conciencia terrenal, la misma que hoy me permite pensar en las cosas que no entiendo, y que trato de explicarme, puede ocurrirme un innúmero de preguntas que, opino, deberían ser respondidas con la misma conciencia con las que estoy planteando. Si las preguntas no resultan lógicas en la percepción de mi concepto de universo, no quiere decir no deban ser respondidas, sino que, quién conoce la verdad debería esclarecer los hechos de forma que la conciencia suya vaya generando una conciencia colectiva, y que, luego, resulte fácil la comprensión de los “hechos” que nos preguntamos. Dentro de esa lógica racional, la lógica en la cual percibo el entorno, me planteo las preguntas. Si estuviera en otro nivel, pueda que mis preguntas serían formuladas en ese otro nivel y las respuestas, de igual forma, serían en ese contexto. ¿Me explico? Tal vez con más preguntas puedo explicarme: ¿Puede un pez manifestarse, si acaso entendiéramos su idioma, a decir que no existe la vida fuera del agua? ¿Es la misma actitud la que, ahora, yo tengo? ¿Se preguntarán los pájaros por qué no vuelan los caballos y el hombre?

 Hablando de eternidad, en la concepción de mi realidad, me pregunto: ¿En la eternidad existe variación de tiempo? Indudablemente que, no. No puede existir una sucesión cronológica de hechos en la eternidad, es decir, no pueden producirse hechos o sucesos uno detrás de otros e ir acumulando recuerdos en un sistema que carece de espacio y tiempo.

 No es mi afán contradecir a los creyentes del dogma que tendrán una vida eterna, una eternidad de vida, en la cual irán atesorando *hechos* —vivencias— llenas de felicidad al lado o junto de quien, su dios, consideran eterno. Esta concepción de vida después de la muerte, contiene muchas contradicciones o paradojas pues un sistema de espacio-tiempo en la eternidad carece de sentido. El tiempo, o el transcurrir de sucesos, no se producen y el espacio infinito es la nada. Visualicemos, con nuestros sentidos, este panorama: Al no existir un transcurrir de hechos, las acciones de las personas que estén en ese campo infinito, sería volverse la esencia de ese espacio. Estaría inmerso en ese espacio sin reconocer sus límites y su actividad. ¿Un pensamiento se pregunta qué es un pensamiento? ¿La madera se pregunta si es madera? ¿El viento se pregunta que es aire en movimiento?

 Siendo que me vuelvo lo mismo de lo que considero eterno, ¿habrá otra eternidad más allá de esa eternidad? ¿Puede una eternidad contener dentro de su *espacio* otra eternidad? Resulta incomprensible y paradójico este axioma. Dentro del pensamiento lógico actual —o sea de un sistema constante— y en base de lo que ahora percibimos como realidad, el pensamiento religioso considera que la eternidad de la existencia inicia con nuestra muerte y nos unimos inmediatamente a esa eternidad ya existente en el *más allá.* Este pensamiento, basado en razonamientos desde una posición bastante reducida de nuestra entender nos dice que la eternidad tiene un inicio y se prolongará hasta el infinito. Al *adquirir* eternidad con la muerte, mi origen no sería mi muerte sino el origen mismo de lo que consideramos que existe. El punto de partida de mi eternidad no estaría en mi muerte pues en ese momento —el de mi fallecimiento— percibiría que siempre he sido. Sería el mismo creador. ¿Y los demás difuntos? ¿Todos nos convertimos en creador? Si el agua de una fuente se une al río, las dos aguas se mezclan, sin embargo, ninguna de las dos deja de ser agua. Será una sola agua. Esta visualización, desde mi precario conocimiento, pasaría si pensamos que tendremos una vida eterna luego de la muerte.

 Ahora bien. La eternidad de nuestra existencia, al parecer, está en nosotros mismos. Somos una transformación de energías y, del fruto de esas acciones hemos llegado a ser lo que, ahora, creemos que somos. La energía ha estado presente en el universo desde siempre. ¿Siempre? ¿Entonces nunca existió el Big Bang? Nunca pudo haberse originado el Big Bang si la energía que produjo la explosión no hubiera estado presente. ¿El Big Bang es un instante? No y sí. Considerar que la explosión que produjo la formación de las masas en el universo se realizó en un *lapso de tiempo* es, un tanto, como discutir quién fue primero el huevo o la gallina. Si la energía presente para originar el universo fue hace 15 mil o 20 mil millones de años, ¿por qué no actuó más allá de ese tiempo? ¿La masa inerte existente permaneció desde el infinito invariable? ¿La masa originó la energía? ¿La energía produjo la materia? ¿Somos parte de esa materia primigenia? ¿Volveremos a ser ese polvo de estrellas?

* 1. **Reencarnamos en la vida de otros seres.**

Dentro de la percepción individual del entorno que nos rodea, la reencarnación sería volver a ser carne luego de haber traspasado la frontera hacia la muerte. En otras palabras, cuando muramos nuestra el alma permanece viva mientras la carne se descompone y, ese espíritu, vuelve a reencarnarse en *alguien* que nace al mundo. Este proceso vuelve a repetirse cada vez que ese *alguien* muere. Y ese *alguien* puede ser cualquier ser vivo: vegetal, animal o humano. ¿Cuándo se produce este fenómeno? ¿En el mismo instante cuando otro muere? ¿Cuándo alguien muere alguien nace con el espíritu del que murió? ¿Y si ocurriere que nadie está naciendo, el espíritu permanece en algún *espacio* a la espera que otro nazca? Quién sabe…

 Esta forma de pensamiento — o creencia— no se aleja mucho de las ya analizadas. Un cuerpo muere y su esencia permanece viva, pero con la diferencia que, en ésta vez, se reencarna en otro ser vivo. Y ese mismo espíritu vuelve a renacer en otro cuerpo hasta el infinito. ¿Desde cuándo se ha realizado este fenómeno? ¿Cuántos espíritus o almas habrá en ese *espacio*?

En el capítulo referente al Alma revisaremos algunos aspectos sobre esta esencia que, muchos dicen, está dentro de nosotros. ¿Dentro? Los que existe dentro de nuestra piel están los órganos vitales como el corazón, los riñones, los pulmones, el páncreas… y el fluir de la sangre por nuestras venas… Bueno, en fin…

* 1. **La inmortalidad.**

Muchas veces confundimos lo que podríamos entender por eternidad y por inmortalidad. Etimológicamente no son iguales, tanto en significado como en sus alcances, aunque en los diccionarios los encontremos como sinónimos. La eternidad —vida eterna— entendería que se ha vivido antes de nacer y continuaría viviendo después del fallecimiento; la vida consciente antes de nacer no está presente en nosotros y una vida con esa misma cualidad no sé si la tendré después de la muerte. La inmortalidad sería haber nacido y no morir jamás. Las contradicciones, vistas desde un punto vista racional, son evidentes. En esta parte de mis reflexiones anotaré mis criterios. Y como siempre he dicho, estos pensamientos solo representan un atisbo del tema, los sabios sobre la cuestión sabrán dilucidar de mejor manera; en cualquier caso, no sé si se alcance conclusiones terminantes sobre el tema.

Cuando las creencias nos aseguran que tendremos una vida eterna no nos prometen la inmortalidad de nuestro cuerpo. ¿O sí? Si poseyésemos el alma —entendida como la esencia que representa a nuestro “*yo”*—, él (ella) sería la única que alcanzaría cualquiera de esas condiciones. ¿La inmortalidad está encerrada dentro de la eternidad? No sé, pero es lo que declaran las creencias: la *vida del alma* se iniciaría con el fin de nuestra vida corporal, es decir con nuestra muerte. ¿El alma nos es eterna, pero puede alcanzar la inmortalidad? De ser así, la inmortalidad se desvanece cuando mi cuerpo deja de existir y, en ese instante *nace* el alma e iniciaría la *eternidad* del alma. La eternidad de nuestra existencia sería posible si antes nacer del vientre de nuestra madre ya hubiera existido mi “yo”. ¿En qué *punto* *del tiempo* de nuestra existencia nos dotaron del alma para conseguir la inmortalidad de nuestra existencia? ¿Incomprensible? Más adelante, me clarificaré con un ejemplo, pero antes, es necesario, de soslayo, mencionar otro aspecto.

La materia inerte —inerte, en la consideración que carece de consciencia de vida como la que percibimos o la poseemos los seres humanos—, ha permanecido en el universo desde la formación misma de todo el cosmos. Y esto, sólo si la materia no ha sufrido transformaciones atómicas o moleculares en su composición. Si las substancias o elementos, las que hoy conocemos, fueron las mismas formadas en el inicio de todas las cosas se podría manifestar que ellas son eternas. Me entiendo: Si el oxígeno se ha mantenido con su misma estructura atómica desde que fue formado este elemento, entonces, diríamos: es eterno. Se podría decir que si el oxígeno no contara con la misma estructura molecular ya no se sería *el oxígeno* que hoy conocemos sino otro elemento. Luego, si lo que hoy conocemos ha sufrido transformaciones en el tiempo entonces no son eternas: iniciaron su existencia con algunas características, pero el efecto del medio en el cual estuvo presente provocó su mutación hasta lo que hoy sabemos; esto quiere decir que con el devenir del tiempo otras serán las substancias existentes. Un hecho claro de las transformaciones de la materia se evidencia en la fosilización de los seres vivos en materia inerte: la madera petrificada.

Lo que llegamos a conocer en nuestro corto periodo de vida sería como el siguiente ejemplo: cortamos un árbol —un ser vivo—, entonces su “yo árbol” muere; luego, los elementos constitutivos del árbol inician su descomposición en los elementos básicos de su estructura. Este trabajo de desintegración molecular genera energía, principalmente calor, y, estos, forman substancias volátiles cuales perciben nuestros sentidos como el mal olor; la disgregación sigue su proceso hasta que todos los elementos del árbol se vuelven materia inerte. Pero esta materia inerte lleva en su interior energía que puede generar vida. Las substancias componentes del mencionado árbol persistirán durante toda la eternidad; pero el árbol, como tal, ya dejó de existir. Es decir, dejó de generar hojas, flores, frutos… de generar vida con su vida; así como, también, dejará de producir de lo que conocemos como materia inerte: ya no emitirá oxígeno en el día ni dióxido de carbono en las noches… Bien podríamos decir: El árbol carece de inmortalidad pero su ser interno tiene la facultad de la eternidad. ¿Qué le hizo crecer al árbol? ¿No serán acaso la materia inerte que está en el suelo? ¿El suelo no es materia inerte es materia viva? ¿Será sólo energía?

No sé si me he clarificado lo suficiente para entenderme sobre esto de la inmortalidad y la eternidad. El ser humano —que sabe que existe y que, lo que perciben sus sentidos lo conoce como realidad—, busca la inmortalidad de su ser, de su “yo”, anhela o aspira que sea él mismo, después de su muerte corporal, el que sienta las mismas sensaciones que percibe en su vida terrenal. Si somos eternos, entonces, nuestras substancias permanecerán durante toda la existencia del universo; y mientras exista el universo, parte de nosotros, aunque consideremos ínfima, estará en el cosmos. Pues bien, nosotros como una entidad, como un sujeto, como un individuo, como seres particulares… nacimos un día, y partir de ese entonces empezamos a desarrollar, formarnos y deformarnos y seremos —nunca iguales a lo que fuimos ayer y, menos aún, desde el día en que nacimos— hasta el último instante en que muramos. Hasta ese punto nuestro “*yo*” será, luego, en el instante mismo de haber traspasado la frontera de la vida ya no seremos nosotros, pero nuestra composición permanecerá en el universo convirtiéndose en las primarias substancias de las cuales hemos sido formados: moléculas, compuestos químicos, flujos hormonales, energías… Y esas substancias que fueron parte de mi ser y, me convirtieron en lo que fui, retorna al cosmos para que en conjunción con otras substancias formen una nueva vida. ¿Cierto?

Ahora revertamos el proceso. Las substancias presentes en el universo se han conjugado para formar lo que *yo soy*. ¿Será que lo que soy inicia con mi nacimiento? Muchas veces tomamos como punto de referencia el inicio de nuestra existencia, y de lo que somos, al momento de la concepción. Decimos que nuestra existencia inicia cuando el espermatozoide, el más veloz de nuestro padre, fecunda al óvulo de nuestra madre. ¿Será ésta la verdad? Al parecer lo que consideramos como inicio de nuestra vida es la culminación de un proceso que se inició en el albores de la humanidad. ¿Mucho antes incluso? Todo lo que somos es parte de una evolución paulatina, lenta y complicada, de varias transformaciones y mutaciones genéticas. En este camino nuestros antepasados experimentaron variaciones en sus comportamientos que fueron modificando su composición biológica. Y, a su vez, lo que somos dejaremos en herencia a futuras generaciones. Entonces, ¿tampoco somos la cúspide de la evolución de nuestra especie? No. Sin embargo, lo que hoy somos es lo que la Naturaleza ha logrado desarrollar hasta nuestro tiempo en nuestro ser. Somos un punto indefinido en el transcurso del tiempo y de la evolución del universo.

La vida es transitoria, y lo que somos es producto de miles o millones de transformaciones a lo largo de la evolución de la especie humana. Por esta particularidad, y ante todo, por el breve, brevísimo, espacio en la cual subsiste nuestra existencia, no logramos apreciar los cambios que se producen; y como no podemos evaluar las modificaciones llegamos a confundir el tiempo con nuestra existencia (consideramos nuestra existencia como el inicio y final del tiempo: Que ha iniciado con nuestro nacimiento y que finalizaría con nuestra muerte); entonces, para continuar con la *vida* aún después de que culmine nuestra existencia, buscamos horizontes más allá de nuestra corta presencia en el mundo. Una vida inmortal. Pero sabemos que, antes de que nosotros —nuestra generación—aparezcamos en escena en la vida del planeta, hubieron millones de seres que pasaron por este tablado: todos dejando su huella: surcos sutiles en unos casos y fuertes o perennes en otros. Y somos la *culminación* —un estado en medio de toda la transición— de todo ese proceso. ¿Hasta dónde llegaremos con nuestras transformaciones? ¡Quién sabe! Pueda ser que lleguemos a un punto de quiebre y retorno… Y nuestros congéneres futuros serán lo que fuimos hace miles de años; y ellos tendrán que buscar la senda para conseguir su propio destino. ¿Quién sabe?

No sé qué tiempo hubo de transcurrir desde que surgió la vida hasta que apareció la consciencia de la existencia. De una cosa tengo menos duda: Desde que nació la consciencia de la existencia anhelamos la inmortalidad. Pero llegará un momento en que reconozcamos que nuestra existencia es mortal y, por tanto, en ese entonces, quizá, empecemos a vivir. Mientras perdure la creencia de que tendremos una existencia racional inmortal esperaremos ser felices después de nuestra existencia; y no trataremos de lograr la plenitud de la vida en nuestra corta existencia. Esperanzas vanas. Esperaremos vivir luego de haber vivido: lamentablemente, las creencias que han maquillado la vida, de manera grotesca, no nos dejan vivir plenamente. Es así. Y empezamos a generar credos, nos valemos de promesas divinas y de esperanzas celestiales, todo con la finalidad de que nuestra existencia tenga una vida plena —diré feliz, aunque ésta puede ser parte de la vida, pero la vida plena no está en sólo estar felices… porque el llanto que brota cuando alguien se aleja o desaparece de nuestra presencia me hace sentir vivo; al no tener la oportunidad de vivir una despedida no gozaré de esos sentimientos humanos y no habré vivido— después de haber vivido. Y perdemos la única oportunidad de vivir estando con vida.

* 1. **Nuestra conciencia muere.**

He manifestado que nuestra existencia no es eterna: nuestra existencia como seres racionales y conscientes; luego al perder la racionalidad perdemos nuestra conciencia y luego de la muerte ya no seremos jamás. Nuestro *yo* se perderá en el tiempo y quedará solamente en la memoria de quienes nos han conocido. Un tiempo más, tal vez, en los que nos han amado. (El sentimiento del amor está relacionado con el miedo a perder lo querido. No hay sentimientos para aquellos que no hayamos conocido. La solidaridad por quienes sufren una pérdida está relacionada por experiencias propias de lo que hemos perdido).

 Cuando a una batería se le acaba la energía, ésta, como elemento, perdurará en el tiempo pero dejará de hacerse uso. Perdió su utilidad. Y con el devenir del tiempo y de la acción del medio ambiente se iniciará su degradación hasta descomponerse en sus elementos constitutivos. Estos elementos se confundirán con otros elementos iguales, muchos de estos se reciclaran y pasarán a formar, por acción del mismo hombre o por efectos de la naturaleza, en otros compuestos que pueden llegar a tener la misma función u otra creada para utilidad del hombre. La batería que utilizamos para los fines que estuvo previsto ya no será jamás. ¿Sucederá de forma similar con el ser humano?

La esencia de nuestro ser está en la vida. Si la vida se termina se acaba nuestra función y nos convertiremos en desecho. En desecho para los humanos, pero bien aprovechado por otros seres que iniciarán su vida con los despojos. El cerebro que controla todas las funciones del cuerpo, también muere cuando se acaba la fuente que alimenta sus vitalidad. En este órgano están almacenadas todas la ideas, las creencias, los prejuicios, las enseñanzas y todo aquello que nos fue depositado ¿fuimos depositando? en el transcurso de la vida. ¿Podemos encontrar responsables de lo que han puesto en nuestro cerebro? La capacidad de pensar e imaginar en vida posteriores ya no estará presente en nuestro ser cuando el cerebro deje de funcionar. Al morir, el órgano rey se descompone en sus elementos básicos (las neuronas dejan de funcionar y todo lo que se ha guardado en nuestra memoria se pierde: los recuerdos, las enseñanzas, los mejores poemas, los más bellos descubrimientos e investigaciones, los conocimientos… No existe, al momento, técnica que pueda recuperar toda la información que se ha generado. No sé si es difícil imaginar si, a este órgano: el cerebro, lo podríamos mantener en funcionamiento después de que muera una persona y logremos *trasplantar* en otro ser…) y los componentes pierden su capacidad de realizar lo que con su evolución alcanzó a concebir.

Muchos me dirán que al morir lo que muere es nuestro cuerpo (incluido el cerebro) pero el alma mantiene su perpetuidad hasta la eternidad… Ya lo dijimos: la eternidad es carencia de tiempo, y al carecer de transformaciones nos queda en imaginar dos cosas: el alma se vuelve intemporal y se confunde con la eternidad; en este caso el *yo* deja de ser, de existir, deja de tener su esencia, y se pierde para siempre. O el alma no es eterna y por tanto sufrirá transformaciones hasta culminar con su desaparición. Siendo que ninguna de las dos puede suceder racionalmente, bien podríamos decir que el hombre carece de alma y no existe supervivencia del SER cuando la muerte acabe con nuestra vida.

Pues bien, si luego de muertos el alma —que ciertas filosofías y creencias aseguran que está presente en nosotros, y que perdura luego de que nuestro cuerpo muere— *inicia su vida,* significa que esa esencia hará su aparición en algún lugar o en un espacio del cual nuestros sentidos no pueden percibir. De seguro, me preguntarán: ¿Cómo podemos saber si realmente no superviviremos luego muertos si nuestros sentidos humanos no pueden apreciar esa existencia? O dicho de otra manera: No existe *persona humana* que haya vuelto de ese lugar para certificar que *hay* aquella existencia; no hay certeza de esa existencia, sin embargo, tampoco podemos negarla. Muchas creencias aseguran la existencia del *creador* con situaciones parecidas; situaciones, tal vez un poco infantiles, de que el viento existe aunque no lo podamos ver, o de que al autor de cierta obra de arte existió por la evidencia del trabajo aunque ya no veamos al artista. Entonces, nos corresponde demostrar algo que no poseemos, cuando quién asegura tenerlo debería aclarar su existencia. Si digo que detrás de una cortina habita una persona, no le corresponde a quien lo niega demostrar que no hay ninguna persona, sino a mí que afirmo su presencia. Si queremos demostrar con la “fe” de esa existencia, bien puedo indicarles que mi FE es la que dice que no existe.

Sin embargo, aunque difícilmente se pueda convencer a los que aseguran de que su vida continúa con su alma en otro espacio, voy a tratar, formulándome más preguntas que afirmaciones, de clarificar un punto de vista que nos llevaría a concluir que nuestra existencia, como seres únicos en este mundo, culmina con nuestra muerte y que, más allá, no hay nada, sino pensamientos en la mente de quienes nos sobreviven. Al afirmar que nuestra existencia termina con la muerte estoy, de hecho, aseverando que no contamos con ningún *ser interior* —alma— que sobreviva a nuestra muerte corporal. Veamos: ¿Siendo nuestra alma parte de nosotros mismos, —o nosotros mismos: nuestra esencia, el *yo—* entonces, en nuestra nueva existencia cargaríamos con las experiencias que habríamos acumulado en el trascurso de la vida? La única manera para que nuestra conciencia perdure sería afirmando la pregunta. Es decir: En la siguiente existencia o vida, si ustedes prefieren, seríamos nosotros mismos con todo el cúmulo de situaciones y experiencias que hayamos vivido o acumulado. De hecho, las creencias están convencidas de que este fenómeno, o situación, se producirá; lo contrario, no justificaría el juicio de nuestra vida en el más allá. Si no llegamos a tener todas las *experiencias* ya no seríamos nosotros, seríamos otra persona, pero nunca el *yo* que perdió o se liberó de su cárcel —liberación de alma con la muerte corporal—. ¿Cuáles son los hechos o acciones que hereda nuestra alma cuando morimos? Si decimos que sólo lo que nos podría perjudicar o beneficiar ya no seríamos nosotros (nuestro *yo*); entonces, inevitablemente, deberían ser todos. Como son todos debe existir algún sentido que perciba esas cualidad o experiencias acumuladas. Ahora, ¿qué sentidos humanos heredamos? Debe existir *dentro* de nosotros, del *yo* —estamos afirmando que seremos nosotros mismos— algún sentido que aprecie esa existencia; si no son los sentidos —los que nosotros conocemos—, entonces qué hace que sintamos nuestra presencia en ese otro estado de vida. Me pueden decir que serán otros los sentidos, muy diferentes de los que percibimos en nuestra existencia material o terrenal. Entonces, se produce la contradicción de la existencia del alma: Si no son los sentidos terrenales los que perciben dicha existencia, el que sentirá, ya no sería el *yo*. Si mis ojos ven lo que mis ojos no ven entonces ya no soy *yo.* Y no estoy hablando de alguna ilusión: cuando siente mi piel la brisa del rio es porque estoy presente en ese espacio y tiempo para apreciar el viento si es otro ser el que disfruta del aire fresco, entonces no soy *yo*. La vida podrá continuar pero jamás seré yo. En esto, me adhiero a la filosofía de Epicuro, no deberíamos padecer cuando la muerte llegue, pues mientras ésta no llegue, seremos nosotros; luego, cuando se presente la muerte, nosotros ya dejaremos de existir. No podemos, imposible la convivencia conjunta.

Hay, en el mundo de nuestras percepciones, muchos fenómenos que podríamos llamarlos extraños y misteriosos. Cuando no los conocemos podemos aseverar que no existen. Antes de que los científicos los hayan descubiertos y estudiado eran prodigios atribuidos a los dioses y divinidades. ¿Cuántos de estos sucesos le falta por descubrir al ser humano? Antes del enunciado de la Ley de Gravedad de Sir Isaac Newton, los objetos que volvían a la tierra luego de soltarlos era un fenómeno connatural de los personas. Sucedía porque así lo había creado algún dios. Esto conllevó a descubrir que, por esta atracción, se producían el movimiento de los planetas alrededor del Sol. Las montañas y mares residían en el lugar que quedaban por una creación porque así las divinidades lo habían querido. Los descubrimientos geológicos nos dijeron que no siempre la Tierra había sido tal como lo vemos ahora. La fuerzas electromagnéticas han estado presentes en el planeta, y en el Universo, desde su formación. Nadie las creó. Su conocimiento se da al ser descubiertas por el intelecto humano, y claro, al dominarlas fueron aprovechadas para el beneficio de la humanidad. El inicio de la vida y de la inteligencia humana, permaneció en el imaginario como una creación divina hasta que el mismo hombre descubre que su desarrollo está en la evolución y en la transformaciones a través de miles y millones de años. Y así…

Considero que, los avances científicos cuyos productos florecieron, y de los cuales hoy somos sus beneficiarios, por los estudios de las realidades circundantes no está en ningún momento dirigido a enfrentar creencias. No. Las mismas evidencias encontradas ha clarificado nuestra forma de pensar y de visualizar el mundo que su propia argumentación ha derrumbado muchos dogmas e ideas. Una de estas creencias es la eternidad del alma y de la existencia de ésta esencia o cuerpo inmaterial. ¿Llegará el momento en que la ciencia descubra que la vida tiene una esencia más allá de su permanencia temporal en la tierra? ¿O llegará el día en que los dogmas y creencias se afirmen con nuevos hallazgos científicos? ¿O, se eliminaran, definitivamente, de la mente todos los credos cuando la contundencia de los hechos así lo asevere? La historia de la humanidad y de los develamientos de los otrora misterios de la vida espiritual nos hacen presumir que las doctrinas se irán derribando hasta alcanzar seres netamente humanos. En la antigüedad muchas gentes murieron, mejor diría: vivieron, con el temor de existencias sobrenaturales que controlaron sus acciones y destinos; se consultaban oráculos para que guiara sus pasos aún en las más nimias decisiones y, siempre permanecieron, alertas antes ojos invisibles que vigilaban sus quehaceres. Hoy, como herencia atávica, continuamos en ese mismo proceder: La duda sobre nuestro destino ha estado presente en el accionar de las personas. Nuestros actos están en relación con el premio o castigo que recibiremos, y no tanto en la presente existencia terrenal sino en la vida que imaginariamente recibiremos luego de nuestra desaparición de este planeta.

La existencia de una vida espiritual luego de nuestra muerte, a pesar de los siglos de evolución del pensamiento y de las ciencias, no ha logrado evidenciarse. Lo que mantiene viva la esperanza ha sido la ilusión y el anhelo de proseguir con nuestra vida. No queremos morir eternamente. Una vez que hemos nacido, sin que hayamos elegido ésta opción, nos creemos inmortales y proyectamos la ilusión de que nuestra existencia racional continuará luego de haber muertos. La vida quiere seguir con vida y, ante la mínima posibilidad, nos aferramos a esa idea por más inútil que nos parezca. Los árboles y las plantas profundizan sus raíces hasta alcanzar sitios con mayor humedad que posibilite su proseguir con la vida. Los animales cazan y se comen a sus presas, pues, esto les permite continuar con su vida. Nuestra vida continúa con otras vidas pero nuestro *yo* ya no será jamás. Triste realidad de nuestra existencia. Efímera como el soplo leve de una brisa en medio de una tormenta. Fugaz como el titilar de las estrellas. Breve como el paso de las aguas del río ante nuestros ojos. ¿Cuántas generaciones han pasado por este planeta sin que afecte nuestra vida en los más mínimo? Eso somos: perecederos, y en poco años más ya no seremos nada ni nadie para la bendita especie de la humanidad.

Puede que esto les cause desazón y aprensión; no obstante, si fuéramos formados como seres que algún día se nos acabará todo, no estaríamos tan angustiados y alabaríamos a nuestros padres por habernos dado la vida y la disfrutaríamos en todo momento de la pequeñas cosas que nos brinda el sol y la lluvia. ¿La humanidad hubiera alcanzado el desarrollo del que hoy disfrutamos si pensáramos que la vida es única? Sin duda, y podríamos ser más felices. La felicidad de nuestra existencia la buscamos luego de esta vida porque ilusionamos que tendremos una después de la muerte. Hoy es el tiempo, mañana quizá ya no estemos. De seguro, un día ya no estaremos jamás. ¿Qué nos queda? Las herencias.

* 1. **Heredades.**

Cuando una persona fallece, los que nos quedamos aún con vida, preferente si somos familiares, esperamos que el difunto nos haya dejado en herencia algún bien material del cual deleitarse. Algo que, tal vez, él no lo disfrutó. Y no lo hizo, seguramente, por estar interesado sólo en atesorar bienes que, sin duda, deben haberle costado varias privaciones y mucho trabajo. Al contrario, si no hay patrimonios heredables sentimos una gran decepción. El Ser Humano, al morir, deja heredades que aunque siempre esté pensando, o deseando, que sean bienes materiales, hay legados que son muchos más valederos e incluso, muchos, son imperecederos. Al parecer, lo único que queda de nosotros cuando fallecemos son las herencias. Nuestro cuerpo se desintegra, dejamos de ser nosotros y todo lo que hayamos realizado en la vida se legará para las futuras generaciones. Lamentablemente, lo que hayamos dejado no sabremos quién lo va a disfrutar; el gozo sería que, lo que fuimos o lo que hayamos obtenido, quede en manos de quienes hemos amamos en vida. No siempre sucede. Sin embargo, hay también *cosas* que se heredan al mundo entero y son inmortales: toda la humanidad resulta beneficiaria de los legados dejados. Pero estos bienes no han sido realizados por personas comunes y corrientes, sino por personas extraordinarias. Y, claro, son esas heredades lo que los hace extraordinarios. Cuando han estado con vida, muchas veces, no son apreciadas en su verdadera dimensión. Citar nombres de estos personajes puede resultar ocioso, pues de entre ellos habrá siempre uno que se quede en la memoria…

 Las heredades es lo único que queda de nosotros en este mundo luego de que nos visite la parca. Nuestro cuerpo corrompido se desintegrará en la fosa y el recuerdo de lo que fuimos perdurará en la memoria de los que nos han querido hasta que ellos, también, fallezcan. Como he manifestado existen varios legados. Veamos:

**Heredades físicas.**

Considero que la de menos valor entre las que revisaremos adelante están las heredades físicas; es decir, de aquellas propiedades como los bienes raíces, los patrimonios muebles, las fortunas en dinero u obras de arte… Todos estos recursos pasan a manos de los herederos que, justas o no, pasan a formar parte de sus riquezas. He dicho justas o no debido a que, no siempre, quienes heredan son merecedores de tales caudales. Por el trabajo empleado y las privaciones sufridas por el difunto ha conseguido acumular tales capitales, más el que hereda no aportó su esfuerzo en conseguirlas. Hay heredades que pasan de generación en generación y es aprovechada por los herederos para posicionar privilegios en detrimento de los demás miembros de una sociedad. El círculo perdura por siglos; y quienes no han logrado superar las carencias consideran algo natural que eso suceda, o lo peor, que su situación es debida a designios divinos. Romper los eslabones de la discriminación originada por la diferente situación de posesión de riquezas es prácticamente imposible si las leyes o el sistema político no conduce a una distribución equitativa de las riquezas. En la historia esta situación ha conllevado a que las masas se subleven. Las guerras entre clases pueden desbaratar este concepto, pero, a su vez, puede ahondar el problema; y es más que probable que el poseedor de los recursos logre dominar a los desposeídos. Los poseedores de las riquezas pueden obtener todos los medios —comunicación, instrumentos, vehículos, soldados a sueldo, …— para subyugara los vencidos; y estos, al carecer de recursos no podrán enfrentar las fuertes arremetidas de los que detentan el poder.

 Entonces, si las heredades le pertenecen sólo a un grupo privilegiado de una sociedad, ¿podemos decir que los grupos predilectos no sobreviviría a la muerte de aquellos individuos? Muerto el perro muerta la rabia. ¿Las posesiones pasarán a manos de los que nunca heredaron? Para los desposeídos no hay una existencia luego de fallecer, ya que, sin nada que heredar, nada perdura en su grupo. Entonces, ¿cómo es que sobrevive la miseria? ¿Se hereda la indigencia? Algunos creyentes pueden responderme que su profeta dijo: “…a vuestro lado s*iempre tendrán a los pobres”,* lo que conllevaría a pensar que la miseria está dentro de los propósitos celestiales. ¿Para qué? Romper este concepto ha sido calificado como una empresa humana —el creyente considera que, lo que no está registrado en la Biblia, o que no lo haya dicho alguna eminencia religiosa, es sólo un pensar humano y no debe ser escuchado peor obedecido— y, por tanto, ajeno a los mandatos divinos. ¿Quién hereda perdura con la existencia luego de su muerte? ¿Los hijos son una herencia? Veamos:

**Hijos.**

La vida de quienes han procreado se prolonga con la llegada de los hijos. Y a través de ellos, la vida de toda la humanidad. Toda persona, sin excepción, fue hijo; no obstante no todo hijo llega a ser padre. Empecemos un somero análisis con una pregunta: ¿Qué sería de la humanidad si todos los hijos no llegan a ser padres? En el hipotético caso de que las personas decidan no procrear la sociedad muere, desaparece; y, con esto, por ejemplo: la creencia de tener una vida luego de la muerte se termina. Otra vez: Muerto el perro muerta la rabia. Es notorio, en nuestra época actual, que los hijos tengan menos hijos o que ya no los tengan, esto conlleva a que la sociedad envejezca y, en breve, desaparezca. ¿Se hereda las creencias en nuestros hijos? Al parecer, las creencias y costumbres pasan de padres a hijos, sin embargo, en un mundo tan globalizado las costumbres ancestrales de un pueblo tiende a desaparecer o a conjugarse con otras, dando origen a terceras con raíces pocos profundas que no logran perdurar en el tiempo. La generación actual está dejando de lado muchas creencias de los padres; y, los hijos de estos, seguramente ya no tendrán las convicciones de los abuelos y, la siguiente, considerará arcaico el pensamiento de sus antepasados.

Las creencias más antiguas en la Humanidad no pasa más allá de los seis mil años, el cristianismo apenas alcanza los dos mil… y han permanecido casi intactas durante todo esos años; las transformaciones o reformas que se han introducido han tomado siglos para reflejarse en el pensamiento global. En nuestra época, la regeneración del pensamiento, ocasionado posiblemente con la inmensa información que disponemos en el medio: Internet, nuestro pensamiento es diametralmente diferente a las de hace tan sólo un siglo. El pensamiento del Siglo XX, ya es caduco y los pensamientos del Siglo XIX, es prehistoria. Dentro de tan sólo un decena de años, nuestro pensamiento sobre cómo percibimos el mundo será diferente a lo que hoy catalogamos de moderno. ¿Y los pensamientos de los griegos, de todos los filósofos históricos ya no están vigencia? Las enseñanzas de aquellos son válidas porque el ser humano no ha alcanzado en nivel de evolución para negarlas y las acepta, por convicción o temor, como dogmas de vida. Muchos principios, salvo aquellos que nos han sido impuestos por la fuerza o el dominio, han perecido y no logran calar en la mente de las nuevas generaciones. Todos los pensamientos debemos comprenderlos en el contexto de la época en la cual fueron dados; grupos sociales, políticos y religiosos los califican de eternos porque manejan las condiciones humanas sobre características propias, intrínsecas, de la humanidad. Pero hasta esos mismos principios, que podrían ser exclusivos de la humanidad, están siendo cuestionados, tal es el caso de qué consideramos como bondad, qué es la maldad, el amor y el odio… y mucho más, sobre aquellas creencias que no están dentro, o nacen, de nuestro ser, y que nos han sido impuestas por enseñanza o por el dominio de una cultura a otra. La conquista de vastos pueblos ha desbaratado los pensares de esas culturas. Cuando no se ha logrado destruir o desaparecer se han mezclado los diferentes credos, sincretizándose y volviéndose otras culturas… Pero bueno. Los pensamientos o ideas que se transmiten de generación en generación van sucumbiendo ante la llegada de nuevos conceptos sobre la vida. ¿Entonces qué nos queda? ¿En qué nos convertimos? ¿La condición trivial de considerarnos parte de la humanidad?

Otras particularidades del ser humano como el habla, la escritura, el pensamiento racional, la creatividad, la innovación, la investigación… está en nuestros genes como parte de nuestra especie; un cerebro desarrollado procrea individuos más evolucionados. Todo lo que la humanidad ha alcanzado se ha generado por la transformación paulatina de nuestro intelecto. Los hijos, en complot con la propia Naturaleza, se encaminan a lograr el bienestar individual y proyecta su prosperidad hacia toda la colectividad. La apertura del primer pozo para abastecerse de agua fue imitado por los vecinos al considerarlo provechoso para su prole. La racionalidad del comportamiento individual contrasta con el dogma de creer en una vida después de la vida. La creencia de contar con un futuro racional, luego de muertos, se ha asimilado en los genes de las poblaciones, aunque no esté demostrado su veracidad. ¿Será sólo porque suponen contar con una vida más placentera después de la muerte? Podemos decir que, ¿creemos porque heredamos una creencia? ¿Herencia genética?

**Genética.**

Cuando un niño nace, lo que suelen murmurar y comentar los familiares del infante es la similitud de las características físicas del bebe con las del papá o de la madre. Y muchas bromas se han tejido en torno a este aspecto. La herencia genética es un asunto incuestionable de quienes son mis procreadores. La ciencia ha logrado definir con casi el ciento por ciento de acierto el parentesco de la prole. Si nuestra fisonomía ha sido heredada, ésta la transmitiremos a nuestros críos; pero no sólo en el plano físico sino también en otras muchas cualidades que poseemos y que, a su vez, conservarán sus descendientes. Ahora bien. En sociedades migrantes las transformaciones adquiridas por los padres lograrán burlar la condición original de los individuos y los vástagos legaran adquirir nuevas *propiedades del entorno*. Hasta la quinta pinta. Hace poco se originó una fuerte discusión sobre los riesgos que pueden tener la adopción de infantes. No sé si la noticia fue causante de una discriminación o si la misma tiene bases científicas sólidas. Pero no es raro que los médicos indaguen sobre los padecimientos de nuestros ancestros por las probabilidades de llevar dentro de nuestros genes las mismas dolencias. ¿La muerte la llevamos en nuestros genes? ¿La degeneración de nuestras células está presente en nuestro genoma? ¿Logrará el Ser humano detener el envejecimiento? Es posible. Si se tiene el conocimiento del sitio de nuestros genes en el cual existe una malformación que puede acarrearnos una dolencia en el futuro, y la ciencia logra eliminar esa deficiencia, entonces, con seguridad, tendremos una vida más prolongada. Si las condiciones de nuestro entorno mejoraran, de seguro que nuestra esperanza de vida se incrementaría. ¿Se podrá lograr la vida eterna consciente de un ser humano?

**Legado cultural.**

*“Caminante no hay camino*

*se hace camino al andar… “*

Lo que el Ser Humano produce en vida es el mejor legado que deja a las futuras generaciones. Muchos de aquellos personajes *inmortales* han dejado valiosos trabajos intelectuales, artísticos, científicos que han mejorado la vida de toda la humanidad. Muchos trabajos son insuperables, sin embargo, algunos han sufrido modificaciones o actualizaciones acordes al convivir contemporáneo. Estas labores, lleva en sí mismos arduas horas de dedicación y de trabajo, y la mentalidad propia de los creadores y forjadores de las ideas y de las obras… Pero, aunque esté la firma en cada uno de ellas y se hayan generado fortunas incalculables, las obras carecen de propietario y son de uso de toda la humanidad… Esto los hace invalorables e inmortales. Esto nos hace ¿más? humanos.

 Los trabajos superviven al creador de las bellezas. ¿Quién es inmortal: el ser humano que los creó o la obra creada? El nombre, sólo el nombre, del artista, del escritor, del científico, del maestro perdurará por generaciones y su legado irá más allá. O hasta que su creación sea reemplazada por otra mejor. ¿Será este asunto por la que dotamos al creador de una capacidad infinita e inmortal? ¿Será, porque nuestro pensamiento es limitado, que nuestra mente necesita de un creador de la vida?

Todo lo que mencionado es sólo un atisbo de lo que legamos a nuestros descendientes. No creo que amerite adentrarme en cada uno de ellos, pues, esto de las herencias es sólo una faceta de lo que sucede con nuestra muerte. Eso sí, la única verificable, palpable, evidente y la que, de verdad, se manifiesta antes nuestros sentidos o en el sentido de nuestros herederos. ¿Un análisis muy superficial? Sí. Por eso, me aposto en el paredón de fusilamiento para recibir la balas del verdugo, con justa razón por mi superficialidad. Me defenderé diciendo que no es mi afán alcanzar los límites de los grandes pensadores. Apenas, si puedo arrastrarme… y recoger algunas migajas que han caído de tan altos pedestales.

Así es… Sin embargo, me dicen, y algunos —muchos—están muy convencidos, que no sólo dejamos herencias sino que, al morir, sobrevive nuestra alma… Veamos, qué es el alma.

1. EL ALMA.

Dentro de las diversas creencias acogidas por el hombre, sea quien sea el líder espiritual que los guíe o la denominación que hayan adoptado, se considera que las personas tenemos otro cuerpo que *vive* dentro nuestro cuerpo. Aseguran que es la misma esencia de lo que somos. Y representa el *yo* de cada persona. A este otro “*cuerpo”* le hemos atribuido algunas cualidades, claro, dentro de la realidad que percibimos en vida.

 Algunas creencias hacen una diferenciación entre lo qué es el alma y lo qué es el espíritu. Indican que el alma es la manifestación de la vida en las personas y los animales; y, el espíritu, es la esencia de lo que realmente somos; el “*yo*” de cada uno de nosotros.

 Sea como sea cómo le llamemos a ese *algo* que, las creencias aseveran, habita en cada uno de los seres vivos posee algunas cualidades. En la realidad presente, la que hoy apreciamos, podemos indicar las siguientes: Veamos brevemente:

* 1. **Sólo los seres humanos la poseemos.**

Todas las religiones existentes en el mundo consideran que el hombre tiene un alma. El budismo y las creencias hinduistas**[[16]](#footnote-16)** señalan que no sólo lo tiene el hombre sino también los animales**[[17]](#footnote-17)**. Sin embargo, en la historia de la humanidad esta condición o creencia ha sufrido algunas modificaciones y no siempre la sociedad ha considerado que el hombre tiene este “*cuerpo”* dentro de él. En un entorno cristiano-creyente muchas colectividades catalogaban a otras personas como seres inferiores al humano y, por tanto, carentes del alma. Al no poseer este cuerpo interior dichas personas fueron tratadas como animales —el pensamiento de la superioridad del hombre con respecto a los animales está fuertemente arraigado en el convivir cotidiano de las personas debido, seguramente, a que este dogma está establecido en el Génesis**[[18]](#footnote-18)**— hasta el punto de volverlas simples objetos de compra y venta. Esta condición perdura hasta nuestros días, y los privilegios de ciertas clases sociales se sustentan en esta concepción bíblica para considerarse superiores y clasifican en niveles la condición de los seres humanos. ¿Errónea?

¿Quién nos dota de esta esencia? La divinidad es quién dota al ser vivo del alma. Por tanto, quién no la posee es calificado como un objeto al cual se le puede acometer cualquier acción, incluida la muerte. Por ende, la vida de ese individuo no le pertenece a ese ser, le pertenece a su dueño: quien lo ha adquirido o conquistado puede hacer uso de la misma a su mejor parecer.

 Siendo, el alma, un regalo divino todas aquellas personas que tiene un comportamiento apartado de lo que consideramos humano es considerado *deslamado:* No tiene alma.

* 1. **Asimila todas las acciones del hombre.**

El alma que posee el hombre tiene una cualidad muy parecida a una esponja: absorbe todas las acciones que comete el cuerpo exterior. Entonces, la contaminación o la depuración de este *cuerpo*, alma, estará conforme a los actos que vayamos cometiendo en la vida; si son malos nuestra alma se infecta con la maldad; al contrario, si recibimos el perdón o cometemos actos buenos, se purifica. En concordancia con esta suerte, al morir, seremos glorificados o condenados. En esta situación cada persona tiene un alma diferente y, por lo tanto, su *destino* será, en cada uno, distinto. En la reencarnación, este cuerpo inmaterial se libera del cuerpo material llevando consigo todas las acciones cometidas: malas y buenas. Y volverá a vivir —renacer— de acuerdo a cómo han sido sus actos. En todas las creencias religiosas existe un ser superior, llamado dios, quien juzga las acciones realizadas en vida por el cuerpo pero heredadas por el alma; y es, este *cuerpo,* quién es condenado o premiado.

 Ahora bien. Las acciones que cometemos las juzgamos de acuerdo con nuestra percepción de lo que es bueno y malo, En base de esto, hacemos un juicio de valor y esperamos renacer o reencarnarnos en otra vida material hasta que nuestra alma alcance su purificación.

 El juzgamiento del creador, dios, lo hacemos proyectando nuestra percepción de las acciones, pues, al parecer, su juicio no es de lo que él podría valorar “por su propia cuenta” sino lo que nosotros estimamos que podría hacerlo. La libertad no existe para él. El destino que nos espera, cualquiera que sea, no está plenamente en la calificación de nuestras acciones sino en la percepción de lo que evaluamos nosotros en vida. Y claro, ésta reflexión está formulada en base de lo que consideramos o entendemos como realidad.

 La transmisión de las acciones de un cuerpo material al espiritual es un fenómeno que no me explico claramente. Al parecer, mi alma está esperando que actúe mi cuerpo para él asimilar todas las acciones, buenas y malas, que mi cuerpo ha realizado. ¿O será que el alma es quién actúa y el cuerpo reacciona a los movimientos de su voluntad? ¿Quién es realmente el *YO*?

 En todo caso, ¿Quién renace? ¿Mi alma? ¿Mi cuerpo? ¿Mi alma en otro cuerpo? ¿Seré el mismo? Si el alma registra las acciones del cuerpo, entonces en algún rincón de su esencia se irán grabando —archivando en su memoria— las acciones que el cuerpo ha realizado en su vida. ¿Cierto? Luego cuando éste muere y el alma se libera para tomar posesión de otro cuerpo, ¿debería recordar lo que ha realizado en el otro cuerpo (otra vida)? Al parecer, desde la óptica de la percepción relativa de mis sentidos y de mi pensamiento primitivo, así debería suceder. Sin embargo, de ser cierta ésta posibilidad de renacer en otro cuerpo debería recordar las acciones realizadas con el cuerpo inicial —la efectuada en la anterior vida—. ¿Por qué en mi mente no hay ninguna reminiscencia de lo realizado con mi cuerpo anterior? ¿No sería, acaso, en la otra vida un insecto que no hizo nada relevante para ser recordado? Quizá. Es muy posible.

 Pero bueno. Siendo que el cuerpo es la carcasa de alojamiento del alma y el alma es la que perdura a la muerte del cuerpo, entonces ¿el alma es única en todos los seres vivos? ¿Por qué se ha multiplicado la población mundial? ¿De dónde salieron las almas de mis diez hermanos? ¿De los insectos…? Quizá. En el mundo hay tantos insectos como humanos sobre la tierra. Y muchos más esperando morir para renacer en el primer humano que nazca.

* 1. **No tiene forma definida. Es etérea.**

Todo lo que perciben nuestros sentidos, y la vista en especial, da a los cuerpos existentes en la naturaleza una figura definida.**[[19]](#footnote-19)**

 Cuando un cuerpo muere y el alma se libera esta pierde su forma humana y adquiere la figura de la eternidad. ¿Eternidad? Sí. Ninguna forma definida; una forma similar a la del agua o a la del aire. Cuando está dentro de nuestro cuerpo —recipiente— toma la forma del objeto que lo sostiene. Una vez que se libera de un cuerpo se vuelve etérea. —Razón tiene de liberarse de un cuerpo que, en pronto, empezará su degradación celular y descomposición; generando olores inmundos y cientos de vidas diminutas y pegajosas saliendo, a rastras, del cuerpo —es en ese instante o en ese proceso de putrefacción el que más temo y que me da pavor con tan sólo pensar—. ¿Por qué si ya no sentirás nada? Pues, temo que mi querida alma quiera reencarnarse en uno de esos fieros gusanos que saldrán de mis entrañas. ¡Pero qué más da!—.

 Bueno. Decía que mi alma no tiene forma definida y cuando estamos con vida toma la forma de nuestro cuerpo. Siendo así, es fácil que, cuando muera, quiera alojarse en otro cuerpo… —Al parecer, algunos de estos espíritus no encuentran ningún cuerpo adecuado a sus gustos y quedan vagando en el límite entre este mundo y el más allá, en el limbo, y se la pasan, durante un buen tiempo, manifestándose entre los vivos, quizá hasta que encuentren un cuerpo a medida de sus expectativas—. Pero, en esa dimensión espiritual estará presente un ser —dios— que nos ha estado vigilando desde nuestro nacimiento y anotando todas nuestras acciones; revisará sus notas y de acuerdo con la calificación obtenida —o merecida— nos dirá a dónde debemos ir. Con la reencarnación las posibilidades de nuestro destino final aumentan. Ya no es sólo el paraíso y el infierno, sino también podemos renacer en otro cuerpo hasta que nuestra carne alcance las valoraciones exigidas, las cuales le permitirán al alma ir a un lugar colmado de las delicias espirituales. ¿Cosa de locos? ¿En verdad eso pasará?

* 1. **Se libera con la muerte del cuerpo material.**

La cárcel del alma es el cuerpo**[[20]](#footnote-20)**. La forma que tomó con nuestro cuerpo se libera a su muerte, pero la liberación sólo es del sitio que lo aprisionaba, pues, todas las acciones cometidas por el cuerpo van impregnadas en esa esencia —nuestro verdadero “*yo*”— y es la que sufrirá las consecuencias de lo que haya cometido nuestro cuerpo. ¿Injusto?

 Diversos pensamientos han analizado el origen o el nacimiento del alma. Si tenemos un alma, éste “*cuerpo”* debe haber tenido su inicio. ¿Desde cuándo está en nuestro cuerpo? De un pensamiento lógico racional y en base de la realidad presente, esta esencia obligatoriamente debe permanecer en nuestro cuerpo hasta cuando haya cumplido la misión por la cual fue inoculado por nuestro ser. Cada ser que nace, nace con un alma. ¿Sera que se introduce en el momento en que nosotros vemos la luz una vez que estamos fuera del vientre de nuestra madre? ¿Nuestra alma nació en el momento en que el primer espermatozoide fecundó al óvulo? ¿Será que tiene un proceso de desarrollo a medida que nuestro embrión progresa? No lo sé.**[[21]](#footnote-21)**

 En verdad, este misterio nunca lo llegaremos a descifrar. Todo lo que se diga al respecto de su origen, serán solo elucubraciones sin una certeza. Lo que si podemos asegurar es que nuestra memoria y nuestra capacidad de aprendizaje se desarrolla en nuestro cerebro desde el momento mismo de nuestra concepción. ¿Desde cuándo somos seres humanos? ¿Desde cuándo a un perrito lo podemos llamar perrito? Los diversos pensamientos en este aspecto ha dado diferentes posiciones sobre la vida humana. De ahí que en el capítulo del aborto volveremos a este asunto y lo abordaremos desde ésta óptica.

 Hemos manifestado que el alma se libera del cuerpo cuando éste deja de *ser* con la muerte. Bueno. Siendo libre ya no se contaminará más de nuestras acciones. ¿Cómo hacerlo si ya estamos muertos? Entonces, en las condiciones que nos encontremos —con la contaminación o pureza en el momento de nuestra muerte— iremos al destino que nos juzgue el dador del alma. Siendo la esencia misma de lo que fuimos iremos a un lugar determinado por lo que nuestro cuerpo ha realizado. ¿Habrá purificación en ésta etapa para transportarnos a otro lugar? ¿Por qué, entonces, inventaron el purgatorio? Sea cuál sea el lugar al que vayamos, debemos renacer a ese otro estado.

 Si somos conducidos al paraíso —si eso juzga pertinente nuestro creador— deberíamos ser purificados antes de entrar a *su* lugar santo. Al purificarnos ya no seriamos nosotros los que vayamos a ese lugar, serían otros “yos” lo que gocen de las emanaciones de leche y miel del paraíso. ¿Ya nunca seré “yo”? ¿Quién estará en ese lugar si no soy yo? Quién sabe…

 Al contrario, si voy a los suplicios del infierno, ¿toda mi alma será contaminada? Mi parte buena se perderá para siempre. ¡Injusticia! ¿Quizá habrá algún desdoblamiento de mi ser para que mi parte buena se una a los buenos, y mi mala a los malévolos? Quién sabe…

 Si el creador ha considerado que debo renacer una vez más hasta lograr la purificación de mi alma ¿volveré con el karma a reencarnarme en otro ser? ¿Ese *ser* no será *ese otro ser,* será *mi ser* —yo— con mi karma a cuestas? Si alguien lo sabe, ruego, me explique…

* 1. **Es eterna.**

¿Eternidad es sinónimo de inmortalidad? ¿La inmortalidad es una condición exclusiva del pensamiento de los seres racionales? ¿Un ser inmortal tiene conciencia de su existencia?

 Muchas veces nuestra imaginación, cuando empleamos la palabra eterno, lo hacemos en sentido lineal y siempre con un punto de origen e inicio. La eternidad —por lo limitado de lo que nuestra mente percibe— lo hacemos en base a la figura geométrica más simple, el de una línea. Proyectamos el infinito desde nuestra posición hasta los confines sin que logremos alcanzar, con nuestra mente, el punto final. Nuestra mente puede vagar por el curso de esa línea durante algunos momentos y lo que dejamos atrás se pierde en el infinito dejado; luego de ese breve tiempo dejamos de pensar en el final, pues, éste se curva y perdemos la ubicación de la cual hemos partido y nos diluimos en la inmensidad. Nuestro limitado sentido no alcanza para mirar en los dos sentidos y abarcar la infinitud de la línea. Si nos parásemos en un punto indeterminado y lográsemos intuir los extremos nos daríamos cuenta que hemos perdido la noción en dónde estuvo el inicio, y que, el final, tampoco está cerca. El principio y el final se diluyen en la inmensidad y perdemos nuestro punto de la ubicación inicial. Esta imaginación lineal lo hacemos en el tiempo —que también lo consideramos lineal— y mientras recorremos transcurre un *lapso de tiempo;* viajamos en ese espacio-tiempo hasta que nos detenemos, entonces el espacio se detiene pero el tiempo sigue su curso. Podemos recorrer ese *espacio* lineal durante toda nuestra vida pero jamás alcanzaremos el final. Además, ésta línea estuvo antes que nosotros hayamos nacido; y seguirá cuando hayamos muerto.

 Si sólo lo hacemos con los dos parámetros: espacio y tiempo, y los dos en sentido lineal, es imposible para nuestra mente alcanzar los límites extremos. Sin embargo, nuestro sentido de percepción puede hacerlo en dos o tres dimensiones. Es decir, podemos movernos hacia arriba o debajo o en los dos costados. Si a este movimiento le añadimos la cuarta dimensión del Tiempo, la mente no logra visualizar esa acción. Sólo mentes privilegiadas pueden concebir este tipo de movimiento. Y lamentablemente, no todos los mortales logramos hacerlo —yo me incluyo— y nos perdemos al primer instante de querer visualizar las secuencias del espacio y del tiempo.

 El Universo es tridimensional para nuestros sentidos —es lo que conocemos por *realidad* en nuestra limitada percepción— y el tiempo es la variación o el movimiento de las cosas de una posición determinada a otra distinta.

 Cuando hemos tomado conciencia —la que ahora la poseemos— de la realidad circundante, veremos que ya hubo un espacio infinito antes de nosotros; permanecemos o recorremos, durante nuestra existencia temporal, un breve espacio del infinito, y cuando morimos, éste seguirá extendiéndose hasta los confines del universo. Estamos o somos una pequeñísima parte de ese infinito… ¿Quién haya cruzado la frontera de la vida y se vuelve eterno puede percibir o recordar los instantes insignificantes de la vida terrenal?

La realidad: Hoy que estamos con vida podemos recordar qué pensaban antiguamente sobre la muerte.

1. LA MUERTE EN LA HISTORIA.
	1. **El pensamiento histórico sobre la muerte.**

No sé si lo que los filósofos digan o hayan dicho o dirán, o de lo que las religiones dentro de sus credos o creencias manifiestan sobre la muerte nos ayude a esclarecer qué mismo es este estado final de la vida. Las creencias y los pensamientos, al parecer, no aportan mucho para llegar a una conclusión definitiva sobre este fenómeno natural que todo ser vivo debe experimentar al final de su existencia terrenal. Recalco: existencia terrenal como nuestra permanencia consciente en el planeta Tierra. Los niveles de conciencia que pueden tener cada una de las cosas o seres harán variar notablemente el concepto de existencia. El existencialista Jean Paul Sastre, decía: “Pienso, luego existo”. Algunos pensadores manifiestan que las dos actitudes: de pensar y de existir, son sincrónicas y no existe dirección del sentido de la una hacia la otra, y de aquella a la primera; Pensar es existir y por existir pienso. No existe un “luego”. En todo caso, el pensar es concomitante con el existir: No puedo afirmar que existo si no pienso.

 En este contexto, desde la antigüedad se ha cavilado sobre este asunto; y los pensamientos que se han generado están basados, de algún modo, en creencias, ninguna se basa en hecho experimentales. Veamos:

* + 1. **Pensamiento filosófico.**

Sin duda, cuando tratamos de vislumbrar sobre los diferentes temas fundamentales sobre la vida de los hombres, debemos revisar qué pensaron los grandes sabios de la Grecia Antigua. Entre ellos está Platón.

 La idea Platónica sobre la muerte es muy similar a la que hoy adoptan las diferentes creencias o religiones dentro de sus dogmas. Es decir: el ser humano se compone de dos partes: una material: su cuerpo; y otra: su esencia, el alma. Y cuando morimos, la primera entra en descomposición hasta su degradación final en polvo y tierra y, la otra, su alma, se eleva hacia posiciones cercanas a las divinidades. Platón en su obra: *FEDON,* manifiesta en boca de Sócrates: “*Dejadle que diga, repuso Sócrates; ya es tiempo de que explique delante de vosotros, que sois mis jueces, las razones que tengo para probar que un hombre, que se ha consagrado toda su vida a la filosofía, debe morir con mucho valor, y con la firme esperanza de que gozará después de la muerte bienes infinitos…”* No es difícil colegir que las doctrinas religiosas, posteriores a Platón, adoptaron este pensamiento filosófico en sus creencias. Y la adaptaron particularmente a su divinidad introduciendo algún toque individual para diferenciarse de las demás. Ahora bien, ¿de dónde obtuvo Platón este pensamiento? ¿De su intelecto? ¿De alguna iluminación celestial? Culturas anteriores a Platón, como la egipcia, ya consideraban una existencia después de la muerte. La costumbre de enterrar a sus muertos con las riquezas que hubieron gozado en la vida terrenal denota que tenían *un conocimiento* de que *algo* había después de la vida. Sus *prácticas fúnebres,* privilegio sólo de castas superiores, no están sustentadas por ningún pensamiento o creencia. Y menos que aquellas tradiciones tengan un sustento o algún legado dejado por escrito; es decir, las costumbres estaban en vigor pero no existe el manual escrito del por qué lo hacían… Lo hacían, porque consideraban que “algo” había después de ésta vida…

 Pero, volvamos a Platón. Él consideraba que el cuerpo era la cárcel del alma. En el mismo FEDON, le hace decir a Sócrates: *“En efecto, el cuerpo nos opone mil obstáculos por la necesidad en que estamos de alimentarle, y con esto y las enfermedades que sobrevienen, se turban nuestras indagaciones…”*  Al parecer, el sitio al cual estaban destinadas las almas de los filósofos era un lugar privilegiado para los pensadores. Y que, en ese lugar, se la pasarían durante una eternidad divagando sobre los temas fundamentales de la vida… Claro, sin necesidad de alimentarse y sin quebrantos de la salud… Una vida dedicada a la meditación. Un dulce placer… Y eterno. ¿Algún momento llegará el aburrimiento…?

 He dicho que, las religiones del mundo han acogido dentro de sus dogmas la idea filosófica de Platón, y lo han convertido en una verdad absoluta. Si Platón pensaba que, luego de la muerte, el alma de los filósofos iba a un sitio elegido para los pensadores es fácil colegir que la gente común —quienes no estaban dentro de esa casta— no tenía ese privilegio y su alma se perdía para siempre. En este contexto de pensamiento, las religiones han actuado de igual manera. Es decir, quienes están dentro de un grupo religioso, y adoptan sus creencias, son los únicos que pueden disfrutar de un *mundo* luego de muertos; en un sitio en el cual estarían todos los creyentes de una religión; y los infieles —los no adeptos a su credo— quedarían fuera de ese *reino*. Cada una de las religiones cree poseer la verdad sobre este asunto y están inconscientemente convencidos de que así será la realidad luego de muertos y todo aquel que piense diferente no es —no será— merecedor del paraíso que disfrutarán sólo las alma que acogen su credo.

 Sin embargo, esta corriente platónica de pensamiento tuvo su contrapeso con quienes no pensaba que las personas tuvieran una existencia luego de muertos. Uno de estos pensadores o filósofos fue Epicuro, quién decía: *“…mientras somos la muerte no está presente, y cuando la muerte se presenta ya no existimos.”*  Este pensador argüía que la vida debe ser vivida en plenitud sin tener miedo a la muerte, pues más allá de ésta no existe nada por el cual temer. Bien podríamos decir que los epicúreos no consideraban que el hombre tuviera un alma que renacería con la muerte del cuerpo. La vida para ellos era única y debía ser vivida con el disfrute de todos los placeres que nos brinda el mundo.

 El temor a morir no es por el miedo a que nos cause dolor sino debido que ya no existiremos jamás. Las religiones han *aprovechado* de este temor natural y han introducido en sus credos o dogmas que, si no somos adeptos a sus creencias sufriremos, luego de muertos, en un sitio que lo han denominado Infierno. Lugar en donde será el “llanto y el crujir de dientes…”**[[22]](#footnote-22)** Veremos, a continuación, que todas la religiones, dentro de sus creencias o dogmas, han creado un lugar al cual se van la almas cuyos cuerpos no se han comportado de acuerdo con sus *principios*.

Los estoicos decían que debemos estar preparados para cuando nos toque la hora de partir, pues, llegar al final del puerto es inevitable. Que debemos vivir plenamente porque el futuro es incierto. Séneca decía que el tiempo de vida debemos administrarlo correctamente, pues, es un bien precioso y debemos sacarle el mejor provecho. Este tipo de pensamiento está calando profundamente en la vida moderna, incluso dentro de los creyentes religiosos. La incertidumbre que nos provoca el futuro —tiempo que no está en nuestras manos poderlo utilizar— hace que vivamos con profundidad el presente. Hasta hace tan sólo una o dos generaciones la sociedad inculcaba a sus miembros a prever el futuro para no sufrir penalidades, principalmente, económicas si, por descuido u ociosidad, no planeábamos proyectos a largo plazo. Era común que nos dijeran o nos aconsejaran que, “no debemos comer y beber porque mañana moriremos” **[[23]](#footnote-23)**, que siempre debíamos ser provisorios y cautelosos en nuestros gastos y en nuestros placeres, porque todos nuestros actos serían juzgados luego de la muerte.

* + 1. **Pensamiento religioso sobre la muerte.**

Empezaré comentando que todas las religiones en el mundo consideran que, luego de la muerte física, tendremos *otra* vida. Este tipo de pensamiento o creencia ha posibilitado que los fieles acunen en su ser la esperanza de otra vida y que la existencia en la tierra es sólo un paso para una nueva vida.

 La fe cristiana les posibilita a sus creyente una nueva vida si creen que su dios es el verdadero Dios; y, por tanto, si pones tu Fe en ese dios, él te dará, no solo una existencia luego de la muerte, sino una vida nueva, llena de satisfacciones: sin llantos ni sufrimientos. No obstante, esa *nueva vida* no sólo será para los que creen en el Cristo Salvador, sino también para todos los hombres, así no abrigasen su fe; pues, para aquellos —los infieles— no es que no tendrán *otra vida* sino que esta estará plagada de sufrimientos. Es decir, *per sé* todos tendremos una nueva vida, pero cada uno, de acuerdo con su condición de vida terrenal, su dios les designará el lugar que les corresponde o merecen: el paraíso o el infierno. ¿Dos espacios luego de la muerte? ¿Ambos infinitos y eternos? ¡Dos infinitos y dos eternidades?

Hasta hace pocos años, las autoridades eclesiásticas católicas, que son las que administran el cielo y el infierno desde sus mullidos y elegantes sillones en la tierra, tenían dentro de sus credos varios lugares adicionales. Uno era el Purgatorio, lugar al cual iban las almas para una purificación —seguramente con castigos severos y muchos rezos— hasta que los residentes purgadores estuvieren preparados para ascender al paraíso. En el siglo pasado aún se pasaban oraciones —pagadas onerosamente al sacerdote del pueblo— en favor de aquellas almas atrapadas en ese lugar de tránsito. En la edad media, se podría comprar el cielo con dinero y, claro, si el individuo no había sido un buen cristiano y su familia presumía que habría quedado atrapado en el purgatorio se podía pagar dadivosas sumas de dinero para sacarle de ese lugar. Otro lugar fue el Limbo, un espacio situado fuera del paraíso y del infierno, y estaba diseñado para aquellas almas provenientes de niños que morían aún no bautizadas. ¿Siguen con esos pensamiento?

 El apóstol Pablo (Saulo de Tarso) decía que: “la paga del pecado es la muerte…” Y que el primer pecado —la desobediencia de hombre al comer el fruto prohibido— se había transmitido de generación en generación y, con ella, la inobservancia a los mandatos de Dios, la muerte era inminente para todos los seres humanos. Este concepto o dogma religioso ha conducido a considerar que, si no existe transgresión de los caprichos de dios, no se produce la muerte. Esta situación, al pensar que Jesucristo tuvo una vida inmaculada desde el nacimiento, él no experimentaría la muerte. Pero él, aun creyendo que todo lo que se relata la Biblia fuera cierto, muere. Y con su muerte física provoca en los familiares y seguidores los mismos efectos cuando una persona *normal* fallece; es decir: es enterrado en una cueva y se le cumplen con todos los ritos de ese entonces para despedirle de este mundo. Al morir el dogma de la vida después de la vida se derrumba, entonces, es necesario para los seguidores, revivirlo y al cuerpo desaparecerlo. No obstante, los relatores de la resurrección lo hacen revivir en este mismo mundo, y, claro, reaparece con un *cuerpo transformado* luego de tres días. Sin embargo con ese *cuerpo* respira, siente, camina, habla y come como cualquier mortal. Muy contradictorios los acontecimientos para definir qué nos pasa luego de muertos. ¿Qué piensan ustedes?

La segunda religión que cuenta con más seguidores en el mundo es la Islámica. Según datos tomados del Internet, ésta creencia es compartida por mil setecientos millones de personas. La creencia que se tendrá vida después de la muerte es parte de los credos de esta religión. Y, similar a la creencia en el cristianismo, luego de la muerte habrá un Juicio Final, en la que estarán presentes todas las creaturas de Dios. El dictamen de Creador destinará a cada uno, según las obras y acciones que haya cometido en la vida, al Paraíso o el Infierno. Este lugar será la última morada, tanto física como espiritual, de los habitantes de este planeta. Los que fuesen destinados al infierno, los incrédulos y quienes hayan cometidos grandes faltas morales, sufrirán los más grandes tormentos, que ni siquiera la imaginación puede sospechar. En tanto, en el Paraíso se gozarán de los mejores placeres ¿mundanos?: exquisitos aposentos, sillones ablandados de terciopelo, el mejor de los vinos —que sin importar cuántas toneles se vacíen no nos embriagará nunca— ambientes primorosos con música suave de Wagner, envueltos en olores fragantes de incienso y delicados aromas de jazmines; y, el enganche para que nos comportemos bien en la vida, muchos y muchas vírgenes para el disfrute de los más exigentes placeres ¿sexuales?. Es decir, todo lo que no se pudo hacer en la vida terrenal por temor a ser castigado e ir al Infierno, se tendrá a disposición en el Paraíso. Sobre todas estas ideas —bueno, más o menos como he descrito— la gente está convencida y, aunque ama la vida en la tierra, sabe que luego de la muerte se tendrán todas estas delicias. Nada mal. Mientras llega ese día se tendrá que realizar toda clase de privaciones, sacrificios y flagelaciones. ¿Exagero?

 En el judaísmo, es decir para las personas que están dentro de esta creencia, luego de la muerte, se produce la separación del cuerpo y el alma. Sin embargo, no existe ningún lugar destinado luego de la muerte. La muerte es parte de su cultura, los ritos que se ejecutan con el difunto son muy rigurosos y de cumplimiento obligatorio. Así como no existe un lugar de placer para los que han cumplido sus preceptos, tampoco hay un lugar —Infierno— en el cual pagar todas las malas acciones cometidas en la vida terrena. Su cultura anima a vivir plenamente en este mundo sin esperar una mejor vida futura en el más allá. No obstante, sus cuerpos no pueden ser cremados, pues, dentro de sus credos está la resurrección de la carne en el día del Juicio Final, día en la que llegará el mesías para cumplir con este propósito.

 La tres religiones monoteísta descritas: cristiana, islámica y judía, tienen como creyentes a más del 50% de la población mundial, y sus miembros consideran cierta la idea platónica de que en la muerte se separa el cuerpo del alma. ¿Todos ellos están equivocados? Si estuviéramos en una democracia todo el mundo debería adoptar esta creencia por decreto o por ley. Cada uno, en nombre del libre albedrío, puede creer o pensar en lo que mejor le convenga aunque vaya en contra de la corriente de la mayoría. ¿Será indiscutible lo que cada uno para sí mismo considera como verdadero. ¿Qué me hace pensar que tú o yo estamos en el camino correcto? ¿Nuestra racionalidad? ¿Nuestra credulidad?

La dimensión del alma es distinta o se mueve en una realidad diferente a la que perciben nuestros sentidos. Si es así, sólo con la muerte individual podríamos comprender o conocer qué mismo sucede luego de nuestra muerte. ¿Debemos esperar que ocurra nuestra muerte para tener una idea cierta de lo que nos sucede luego de cruzar la frontera? Pero, estando allá, ya no estaríamos ante una idea sino ante la misma realidad. ¿Al vivir esa realidad, desconocida por ahora, podremos preguntarnos qué es esa existencia? No lo sé. Recuerdo, cuando asistía a la iglesia a la edad de doce o quince años, el pastor de la iglesia ponía un ejemplo entre la sabiduría de Dios y el libre albedrío. Él, para que entendiéramos claramente, nos contaba el siguiente cuento: Un padre le mostraba a su hijo ambas manos: en la una contenía piedras y, en la otra, varios caramelos. Si le pedía escoger entre los dos objetos irremediablemente, el muchacho, escogía los dulces. Ahí está, decía, la sabiduría de Dios y la libertad del hombre. El padre sabe que su niño elegirá los caramelos, sin embargo, el joven tiene la libertad de escoger entre las piedras y los dulces. Con este relato quiero decir, que no importa cuánto me esmere en buscar la verdad, pues a la final, luego de muerto, y sólo después de cruzar el puente, conoceré la verdad. ¿Por más que me esfuerce para que el niño prefiera las piedras, él siempre escogerá los caramelos? ¿Podemos obtener la sabiduría para conocer, de antemano, que los niños escogerán los dulces? ¿Podemos entender una dimensión que nunca hemos conocido? ¿Puedo saber qué es el dulce si en la vida me la pase comiendo sólo condimentados con sal? ¿Cómo se puede conocer un espacio que nunca se ha visitado? ¿Nos basta la filosofía o la religión para entender ese estado?

 Para entender de todo lo que nos pueda suceder, luego de muertos, debemos estar en *estado conscientes* en ese otro lugar. Si hubiera una existencia sin la consciencia de existir, no tiene sentido vivirlo. Y, tal parece que las tres religiones anotadas, nos indican que ese estado de conciencia estará presente. Tanto para sufrir las condenas como para deleitarnos de los placeres del cielo. Si, en ese otro estado de conciencia, no lo podemos percibir con los sentidos del que ahora estamos dotados, entonces no tiene sentido que *mi otro yo* sufra o goce de esa otra vida, pues mi conciencia no estará presente en ese *yo*. En cambio, si seré yo mismo, es decir, el que ahora siente, goza, sufre, llora, ríe, sueña,… ¿por qué, entonces, no lo podemos percibimos, ahora, con nuestros sentidos? Grave dilema. Imposible una respuesta. ¿O sí?

 Existen otros pensamientos o doctrinas, tan antiguos como los anteriores, que no están muy en desacuerdo con las religiones monoteístas. Es decir, al morir nuestro cuerpo se separa del alma. La religión hinduista, considera que el alma pasa por múltiples vidas y diversas experiencias hasta alcanzar la liberación total del *Yo*. Sin embargo, la doctrina budistas niegan rotundamente la existencia del Yo, o el alma. Además señala que todo cuanto existe en el mundo puede ser clasificado en cinco categorías, los cuales definen a todas las cosas en el Universo y al Ser Humano. Los denomina agregados, y son: El agregado de la materia, que sería toda la substancia física y los agregados de la sensación, de la percepción, de los pensamientos y el de la conciencia.

 La esencia de lo que somos, de acuerdo con el hinduismo, al parecer, es imperfecta y requiere de muchas vidas para alcanzar el verdadero *Yo.* Esta condición contradice la doctrina de las religiones monoteísta, especialmente la cristiana e islámica, que aseguran que el hombre fue creado “a imagen y semejanza” del mismo Dios. La necesidad de varias vidas para lograr la perfección se parece, en cierto sentido, al Purgatorio en la creencia Católica; una posición intermedia entre el Paraíso y el Infierno. Un lugar donde purificar la condición impura de nuestra alma, no merecedora de las delicias del Cielo. Ahora bien, la genética y el entorno de nuestra sociedad en la cual hemos nacido, crecido y desarrollado nos hacen ser las personas que somos. Si a esto, le sumamos un *yo* que no nos pertenece, una personalidad que no está en mi voluntad aceptarla o rechazarla, nos convierte en simples recipientes que, quién sabe quién, lo va atiborrando con substancias y elementos extraños y no siempre con resultados satisfactorios; un ser que juega con nuestra existencia para hacernos tener una vida que a él se le ocurra, haciendo que nuestro paso por el universo carezca de todo sentido. Lo que soy no es lo que quiero ser y lo que he alcanzado a ser no ha sido por mi voluntad. Entonces la muerte de los individuos sólo será una puerta para ingresar a otro nivel de vida, en la cual, si no tengo los elementos que me brinda el entorno de una sociedad y que me ayuden a superar mi insuficiencia, seguirá —el verdadero *yo*— de vida en vida hasta extinguirse en el vació del cosmos.

 Será que, lo que somos es tal como creen e indican los budistas, es decir: Somos seres que carecemos de alma; somos un conjunto de varios —cinco— elementos: físicos, sentimentales, perceptivos, pensamientos y conciencia. Así. Simple. Morimos y todo se acaba. ¿Qué significado tiene vivir…? ¿Comamos y bebamos que mañana moriremos? Me gusta.

Ahora bien. No todos los seres (vivos e inertes) poseen estos cinco elementos. Unos tendrán sólo uno de ellos y otros, el ser humano entre ellos, pueden tenerlos todos. Sin embargo, nuestro cuerpo es materia que al morir se desintegra, al ser materia contenemos energía; y al poseer energía esta prosigue —no se pierde— a pesar de nuestra muerte; como no se disipa se conjuga con otras energía del espacio… ¿En qué nos convertiremos después de la muerte? ¿En nueva materia? ¿En energía cósmica? ¿Será que nos creemos esencia de las divinidades “creados a imagen y semejanza de los dioses” y por eso esperamos volver, luego de muertos, a sus recintos? ¿En que se ha convertido el pollo luego de faenarlo y servirnos condimentado? ¿Sólo seremos alimentos de otros seres vivos? ¿Caníbales?

El pensamiento ateísta considera que no existe otra vida, ni del cuerpo ni del alma, luego de esta vida. La vida que poseemos es única y por tanto, se la debe vivir en intensidad, Cada instante de nuestra vida debe ser aprovechada al máximo, y no la podemos desperdiciar en disfrutes vanos sino que debemos cultivarla con el estudio, con el aprendizaje, en hacer el bien y evitar la provocación de males en el mundo, amar con ardor, divertirnos con atrevimiento… Una vida en la cual las oraciones y rezos a los dioses no nos conducen a nada positivo sino a una enajenación de nuestro pensamiento y libertad. Nuestra vida tiene un periodo corto de existencia; dentro del tiempo cósmico somos tan sólo una pequeña partícula dentro de la inmensidad del universo; hemos tenido un inicio con el nacimiento y se terminará con nuestra muerte.

 Antes de nuestro nacer nadie nos necesitó y nadie requerirá nuestra presencia luego de muertos. Lo que hagamos en la vida servirá para el progreso y desarrollo de otros seres que vendrán detrás de nosotros. Los pensamientos que forjemos, los avances tecnológicos que logremos, los desarrollos científicos que se alcancen, nuestras acciones en favor de otras personas, el cuidado de la naturaleza y el respeto a nuestros congéneres y la vida en sus diversas formas —desde la más simple de nuestros insectos hasta la más desarrollada de los mamíferos— posibilitará que nuestras descendencias tengan un mejor mundo, un mejor hábitat para que, a su vez, eleve el nivel de vida de otras generaciones. Así creo.

 Algunos pueden decirme que es muy triste pensar que no tendremos otra vida, que pensar de esta forma nos traerá una angustia existencial, que la esperanza se pierde y que llegaremos a deliberar que no tiene un significado nuestra vida. Pero, no es así. Todo lo contrario. Pensando así, valoramos más la vida. Si tengo sólo una manzana —vida— para disfrutarla, a ésta no la desperdiciaré ni la dejaré que se pudra, tampoco me la tragaré con glotonería sin sentir su delicioso sabor, antes bien: cada mordisco será ponderado y masticaré sacando en cada succión los jugos íntimos de la fruta, disfrutaré el sabor dulce en mi paladar manteniendo y alargando su permanencia en mi boca, lo deglutiré y sentiré su pulpa resbalar por mi garganta para que las tripas absorban todos los nutrientes que posee. La dicha inmensa de tener la vida agradezco a los aleatorios destinos del universo por ser único en mi composición, en mis formas, en mi pensamiento y en mis sentimientos. Que bien vale la pena vivirlos con entendimiento, con solidaridad, con amor a la vida, disfrutando cada paisaje que nos brinda el mundo, cada palabra amable, cada caricia del ser querido… cada abrazo de mis hermanos, de mis padres, de mis amigos… rechazando el odio y las guerras, las ambiciones, las codicias, las envidias, los egoísmos… Nadie puede haber disfrutado más de haber vivido que uno mismo; no espero vivir la felicidad luego de que haya muerto; no me arrepiento de haberme reído de cosas sin importancia y llorado por un amigo perdido; jugado, corrido y saltado por las aceras y verjas ajenas, de haberme enamorado equivocadamente y hecho el amor con amor o sólo por deseo… No deseo, al morir, verme expuesto a los más terribles e inimaginables castigos y torturas… después de haber sufrido las penurias de la pobreza y me haya llevado a hurtar el alimento de mis hijos. No quiero purgar mi pena del hambre en algún temible lugar, ni que mis deudos lleven en sus cuitas la cancelación del robo, depositando las únicas monedas del pan diario en los atrios de la opulencia y la vanidad. No. Prefiero una sola vida intensa que varias vidas purgando mis equivocaciones y errores en lugares desconocidos…

**Pensamiento moderno.**

Muchas veces hemos escuchado decir: “Vive el presente”. Creo que en esa frase se resume la filosofía de vida en los tiempos actuales. ¿Comamos y bebamos que mañana moriremos? Los espacios y el tiempo se han acortado con el desarrollo de las comunicaciones; lo que hace pocos años nos tomaba varios días o semanas de viaje hoy lo hacemos en tanto sólo horas o minutos; los mensajes son instantáneos, es muy raro recurrir a los correos tradicionales para enviar cartas de saludo y felicitación; conocemos virtualmente el mundo entero con tan sólo hacer un click; no necesitamos recorrer largas distancias para visitar al amigo, al familiar; controlamos los movimientos de las personas a través de un pequeño aparato…

Los alcances, y sólo los conocidos y utilizados hasta el momento, que ha logrado los avances científicos parecen de ciencia ficción. Los cambios son vertiginosos y quién no se sube en el tren de la informática se queda rezagado en el tiempo y pierde el viaje; por cada día que transcurra sin que logre encaramarse en su plataforma se hará más difícil treparse y seguir su movimiento. Quién se ha demorado en subir, se quedará por siempre: por el resto de sus días, paralizado en el andén. Los niños de hoy han nacido sobre este vehículo y les resulta tan familiar y común viajar al ritmo de sus ruedas; a los nacidos antes del año 1980 les cuesta física, mental y psicológicamente adaptarse y seguir al mismo ritmo. En este contexto de movimientos vertiginosos y de infinitos lugares con bastos conocimiento nos perdemos en el espacio y el tiempo.

Muchas veces, pensamos que hemos perdido el horizonte, pues, se ha confundido el Sur con el Norte, y el Oeste con el Este, el arriba con el abajo, lo lejano con lo cercano; estamos en un medio que ya no se distingue el atrás con el delante. Aunque persiste en nuestra consciencia que algún día dejaremos de existir, esa mentalidad se diluye en la intensidad de la vida llevada; olvidamos que tendremos tiempo para vivir un futuro; aunque es un futuro incierto no lo visualizamos, tal parece que hemos perdido la esperanza de gozar en el futuro y queremos gastarlo todo en el ahora, en el hoy… Eso, pienso, nos aleja, ¿un poco? de cultivar la sabiduría. Pues confundimos que, disponer de gran cantidad de conocimientos es alcanzar la sabiduría… A pesar de todo lo mencionado las creencias perviven y no se han alejado del todo en el pensamiento de la gente.

 La muerte seguirá siendo parte de nuestra vida, ¿el final?, y si nuestra existencia la vivimos con intensidad no necesitaríamos de otra vida para completar la vida actual… Eso parecen decirnos… ¿Estarán en la verdad? No sé si pueda imaginarme un individuo que no esté influido de creencias y prejuicios, no solamente que se haya despojado de ellos, sino que jamás haya tenido contacto con ellos; al despojarnos de una carga siempre quedará regazos de la imposición; de no haber tenido, nunca, algún peso encima nuestro caminar presente sería distinto. ¿Llevaremos las creencias en los genes? O será que nuestra niñez es tan moldeable que adoptamos todos los contornos de la sociedad en la que nos criamos. No sé si lo anotado, debo hacerlo pregunta o una aseveración. En todo caso, los pensamientos propios sobre qué es la vida y qué será después de la muerte se van forjando de acuerdo con el entorno familiar y de la sociedad en que nos desenvolvemos. Entonces, si dejamos de lado esos influjos, ¿qué tendríamos en nuestro cerebro? Inevitablemente todas las experiencias de lo que acontece a su alrededor se irán grabando en su mente… ¿Somos lo que creemos? ¿Lo que creemos nos hace vivir ahora y después de muertos?

¿Todo será como en el siguiente relato que me contó un vecino amigo? Puede ser:

Mira que su fiel compañero: su perrito, muere. Hace mucho tiempo que permaneció en su compañía y en los últimos días ya no reaccionó a los llamados del patrón, ni deseó comer aunque le pusiera su alimento preferido; comprendía y aceptaba que dejará de existir si fuese atacado por las fieras del bosque, sin embargo, no estaba en su mente que, sin una razón aparente, su cuerpo deje de respirar. Es la primera muerte ¿natural? que experimenta aunque haya observado a muchos animales despedazados por los depredadores… Cuando vio a aquellos animales muertos no le causó ningún sentimiento, eran parte de la vida cotidiana, comprendía que los fuertes se sobreponían a los débiles y que los fallecidos, pensaba, no tuvieron la fortaleza para emerger airosos en las lides. Era el costo de la supervivencia. No existía otro camino: seguir con la vida luchando por su vida. Pero ahora era diferente, su amigo fallecía en sus brazos. Le dolía su corazón y sus ojos derramaron profusas lágrimas. Pasado un tiempo, y sin que se le aplaque el dolor que sentía su alma, un olor nauseabundo emanó del moribundo que le decía que algo debía emprender. Lo depositó en un rincón de su choza, pero el calor del interior inició con la putrefacción de la carne y muchos gusanos emergieron del cuerpo inerte. Lo retiró del lugar, lo llevó lejos de su cueva y lo escondió entre malezas. Al rato muchos pajarracos sobrevolaron el lugar y cayeron en picada sobre su ser querido. Se dijo que sería una buena idea cubrirlo con tierra. Así lo hizo. Pero, para recordarlo asentó sobre el montículo una piedra blanca. Su mente lo recordó hasta que él también tuvo que morir. Cuando él estuvo a punto de fallecer se dijo que, luego de traspasar la frontera, se encontraría con su fiel amigo y serían felices viviendo otra vida, juntos.

La escena se repitió por siglos y siglos hasta que lo convertimos en verdad. Sin embargo, antes de entrar en fabula, debo anotar en los siguientes capítulos algunas reflexiones adicionales.

1. LOS DIOSES TAMBIÉN MUEREN.

Decir que los dioses son inmortales no es una verdad incuestionable. Todos lo que han llegado a este mundo no se han quedado a vivir eternamente, tampoco han permanecido perennemente en estos suelos. Ningún ser ha supervivido hasta nuestros días. ¿Será?

Veamos. Desde que el Universo inició su formación, las cosas, las que nuestra realidad percibe, han sufrido un permanente cambio; variaciones tanto en sus estructuras internas como en su configuración integral. No existen evidencias —o estudios científicos relativos a la distribución atómica de los elementos— que nos muestre si los componentes químicos que nos hacen ser lo que somos —seres inertes como vivos— no se hayan mutado. Nuestra realidad, en el tiempo que perdura nuestra historia, es ínfima para valorar los cambios que podían haberse sucedido en el transcurso de los miles de millones que permanecen el cosmos. Apenas podríamos percibir un instante de lo que pudo haber ocurrido. Visualizar todo el trayecto sería similar a pedirnos que dibujáramos todo el recorrido de un río si la vida sólo nos permite ver unos cuantos metros. Los historiadores, arqueólogos y científicos afines, en sus estudios, nos muestran el desarrollo y los cambios que han sufrido los seres vivos desde el inicio mismo de la vida en el planeta y han esquematizado las diferentes fase por las cuales ha atravesado el ser humano; sin embargo, desconozco si la composición molecular de las cosas han variado en sus estructuras. El Ser Humano, como una especie más de las múltiples ya existentes en el planeta, alcanza su evolución de Ser Pensante hace tan solo dos cientos mil años; aunque parece un breve espacio dentro del tiempo cósmico, el hombre ha logrado estudiar y descubrir los mayores misterios que el Universo ha mantenido en secreto. Pero lo que hoy se tiene al alcance, considero es sólo una mínima parte de lo que verdaderamente encierra sus entrañas. Nos falta tanto por descubrir. ¿Hasta dónde debe evolucionar el pensamiento y las ciencias para desentrañar todos los enigmas del Cosmos? ¿Qué tiempo más la humanidad debe permanecer en la Tierra para alcanzar ese nivel de conocimiento?

 Desde el punto de vista de la humanidad —sin la consideración de que pueda existir vida inteligente en otros sistemas planetarios y, menos aún, de que pudiera haber otros universos paralelos— y de que ésta ha logrado grandes descubrimientos de la realidad que percibimos no podemos ni afirmar ni negar que lo que entendemos es aún insignificante de todo lo que encierra el universo. Parece que el universo requirió de millones de años para forjar la vida inteligente y en estos *pocos años* —pocos dentro del tiempo cósmico— que *existe* el Ser Humano apenas ha logrado adentrase en la piel del conocimiento del cosmos. Pero bien. Las partículas primarias de formaron el universo no podemos afirmar, ni imaginar, que poseen los mismos componentes de sus inicios. Sin embargo, fragmentos de esos elementos deben ser parte de lo hoy somos. No conjeturo cuánto de esas particular primarias somos nosotros y ni cuánto de las cosas que nos rodean. Estas partículas —o la parte de la que hoy gozamos en herencia— serían las únicas eternas. ¿Llevaban esas partículas, en su interior, la vida? ¿Podemos, entonces, hablar de la vida eterna?

 Pero el hombre muere, ha nacido un día pero al siguiente, fallece; deja en su ceniza la simiente para una nueva vida porque su despojo lleva en sí el elixir de la subsistencia eterna. Pero jamás será el mismo. Otro ser nacerá de él. Y la vida seguirá hasta que el cosmos desaparezca… Y luego nacerá otro universo ¿distinto, similar, igual? y, nuevamente, renacerá la vida, otra vida… ¿Qué vida?

 Las divinidades que pernoctan en celestiales mansiones disfrutando de los mayores placeres humanos: exquisita comida preparada con los mejores frutos del mar, del aire y de la tierra; degustando delicados vinos succionados a las uvas de generosos viñedos; escuchando hermosas melodías creadas por los genios terrenales: Bach, Mozart, Beethoven, Chopin, Serrat, Mercedes Sosa, Sandro, Leonardo Fabio y Leo dan…; leyendo en ediciones de lujo, de pasta dura, a Neruda, Borges y García Márquez… Mas un día decidieron descender a los suelos terrenales porque las mujeres del dominio humano eran hermosas y porque los hijos de la tierra eran malos y mezquinos, y había que arrebatarles la heredad y suplantar en estas superficies, pródigas de bondades y manjares, el germen de los dioses. Y al posar sus pies en los guijarros se contaminaron con la muerte. El precio de salvar a tan miserable especie fue tan alto que sucumbieron a la vida, y perecieron uno tras otro hasta dejar los suelos desolados de sus dotes celestiales, de apacibles comportamientos y magníficos procederes.

 Y fue, primero, la serpiente que, hurtando los patrimonios privilegio de los dioses, posibilitó que los primeros hombres diferenciaran entre el bien y el mal, y heredó la muerte con un golpe certero asestado en su cabeza mientras mordía el calcañar de su víctima.

 Más adelante, nos cuentan, hubo un hombre que por orden de los dioses, bajó de los cielos para redimir los males cometidos por los terrenales porque las divinidades amaban a estos seres y esperaban que estos también gozaran de las delicias celestiales. *El verbo se hizo carne.* Pero el pago era la muerte. Una muerte cruenta e ignominiosa que cargaba el peso de la maldad cometida, durante miles y miles de años, por el hombre. Pero dicen que él venció a la muerte… la muerte humana, nunca la divina. Porque las divinidades jamás mueren: son inmortales. Son eternas. Así se cree. Y, esa cualidad anhelada dejó en herencia para que, *todo aquel que en él crea no se pierda más tenga vida eterna…* ¿De verdad lo dijo…? Pero, sus seguidores desconfiados no le han creído y seguimos aferrados a ésta vida. Muchos llevando una vida bufa: amasando enormes fortunas terrenales y malgastando la dádiva de la vida. Y, otros, los peores, engañando a cuánto incauto aparezca, empleando discursos elocuentes llenos de vanas esperanzas, prometiéndoles el gozo eterno apenas vacíen de sus bolsillos y entreguen las pocas monedas fruto del sudor de axilas y frentes, y llenen las arcas construidas bajo los altares de oro; y se malgastan las fortunas indebidas en los más extravagantes placeres terrenales porque saben que les será negado allá en los lugares santos.

 Y los hombres han creado a cientos de dioses; uno para cada conflicto humano: uno para la guerra y otro para la paz; uno para el amor y otro para el odio; uno para la sobriedad y otro para la embriaguez; uno para el aire y otro para el fuego; uno para la tierra y otro para el agua; uno para los animales y otro para las plantas… Cientos, en todas las culturas, a través de la historia. Y estos, para mantener su casta y prerrogativas mataron a sus hermanos, a sus hijos y a sus padres. Y nadie salió indemne en este juego. Ni la condición de divinidades logró salvarles de enfrentarse a la muerte.

1. CUANDO LA MUERTE ESTÁ EN NUESTRAS MANOS.

La voluntad, la que nos permite la libertad de una sociedad, puede llevarnos a ocasionar la muerte de una persona o de uno mismo. No quiero referirme a los crímenes que son ocasionados por un delincuente o los que pueden acarrear una guerra o una tiranía. Esos aspectos en los cuales un asesino, un tirano o una conflagración bélica ocasiona la muerte de otro ser humano es un tema que lo tocaré, sólo brevemente, más adelante. Ahora, quiero referirme a tres casos de muertes, en los cuales la voluntad juega un papel preponderante: el aborto, el suicidio y la eutanasia. Se preguntarán a qué viene reflexionar sobre estos casos. Pues, pensando en cada uno de estos casos me ayudará a visualizar qué mismo es la muerte.

 Veamos. El aborto es la interrupción de una vida ajena en gestación, cuando ésta está aún en el vientre de una madre. No quiero juzgar el acto si debe ser moralmente aceptado o despreciado, o talvez, condenado. No. No va por ahí mi reflexión. Quiero entender qué pasa con ese ser que aún no ha nacido. Un ser que aún no llegó a formarse. ¿Quién es este ser? Toda la herencia genética estaba en su cuerpo y, de haber nacido, tendría su vida propia y acarrearía cierta influencia en el mundo. Pero su vida fue impedida sin que él pueda hacer nada al respecto. Sea cuál sea la creencia que tengamos debo pensar si, acaso, su vida tendrá una nueva vida.

 Si decimos que no morimos porque nuestro ser se transforma en otro tipo de vida, entonces, ¿quién será él o ella en esa otra existencia? ¿Un ser que aún no ha tenido la oportunidad de formar conciencia de una realidad qué realidad puede percibir. ¿Qué tal si ese bebé —debería decir embrión o feto— es la reencarnación de otro ser? ¿Su vida coartada irá a otro ser…?

 La vida le ha sido quitada y nunca alcanzó lo que la naturaleza estuvo diseñando para que él sea. Sabemos que, en muchos casos de aborto, es la misma naturaleza la que provoca esta muerte. Entonces, ¿qué es de estas vidas no nacidas? ¿Será que al no nacer no han tenido vida y por tanto de qué vida ulterior podemos hablar?

 La creencia de que luego de ésta vida tendremos una vida inmaculada, porque un dios nos ha limpiado de nuestra condición humana para ser merecedores de una existencia divina, dicen que seremos nosotros mismos, —nuestro yo— quien gozará de las delicias de ese lugar. Entonces, si ese *ser* aún no nacido, ¿será su esencia la que vivirá después? Esa precaria vida, que nunca llegó a formar un “yo”, que jamás tuvo contaminación humana, ¿cómo se manifestará en esa existencia futura?

 De verdad es complicado entender la vida; y más una vida de la cual no tenemos conciencia. Si ese ser fue infundido con alma en el momento de su fecundación, ¿qué tipo de esencia trascenderá? ¿Qué es la muerte para estos infantes?

Veamos en el caso de un suicidio. Esto es: una persona decide interrumpir su vida por sus propios medios. ¿La vida nos pertenece a cada uno de nosotros? ¿Mi cuerpo me pertenece pero no la vida? ¿Qué somos?

 En la vida, muchas veces, para salvar algún obstáculo buscamos un atajo, un cruce en el camino que nos haga llegar con prontitud a nuestro destino. En el campo de la ingeniería hacemos un sinnúmero de obras para que, en caso de que el sistema diseñado tenga que ser interrumpido, continúen en funcionamiento por ese lado; los llamamos: by pass. Un paso por el costado. Esto nos permite obviar el camino señalado pero la actividad general del sistema no se interrumpe. En medicina también se hacen este tipo de operaciones que permiten seguir con la vida de una manera casi normal. ¿Será que una persona hace lo mismo? En lugar de esperar para que su muerte llegue de una manera “normal” alcanza su destino cósmico haciendo un atajo.

 Pueden decir que su desarrollo no ha alcanzado la plenitud y, por tanto, su destino no será el mismo que si hubiera continuado con vida. ¿Pero quién define los años de vida que debemos vivir? —Someramente, en capítulos anteriores, he tocado el tema de la Esperanza de Vida en cada una de las sociedades y las variaciones que se han dado con el tiempo—. Nadie tiene comprada la vida, y quienes amamos la vida buscamos por todos los medios no llegar, temprano, a lo que conocemos como muerte. Sin embargo un suicida sí lo hace, mas no lo hace con plena conciencia de que luego tendrá una vida diferente; lo hace para alejarse de esta vida. Interrumpe su vida porque le parece que no la merece vivir o porque le es muy difícil sobrellevar la carga que la vida le da. No lo sé. El corte de su conciencia en el momento de quitarse la vida, ¿volverá a renacer en el instante en que su cuerpo deja de manifestarse?

Dicen que el mayor castigo que puede darse a una persona es la pena de la muerte. No hay ley que regule un suicidio. ¿Cómo puede haberlo si la persona tiene la voluntad de inmolarse a sí mismo? ¿Cómo *castigarle* en vida? Entonces, ¿la forma de controlar la misma será darle un castigo luego de que traspase la frontera de la vida? ¿Su alma no se reencarnará en otro ser y estará destinada a un lugar lleno de sufrimientos? ¿Vagará su alma en la infinitud del espacio dominado por la muerte atormentándose por haber quebrado —realizado un atajo— el orden establecido en la vida? Pero el dolor no es de él. Él se libró de los sufrimientos que le ocasionaba su vida. El dolor lo heredó a sus seres queridos que lamentan ver truncada una esperanza, que ya no lo tendrán más con ellos, que no disfrutarán de su risa, de sus éxitos, que no le consolarán en sus derrotas… La conciencia de la existencia de ese ser quedará en nosotros que le vimos partir antes de que sea la hora…

Y qué decir de la eutanasia. ¿Será también un atajo para que una persona vaya a otra existencia? Con su voluntad, o sin ella, cometemos un acto que acelera el paso hacia el más allá. Los sufrimientos que una enfermedad le ocasionan convierten al pariente —o al médico que ejecuta la sentencia— en el juez de una vida que no le pertenece. Se interviene en el curso natural del final de una vida por misericordia al padecimiento de los dolores del ser querido, para que su cuerpo, consciente o no, deje de sufrir; sin embargo no lo hacemos esperanzados que luego lleve otra existencia menos dolorosa. Cortamos de un solo tajo la vida. No es ánimo juzgar el por qué se lo hace: si es un acto de bondad o si existe legalidad; o si es moral o no. Tampoco, es ánimo pensar si la vida está en nuestras manos. El ver sufrir a una persona nos vuelve sensibles al dolor ajeno y si el prolongar la vida significa dilatar el sufrimiento, preferimos zanjar el dolor acelerando la muerte.

 Consideramos que no somos dadores de vida y por tanto no está en nosotros arrebatar a nadie ese don dado por algún dios. Hacerlo es una ofensa para quien nos ha permitido vivir. Pero está la contradicción de que con la muerte vamos a *mejor vida,* entonces por qué vivir ésta vida si tenemos otra mejor después. Tal parece que creemos que es así, pero no estamos tan seguros, y por tanto defendemos esta vida hasta el último suspiro.

Las muertes que se han ocasionado por el irrespeto a la vida ajena en las guerras, ¿será que existe una velada intención —que no sabemos pero esperamos sea buena para los que pasan el lindero— en la naturaleza bélica de los hombres? ¿Nuestra inconciencia, lo que no percibimos con nuestros sentidos, nos indica que es preferible seguir al siguiente peldaño de nuestra existencia? Si es así deberíamos morir todos en el planeta para que vayamos directamente a la otra existencia, sin tener que purgar ninguna culpa ajena; para no contaminarnos en esta vida y luego ser merecedores de un castigo infame…

**PARTE II**

LA FÁBULA

CUANDO MUERA MI MASCOTA.

Mis hijos eran muy pequeños cuando la tía les regaló un manso, travieso y juguetón perrito. Su pelaje era blanco como la nieve y brillaba refulgente apenas los rayos del sol golpeaban sus greñas. La sobreprotección que le prodigaban los muchachos fue su desgracia. En casa tenía todo el calor, el amor y el alimento que pudiera necesitar, fue por esto que jamás conoció otro espacio que no fuera las habitaciones de la casa, los dormitorios de los niños y el patio. Estos lugares eran los únicos donde hacía sus correrías: era su mundo y su universo. El espacio exterior no existía para él. No sabía que tras la puerta del garaje habitaba mucha gente que deambulaba por las aceras y muchos automóviles pasaban raudos por la calzada sin saber nada de su cosmos. A veces me pongo a pensar que, muchas veces, debía haberse preguntado, con su inteligencia, de dónde provenían los ruidos extraños y las voces de otras personas fuera de su mundo. Sin embargo, le estaba prohibido conocer ese otro sitio. Nunca se lo dejó salir solo; y las pocas veces que salió, fue en brazos de la hermana mayor para corretear como loco en el prado del parque del barrio. No obstante, dentro de él crecía las ansias de conocer qué pasaba en el exterior. Y una mañana cualquiera se produjo el descuido fatal: el perrito salió expedito por la rendija, dejada al abrir la puerta para atender al lechero. Cuántas veces había esperado ese momento y le llegó la oportunidad de salir al mundo exterior y averiguar qué producía los sonidos molestosos de los claxon y qué motivaba el griterío de aquellas voces humanas extrañas. Pero, ante todo, esperaba conocer a sus congéneres cuyos ladridos escuchaba todos los días: unos rabiosos, exigiendo la libertad de la cuerda que lo sujetaba a su rincón maloliente; otros lastimeros, rogando alimento y una caricia en su testa o porque habían recibido un puntapié sin motivo; y estaban aquellos aullidos, los que más concitaban su interés y su naturaleza le revoloteaba su organismos: los llamados a la procreación y a continuar con la especie. Pero los neumáticos de un ser misterioso y metálico zanjó toda ilusión. Su cuerpecito fue arrastrado lejos de la puerta, de aquel portón que fuera su vía de escape y su liberación. Unas huellas negras en el pavimento eran los mudos testigos del accidente. Entre lágrimas, y con inmenso pesar en el corazón, tomamos su cuerpecito y lo llevamos a la casa. Nada se podía hacer. Había muerto instantáneamente con el golpe del atropello. Abrimos una zanja en el patio, cerca del limonero estéril que crecía en medio de la huerta, y depositamos su cuerpo inerte en el fondo de la fosa; nuestra alma sintió una tristeza infinita. El limonero, desde entonces no dejó de florecer y brindar jugosos, deliciosos y refrescantes frutos.

 Los frutos nunca supieron a nuestra mascota. La corteza era común como en todos los limones. Las semillas eran iguales a la de otros limones. Su sabor ácido era igual al de otros limones. Esta era la realidad que veíamos, la que lográbamos percibir y apreciar … En el interior de los limones, en sus ínfimas partículas estaba la esencia del que un día fue, nuestro querido y entrañable perrito: Peluchín.

¿A dónde iría el alma de nuestro perrito? Siempre me he preguntado si los animales pudieran expresarse en nuestro lenguaje, y estuvieran prejuiciados de alguna religión, nos dirían que su alma irá a un lugar celestial por haber sido muy buenos amigos de los humanos. Y que, existe un feo lugar, para aquellos canes que han mordido a un transeúnte desprevenido. Que existen algunos perritos que andan muy locos persiguiendo a los autos, jugándose la vida en cada correteada, que no entienden que la vida tiene otros designios, más excelsos, por alcanzar; que el perseguir carros, esa no tan antigua tradición heredada en tiempos de la invención del automóvil, no es digna de los verdaderos canes. Que muchos, por la voluntad mezquina de los humanos, no han podido llevar una vida caninamente decente, y tiene que comer de los desperdicios encontrados en los basurales, y andar olisqueando los postes del alumbrado confundiendo la ancestral y muy noble costumbre de mear al pie de los árboles. Y otros, los que han nacido o han sido criados en casa de ricos, no les preocupa en absoluto el día en que les llegue la muerte porque se han pasado toda la vida disfrutando de una exquisita permanencia: con peluqueros y manicuristas que les imposibilite dejar rastros de pelos, y cojines rasguñados, con siquiatras y juguetes caros, con platos suculentos de comida selecta para evitar flatulencias que perturben la tranquilidad de la mansión, con baños en aguas aromatizadas, espolvoreados con fragantes insecticidas para evitar la crianza de pulgas en sus suaves y delicados pelajes, durmiendo en jergones limpios y abrigados para no perturbar el insomnio de los patrones. Y aquellos vagabundos, los que no entienden que la vida tiene propósito sublimes y deambulan por calles, parques y jardines, serán, algún día, desarraigados de los aposentos canestiales**[[24]](#footnote-24)** porque no supieron enrumbarse —alienarse— en los caminos justos y correctos de los humanos.

 Yo les preguntaría: ¿qué les sucederá a aquellos que por ignorancia del mundo son atropellados y muertos por un camión? Quizá ellos, con inteligencia humana pienso, me responderían: ellos serán condenados a repetir su existencia volviendo a vivir en los cuerpos de otros perritos… hasta alcanzar el entendimiento de su vida y lograr la plenitud canina. Y luego, para explicarse mejor, me relataría la siguiente historia canezca. Un relato, jurarán ser cierta y verdadera, que ha quedado registrada en la memoria de los perritos del mundo y que, de generación en generación, se ha ido transmitiendo la tradición; una autentica heredad canina: como son los colmillos para desgarrar la carne y el movimiento de la cola cuando ven al humano querido. Y esto fue lo que me contaron:

<<Mucho tiempo antes de que el hombre se apodere de la tierra vagábamos por los campos en completa libertad. Disfrutábamos, todo el día hasta que caiga la noche, recorriendo por los más bellos paisajes aún no devorados por la vanidad y la codicia del ser humano: lugares inundados de exuberante verdor y aguas frescas y cristalinas; zonas en donde la calidez de los montes y la fragancia de las flores y las plantas extasiaban nuestra permanencia. Un mundo abrigado con la tibieza de los montes vírgenes, durmiendo a la intemperie cobijados por el titilar de las estrellas sin que nada perturbe sus sueños y disfrutando, cuando el apetito llamaba a sus entrañas, de las más delicadas presas del campo…

>>En este mundo virgen reinaba el Espíritu de la Vida. Todas las especies se encontraban satisfechas con el proceder del gobernante. Nadie carecía de alimentos y de una guarida, acorde a sus condiciones naturales de la especie, para guarecerse y procrear. Pero, toda existencia: animal y vegetal, pervivía en reciprocidad con la alimentación y la vida de otras especies. La consciencia de vida, de cada uno de los seres que habitaban en el este lugar, no estaba en aprovecharse de los demás sino en ser parte vital del medio y de la población misma. Las funciones, recibidas en tiempos ancestrales por la esposa del monarca, la Naturaleza, estaban direccionadas para que cada una de las especies no sea menospreciada ni sobreestimada en su existencia; cada especie tenía lo justo para que no se quiebre el armonía de su hábitat y cada de sus miembros era parte fundamental para que el sistema funcione. Si alguno de los miembros de una especie se osaba rebelar a los designios establecidos, era inmediatamente eliminado de la faz de la mundo, pues, el orgullo de sentirse mejores o superiores a otros no era permitido, ya que rompía el equilibrio alcanzado en la evolución de la vida conseguida en miles de millones de años y, como aseguraban los asesores del reino, la rebeldía era contagiosa y si la enfermedad alcanzaba a un buen número de los habitantes se temía que colapse el sistema y se termine con la vida en el planeta. El Espíritu de la Vida estaba satisfecho, y orgulloso, de gobernar con equidad su reino. Y todos sus miembros le rendían pleitesía y sumisión a sus mandatos.

Ninguna, de cada una de las tres especies del reino: la animal, la vegetal y la mineral, interferían en el campo de otra. La vida animal requería de la vida vegetal para su supervivencia; así lo había establecido la Naturaleza. Sin embargo, hubo ocasiones en que miembros de una misma especie requerían de otros para supervivir, entonces el Espíritu de la Vida ordenaba para que la Naturaleza provea la alimentación de esas secciones. Así, en tiempos de sequía los animales pequeños servían de alimento para otros más desarrollados. La rana se alimentaba de insectos, los insectos de hongos; las culebras de ranas, y los leones de conejos y cebras. La Naturaleza consideraba que esto era lo justo y correcto; en tanto, el Espíritu de vida prodigaba más vida a los seres pequeños, y los multiplicaba en miles de millones para que la vida de esa sección no se pierda y la vida de los otros no desaparezca. La Naturaleza era sabia y el Espíritu de la Vida estaba presto a suplir los ruegos de su esposa.

La vida vegetal se alimentaba de la vida mineral. La consciencia de la vida mineral era esa: proporcionar los nutrientes para que se produzca la vida en las plantas. La vida misma de los minerales era el sustento de los vegetales. Así lo había dispuesto la Naturaleza y el Espíritu de la Vida transformaba las partículas de magnesio, de hierro, de fósforo y manganeso… en la sabia que circulaba por las venas y las arterias de las plantas.

El mundo gobernado por la Naturaleza y el Espíritu de la Vida era perfecto, hasta que un habitante de la especie de los animales, se reveló: un primate.

—No quiero ser parte de la vida de otros seres—, había dicho cuando la Naturaleza le ordenó que debía sacrificarse en bien de otros primates superiores. Luego, altanero, le había preguntado a la Naturaleza—: ¿Quiénes son ellos para que mi vida sea alimento de esos seres a quienes no les conozco, peor amarlos…?

La Naturaleza le respondió:

—No se trata de sentimientos, es una cuestión de vida… Si no sirves de alimento a los otros, perdemos el equilibrio y la otra sección fallece.

─¿Qué corona tienen aquellos para que mi vida sea alimento de sus vidas…?

—Ninguna corona… Pero, si tanto de empecinas, podemos negociar. Voy a tratar el tema con mi esposo, el Espíritu de la Vida, para llegar a un entendimiento.

—Eso me parece justo— dijo el primate. Luego añadió—: Espero la propuesta del Espíritu de la Vida para analizarla y tomar mi propia decisión.

La Naturaleza, contuvo su rabia y evitó ordenar a los vientos que provocaran truenos y huracanes y a los mares que inundaran la habitación del primate, y que la vida del atrevido se perdiera para siempre… Pero, eso, debía acordar con su esposo. No quería imponer su voluntad y crear un cisma con su pareja. Fue más su cautela que su carácter…

 La noche trascurrió lenta. El insomnio se apoderó de la mente y el cuerpo del primate. Su atrevimiento podía, en el futuro, resultarle muy caro. Aunque la vida le pertenecía, la Naturaleza podía hacer uso de ella cuando, las necesidades del planeta, así lo exigían. Sabía que, si el Espíritu de la Vida intuía un ligero orgullo, un atisbo de vanidad en su proceder, no dudaría en eliminarlo. Ya había sucedido en muchas ocasiones con otros seres vivos. Apenas, el Espíritu de la Vida, le había tan sólo insinuado a la Naturaleza que grupos no deseaban ser parte de la vida integral en el planeta, ella no tardaba en ajusticiarles con los peores tormentos: sequías prolongadas, lluvias interminables y, hasta con la inundación total de los pueblos, erupciones pavorosas de volcanes y deslaves de montañas, rompimientos catastróficos de la tierra, y un sinnúmero de siniestros monumentales para que los sediciosos y los grupos rebelde fueran tragados, en un santiamén, por las entrañas de la tierra; sus cenizas eran esparcidas en los vientos cósmicos y se difuminaba la memoria de sus existencias… No quedaba rastro de sus vidas, se extinguía todo rastro y vestigio, y nadie sabía si alguna vez hubieron existido.

Es verdad, ahora no era todo un grupo, era sólo él. Su fin estaba marcado. Apenas despuntarán los primeros rayos del sol, su destino estaría marcado: la muerte. Y con la muerte, su cuerpo estaría destinado a ser alimento ya no de seres superiores sino de seres muy inferiores a él. Le atemorizaba esa condición. Ser carne de gusanos e insectos.

Fue entonces cuando se le ocurrió que su vida podría ser eterna. Eso. La condición *sine qua non* para ofrecer su vida y convertirse en alimento de otros primates era plantear la opción de que su existencia se volviera inmortal. Era una propuesta arriesgada; pero, quién no se moja los pies no alcanza la otra orilla del rio, se dijo. Lo diré y si no resulta, me resignaré a ser devorado por larvas y gorgojos…

Cuando la luz del día traspasó las rendijas de la puerta se agazapó detrás de su mesa de escribir y espero nervioso que la Naturaleza tocara su puerta. Al poco rato, escuchó, como una suave brisa, un leve gemido que, extrañamente, le decía que saliera a recibirlo. Con profundo respeto saludo a la Naturaleza; Ella con un ligero movimiento de su cuerpo correspondió a la salutación. Para la ocasión se había vestido con un traje extraño: zapatillas de punta fina que alcanzaban las estrellas; un vestido color de aurora boreal muy ajustado al cuerpo; un chale, azul celeste, bordado de lunas y planetas cubrían sus espaldas y su cabello estaba adornado de cordilleras y mares. Un paisaje esplendoroso que el primate quedose con la boca abierta: impresionado y extasiado de tanta belleza. Un ligero sopor emanó de su boca, parecía que la profundidades de los océanos se abrieron para devorarlo. Entonces, el primate escucho un lejano eco… Le decía:

 —He charlado con el Espíritu de la Vida… Y estoy en condición de negociar; me ha otorgado todas las facultades para que pueda decidir sobre tus peticiones.

—¿Ya no seré alimento de otros seres vivos?

—No he dicho eso…

—Entonces, ¿cuáles son las condiciones…?

—Pondré todas las cartas sobre la mesa. Pero la decisión debe tomarse en esta misma mañana. Mi esposo espera definiciones para tomar alternativas para la supervivencia de los otros seres del planeta.

La Naturaleza se encontraba en el umbral de la puerta y espero que el primate mostrara alguna amabilidad y le invitara ingresar en los aposentos. El primate se ofuscó, notando el apremio de la visita. Luego de regresar, por un instante, la vista a su habitación vio un desorden inusitado… ¿En qué lugar asentará las cartas si no había sitio limpio dónde empezar el juego…? Nunca, antes, se había percatado de esa situación; no comprendía cómo había vivido en ese estado: Un jergón, con algunas sucias pieles de castores y liebres regadas aleatoriamente, emanaba un tufillo maloliente; en el mesón, que utilizaba para servirse su alimentación, reposaban desechos de algunos animales pequeños… restos de carne en descomposición y huesos resecos de los que colgaban cartílagos endurecidos… Se preguntó: ¿Cómo podía vivir en aquel estado? Al regresar la vista a la Naturaleza, se disculpó del desorden. Luego, le dijo:

—Me has tomado desprevenido —sus palabras supieron a disculpa—. Pero, si no te importa el desorden, te ruego que pases…

—Creo que estoy bien aquí… No quiero contaminarme con la putrefacción de este sitio.

El primate se sintió ofendido; pero la Naturaleza tenía mucha razón. Su habitación no estaba en condiciones para recibir ninguna visita. A la negativa interpuesta por la Naturaleza el primate bajó la vista, sumiso. Entonces le rogó:

—Por favor, te ruego: coloca las cartas en el césped cerca de aquel matorral… Con este primer convenio fueron a sentarse bajo la sombra de la enramada. Apenas se acomodaron, la Naturaleza tiró las cartas:

—Mi primera carta, le dijo: Eres un primate… te convertirás en humano.

—¿Y, qué ganó con eso…? ¿Qué es humano? Todos en el planeta somos unas bestias, algunas hemos alcanzado alguna evolución, pero otras no entienden la vida; la viven porque el Espíritu de la Vida así ha querido…

—Verdad… Yo les doy los medios necesarios para que sobrevivan: el aire, la tierra, el agua, la alimentación… Al igual que a ti. Pero tú has crecido un poco más que ellos. Creemos, mi esposo y yo, que ya estás en condiciones de convertirte en Ser Humano. Esta condición tiene ventajas y desventajas.

—¿Ventajas…?

—Sí. Todo lo que hagas será por la razón. Cuando cometas errores en el caminar por la vida, la razón te guiará y te aconsejará las acciones para remediarlo. La principal cualidad del Ser Humano es la razón. La razón te permitirá sobrevivir en libertad… Te la doy en un instante, aunque hubieras tardado aún varios miles de años para alcanzar esta cualidad. Es una condición cercana a la que tienen los dioses que habitan en el reino de las divinidades. Con esta cualidad, entenderás que los truenos no salen de los aposentos celestiales; que el bramido de los volcanes no es por furia de ningún dios enojado; que los planetas, brillantes en el manto obscuro de la noche, están presentes en el espacio desde hace miles y millones de años; que la flores y la vegetación crece por la sabia de la tierra; que los ríos corren y cantan debido a causas provocadas por fenómenos naturales; que nada es eterno, pues, todo muere; y que la muerte no es el fin de la vida…

—¿La razón…?

—La capacidad para encontrar el conocimiento y buscar la sabiduría… En cada paso que avances verás que hay más senderos que caminar… Y seguirás el horizonte porque el deseo de conocer será tu meta, y la razón será la lumbrera que te guiará en los momentos del desasosiego y desesperación… Cuando la ansiedad te aceche, la razón te dirá lo que debes hacer…

—No está mal…¿Y las desventajas?

—Sabrás que vas a morir.

—¿Morir…?

—Sí. Cuando tu conciencia alcance algún mediano desarrollo sabrás que tienes que morir… Que nunca has sido eterno ni lo serás jamás... Pero no te angusties. Será un saber muy natural y razonable… Vivirás todos los días de tu vida como si nunca fueras a morir. Amarás a las cosas y a los animales como si tuvieras una vida eterna. Amasarás fortunas que nunca podrás gastar… Y aunque sabrás que un día tendrás que morir harás planes en el futuro, diseñaras proyectos que sobrepasarán tu tiempo de vida; será inagotable tu fortaleza y el conocimiento que alcanzarás será superior a los mismos dioses… Te considerarás superior a mí, a la Naturaleza… Y te olvidarás del Espíritu de la Vida… Y sin querer, sin tener voluntad, morirás.

—Me parece un tanto complicado…

—No lo es tanto. Ya lo entenderás cuando seas humano….

—Pero, me habías prometido que no seré alimento de otras especies.

La Naturaleza miró al primate y en sus ojos alcanzó a ver un gran temor. El temor de la muerte y de estar consiente cuando su cuerpo sea devorado por otros seres que sobrevivirán a su muerte.

 —No te aflijas… Tiraré la siguiente carta: Tu conciencia se perderá por siempre con la muerte y ya no sabrás quién sois… Entonces no te importará que sirvas de alimento para otros animales… Pues tu *yo* estará en otro espacio…

—¿Quieres decir que dejaré de existir…?

—Exacto… Tu cuerpo que lleva tu esencia dejará de ser… Y, sin darle tiempo a meditar, lanzo enseguida la tercera carta. Y, le dijo—: Esta carta debes mantenerla en secreto… Pues, todo ser vivo lo tiene, aun antes que reinemos la Naturaleza y el Espíritu de la Vida, pero hemos preferido que nadie sepa nada…

El primate no entendía nada de lo que la Naturaleza le decía. Todo estaba enrevesado y confuso. Recapituló todo lo conversado. Primero se convertiría en Ser Humano racional y en ese estado sabría que debería morir. ¡Terrible! Segundo que perdería la conciencia en el espacio de la muerte, Dejaría de ser y el *yo* se perdería para siempre. ¡Incomprensible! Y esperaba la tercera carta, que debía guardarla en secreto, y que, además, todos los seres tenían… ¿Qué puede ser…?

—Muéstrame la tercera carta… —apremió el primate.

—No comas de ansiedad… Esta carta, de seguro, te convencerá para que aceptes las otras que te he planteado, viene de parte del Espíritu de la Vida… Una parte de Él se anidará en ti… Y esa parte serás tú mismo.

—¿Una parte del Espíritu…?

—Así es… Tu alma se volverá inmortal… Cuando mueras, tu alma heredará una pequeña parte de mi querido esposo y vivirás por toda la eternidad. En verdad, ha sido muy generoso en brindarte este regalo.>>

Desde ese entonces, desde que el primate se convirtió en humano, el hombre tuvo consciencia de su propia muerte, y su cuerpo debe soportar la putrefacción de sus carnes convirtiéndose en alimento útil de otras especies vivientes. Pero su alma, su esencia, adquiere la inmortalidad, me diría el perrito. Entonces le preguntaría: ¿El alma inmortal del hombre para qué le sirve…? Y me diría que la historia canina no termina ahí… Que si tengo un tiempo extra gustoso me contaría… ¿Puede existir un *tiempo* extra…? Luego le animaría para que continuara con su inverosímil historia.

<<El alma vivía encarcelado en el cuerpo del hombre durante toda su vida. Y asimilaba todas las acciones que éste cometía. Las buenas y las malas. Pero no sólo las acciones sino también los pensamientos y los sentimientos más ocultos de su mente. La prisión a la que fue condenado le asfixiaba y buscaba, por todos los medios, liberarse de la mazmorra a la que había sido sentenciado. Procuraba que el hombre muriera para alzar su vuelo. Se resignaba a vivir dentro de la cárcel, aunque permanentemente estaba anhelante para que la vida del cuerpo llegara a su punto final… y, entonces, volar libre por toda una eternidad…

En el principio, en el instante en que al hombre le llegó la muerte, el alma se elevó hacia las cumbres más altas del planeta y, desde allí, se catapultó hacia los confines del universo. Sin embargo, lo que había heredado de las acciones, pensamientos y sentimientos del cuerpo se volatilizó y se sintió solo. Entonces decidió volver a la tierra para recuperar las cualidades humanas. Como carecía de los sentidos humanos le impidió disfrutar las maravillas que se le presentaron a su alrededor. El cantar de los pájaros no le hizo vibrar y el llanto de los niños no le conmovió; los amaneceres brillantes no la causaron ninguna emoción; el hambre de millones de infantes famélicos tampoco le perturbaron; las guerras fraternas, y entre naciones hermanas, no le trastornaron; la discriminación racial, idiomática, sexual, de credo, pasaron desapercibidas. Todo lo que ocurría en el mundo le era indiferente. Era un alma sin alma. Un ser extraño. Un *ser* que existía pero carecía de vida. En medio de esa desolación buscó entre los seres vivientes alguna especie digna de su magnificencia para que lo cobijara y renaciera su esencia de alma. ¿El alma queriendo ser alma?

**Ratón.**

El alma pasó cerca de un basural. La podredumbre de las acciones malévolas de las especies habitantes en el planeta se acumulaba hasta el borde de un gran precipicio. Desde lo alto divisó un pequeño animal de color gris que se revolcaba en medio de los desechos. ¿Qué males puede cometer un animal?, pensó. Si un ratón se come el maíz y la cebada; si come la carroña de otros animales muertos; si muerde al gato descuidado; si contamina con sus patas inmundas el trigo del pan, ¿es una maldad? ¿Serán todas las acciones que realiza actos conscientes…? ¿Los cometerá con la intención de hacer algún mal a otra especie? ¿Sabrá discernir lo que hace? ¿Sabrá que sus actos pueden ser calificados de malos… o buenos?

De pronto, el animalito se incorporó en sus dos patas traseras y olisqueó a su alrededor; era como si hubiera percibido alguna presencia cercana. Su olfato se había desarrollado para distinguir a cualquier ser extraño dentro de algunos kilómetros a la redonda. El instinto de conservación posibilitó esta evolución para evitar que su especie desaparezca. Movió vertiginosamente su larga cola para espantar esa presencia que rondaba su cuerpo y, sin que él se diera cuenta, el alma se internó dentro de su cuerpo. El ratón se estremeció y todos sus miembros, hasta la última cerda de sus dedos, se erizaron y sintió un frío glaciar. Entonces se produzco una transformación profunda de su ser. Lo que antes, a la bazofia que le rodeaba, consideraba como un bello paisaje lleno de alimentos y de vida placentera se convirtió en un campo lleno de inmundicia y fetidez. Cuando mordió una mazorca podrida el bocado se volvió un trozo nauseabundo lo que antes fue un delicioso manjar. No entendía qué le ocurría. Todo lo que había sido bello se convertía, de pronto, en grotesco y espantoso.

Cerca de allí cruzó, parsimoniosa y orondamente, una indefensa cucaracha; apenas vio al ratón, sus patas se movieron aceleradamente con la intención de escapar del lugar. Sin embargo, el peso y el volumen de su caparazón superaban, en demasía, la inercia de sus extremidades y por más que las agitaba apenas logró alejarse unos cuantos centímetros. Prefirió detenerse para soportar lo inevitable. El ratón se percató de su presencia y movió sus petulantes y erizados bigotes; valorando el aroma que emanaba del bicho, como si fuera a servirse un canapé apetitoso, se aproximó al sitio donde se había agazapado el insecto. Cuando el ratón se aproximó observó un miedo extremo en los pequeños ojos del animal: el miedo a morir. El alma del ratón le susurró que no debía matar a los de su misma especie, menos aún a los animales indefensos… La cucaracha levantó una patita moviéndola de arriba abajo a modo de saludo y fue como, si con ese meneo suplicante, le pidiera perdón por su vida. Entonces el roedor, infundida con un alma nueva, olfateó al bicho y, haciendo similar gesto hecho por el insecto, tocó levemente con su pata la extremidad extendida y se alejó del lugar dejando a la cucaracha sumida en la más intensa extrañeza y asombro. ¿Qué le pasaba a este pericote?

Cuando, el ratón, recorrió algunos metros se sorprendió al verse caminando en medio de aguas negras, putrefactas y malolientes. Su alma, espantada, le dijo que este no era un lugar merecedor de una persona que posee su esencia. El roedor abrió su mente y quiso escapar de ese tétrico lugar. Las alcantarillas en las que había vivido desde que nació era el único lugar que conocía; los demás roedores creían que ese lugar era un hábitat perfecto y que, por orden de la Naturaleza, estaban destinados a sobrevivir y morir en ese medio. Nuevamente, incorporándose en sus dos patas traseras, olfateó a su alrededor esperando percibir un aire limpio o, al menos, sin tanta contaminación. Estuvo así por largo tiempo y no logró localizar esa corriente fresca. Empezó a caminar a través de las cañerías, sus patas sentían como la porquería se pegaba a sus dedos. El aire, a medida a que se introducía en las cloacas, se volvía cada vez más denso e irrespirable. Su conciencia renovada le punzaba el cerebro y urgía a su cuerpo para que saliera inmediatamente de ese lugar. No localizaba alguna salida. Todo el submundo se encontraba herméticamente cerrado. No había escapatoria.

Desencantada, el alma, de la mala elección que había cometido. ¡Introducirse en el cuerpo de un ratón! ¿En qué estuvo pensando para venirse a este mundo? Ahora, ¿qué debía hacer para salir de este cuerpo ratonil? Su cárcel, al igual a la que se había introducido el roedor, no tenía una puerta de salida. La única escapatoria sería que su mazmorra dejara de existir. ¿Qué hacer para que eso sucediera? Con su alma compungida y angustiada buscó entre las aguas pútridas algo que provocará el desenlace final de su vida. A lo lejos escuchó el ruido de aguas cayendo al abismo, era como si el cielo se hubiera desatado y las lluvias se descargaran, con furia, hacia la tierra. Se dirigió hacia ese lugar y el estruendo se hizo mayor mientras se acercaba al origen del escándalo. Cuando estuvo a poca distancia del bullicio miró como las aguas negras de las cloacas se precipitaban blanquecinas a un lago a cientos de metros debajo del desagüe. Cuando el agua llegaba a su destino, éstas se mezclaban con las podredumbres del estanco provocando el rebullir de las fetideces del contenido; las partículas saltaban por sobre la superficie y se volatilizaban generando en el ambiente un olor de los mil demonios. El paisaje era nauseabundo y tenebroso; en un primer momento, pensó huir del lugar, pero había algo en el medio que le reclamaba, le atraía como un imán al metal; si por algún descuido resbalaba inevitablemente sería arrastrado por la corriente, se precipitaría por el torrente y caería en la laguna de las aguas repugnantes. Se parapetó junto a la paredes de la tubería y se aferró con las garras de sus patas al fondo fangoso. El olor penetrante del lugar embotó su cerebro y su cabeza empezó a darle vueltas. Varias figuras fantasmagóricas pasaron por su mente. ¿Era su imaginación o en realidad estaban frente suyo? Nunca lo sabría decir, ya su mente no actuaba…

Entre nublas vio a cientos de hombres cansinos, con vestimentas blanquecinas y raídas, que arrastraban pesadas cadenas de hierro herrumbroso; uno tras otro desfilaban por un camino pedregoso arrastrando fatigosamente los pies. Iban escoltados por gendarmes fuertemente armados de fusiles y machetes. A sus oídos llegó un rumor, no supo distinguir la dirección del sonido, que estos miserables habían cometido algunos delitos por la codicia y la avaricia de sus almas y, por estos delitos morales, habían sido sentenciados a cumplir la condena, durante toda la eternidad, de padecer la podredumbre y la pestilencia de las cloacas del mundo. El alma ratonil se estremeció viendo tan impresionante escena. Fue cuando decidió lanzarse al torrente de aguas putrefactas y acabar con la vida de su cuerpo y, con esto, liberar a su alma. No pasó ni un segundo cuando el cuerpo del roedor se sumergió en el flujo viscoso y se perdió en los bramidos de la correntada. Un hilo de bruma blanca se elevó verticalmente del charco de mierda…

**León.**

El aroma que destilaba la vegetación del bosque embriagaba a todo visitante que se atreviera a cruzar por esos tibios lugares. El perfume que emanaban de las flores y la humedad evaporada de la enramada exultaba el ambiente. Miles de mosquitos deambulaban perdidas de un lugar a otro buscando ansiosas alguna piel caliente para succionar sus mieles; mariposas alegres revoloteaban de flor en flor robando los matices multicolores de la abundante flora; centenares de pajarillos canturreaban variadas tonalidades y melodías componiendo sinfonías inéditas, sublimes y maravillosas; varios animalitos correteaban juguetonamente sobre el pasto escondidos entre las sombras de la tupida selva. Todos se encontraban, al parecer, protegidos por el rey del lugar. Aunque muy pocos habían logrado avistarle, presumiblemente por sus cortas vidas, sabían que en algún sitio del bosque rondaba vigilándoles. Él, el rey, patrullaba comprometido con la zona, pues, sobre sus hombros recaía la responsabilidad de la seguridad de los habitantes de la jungla. Ningún intruso salía ileso si osaba ingresar a tan magníficos aposentos. Aunque el rey era su protector nunca fue considerado amo y señor. El cumplía con su deber de protegerlos y, los amparados, de alimentarlo. Era el orden establecido. Así lo había establecido la vida desde hace miles y miles de años que nadie intentaba ir en contra de la decisión natural de las cosas.

 Mientras en el bosque la vida pasaba apaciblemente, el alma liberada del ratón buscaba afanoso un cuerpo que le haga olvidar su miserable existencia pasada. Aun persistía en su memoria los olores nauseabundos de la cloaca y, al recordar, sufrió una seguidilla de fuertes arcadas; en su vientre revoloteó las pestilencias heredadas de las inmundicias humanas. Con bastante esfuerzo logró superar el percance. Recordó el desgarrón que le hirió la piel sutil de su esencia cuando se liberaba del cuerpo inerte del roedor y el organismo iniciaba su putrefacción; al elevarse por encima de las aguas podridas sintió como se apretaba su ser y buscó ansioso un punto por donde escapar del enclaustramiento; por un momento creyó que ese sería su último destino y que fallecería en tan lamentable lugar. Sin embargo, realizó un esfuerzo monumental agotando sus postreras energías y logró sobrevolar por sobre la superficie inmunda; cuando se vio liberado impulsó sus movimientos a toda velocidad para alejarse de las zona. A los lejos divisó un claro, en medio de algunos nubarrones, irradiando destellantes luminosidades. Su alma se sosegó y dirigió su vuelo hacia ese lugar, hacia la selva.

 Cuando se asomó al hermoso paraje observó en la cima de una colina a un hermoso animal recostado sobre una roca. Los ojos de la fiera miraban fijamente el follaje, controlando todos y cada uno de los movimientos de los seres que allí habitaban. Parecía como si nada se moviera sin que él diera su autorización. El alma vagabunda se regocijó al ver tan bello ejemplar y sin dudar un instante se coló dentro del corazón del animal. Entonces, la bestia que hasta ese entonces había permanecido reposado y sereno, revoloteó su melena y abriendo sus fauces emitió un feroz gruñido. Las aves salieron despavoridas de sus nidos elevándose a los cielos en búsqueda de algún refugio celestial; los insectos y roedores fugaron veloces a cobijarse en sus guaridas subterráneas; las gacelas, las cebras, los jabalís, las hienas, los elefantes y miles de mamíferos, huyeron en tropel dejando abandonados a sus crías en los campos nativos de reposo, y buscaron un lugar seguro para protegerse del bramido del monarca. Toda la selva se sumió en un silencio profundo; los vientos dejaron de soplar y la vegetación quedose quieta. La inmensa espesura, incluida las piedras, quedaron expectantes de lo que su rey tenía que informar. Los pocos animales que no habían logrado escabullirse —ancianos y críos—, se parapetaron detrás de los espesos matorrales en espera de los dictámenes. Mientras aguardaban las órdenes, los adultos recordaron aquellas épocas pasados en las que el padre del gobernante actual emitió su primer rugido y de cómo la situación de su hábitat natural y tranquilo se transformó en una zona salvaje. Antes de aquel bramido, la amistad: entre la cebra y el leopardo, entre las aves y el halcón, entre los roedores y la serpiente, eran cordiales y de ayuda mutua. Luego de ese estruendo, la voracidad y del deseo comenzó a brillar en los ojos de los depredadores; y el miedo y la cautela primó en la de los débiles y frágiles. Los habitantes veteranos comentaban a los jóvenes, en voz baja, que luego de la muerte del padre rey renació la amistad y la selva volvió a ser una isla de paz y sosiego para todas las criaturas; por tanto, añadieron consejos de estar preparados para enfrentar una nueva arremetida de los más fuertes del reino.

—¿Por eso han huido todas las especies…?— Se atrevió a decir un polluelo. A continuación, se lamentó haberse quedado desprotegido—: Mis hermanos volaron lejos del nido hace mucho tiempo y no sé en dónde pernoctarán. Pero, mis cinco hermanos pequeños y yo hemos anhelado que nuestra madre se quedara con nosotros… Sin embargo ella fue la primera en volar fuera del nido…

—Una madre nunca abandona a sus críos…— respondió una gacela. Debe estar en la búsqueda de un lugar seguro para trasladaros…

—Nuestras alas aún no han crecido y hemos descendido de nuestra morada con cautela, ahora debemos arrastrarnos por el suelo en búsqueda de algún alimento.

—No os alejéis mucho de vuestro hogar… Su madre puede llegar en cualquier momento… Estense quietos, de seguro, estará esperando las órdenes de monarca y las consecuencias… para, entonces, regresar…

Las consecuencias no podían ser diferentes que las de antaño. El alma, al ingresar en el corazón del felino se volvió malvada y cruel. Adoptó la condición de los poderosos: menospreciar a los indefensos para convertirlos en presas fáciles y trastocarlos en fuente de su subsistencia.

El monarca se levantó de su postura cómoda, elevó su pecho y con su cabeza melenuda se irguió dominando el panorama del bosque. Algunos animalitos que merodeaban por el lugar al observar, por los resquicios dejados por la enramada, la imponente figura del rey, se escurrieron temerosos entre la maleza. El felino lanzó otro gruñido. Esta vez sonó como una voz de mando que dictaminaba elocuente, la imposición de la vida salvaje. Todo habitante se convertiría, desde ese entonces, en alimento para los otros animales. Cada quien debía proteger su vida y la de su prole. Nadie debía considerarse a salvo, cualquiera podía ser botín de otra especie más fuerte. El convivir armónico y solidario fue abolido de un solo gruñido; sin embargo, entre algunas especies perduró, aunque fugazmente, la ayuda mutua.

Enseguida, el mandato fue cumplido. Y, sin que existieran opositores al nuevo régimen, se produjo la transformación radical de la vida en la selva; las diferentes castas emitieron sus propias resoluciones para que sus manadas logren sobrevivir en el nuevo contexto. Varias, con avidez de sobrevivir al sistema impuesto, optaron por la mimetización: ese proceso de camuflarse en el entorno; tomaron para sí las texturas, formas y colores del entorno, aunque el proceso fue lento y riesgoso, con el tiempo lograron su propósito. Varios elementos, creyéndose seguros con su enmascaramiento, sucumbieron a miembros de otras variedades por exceso de confianza. Entonces tomaron decisiones urgentes y drásticas para que los cambios sean de lo más refinados y sean de mayor efectividad en una misma generación. No hacerlo, era inminente la muerte y la extinción de la especie. Con advenimiento de nuevas generaciones consiguieron el propósito y alcanzaron la perfección total que ni entre ellos mismos lograron identificarse. Esto llevó a la individualización de la seguridad. Y cada quien trató de defender su vida por su propios medios y cualidades. El alma incubada en el cuerpo del rey miró con asombro e incredulidad lo que estaba ocurriendo con los habitantes. La protección y la vida misma ya no era un compromiso social sino sólo de aquellos que se adaptaban mejor al entorno.

Otros, para sobrevivir en ese ambiente hostil, optaron por asumir el papel de parásitos: aglutinarse en torno de un ser más fuerte para aprovechar los despojos de lo que él comía y, a su vez, ampararse en la figura del poder, aunque él mismo no hiciera nada para protegerlos; a cambio de los beneficios que recibía el comensal se comprometían limpiar su cuerpo de toda alimaña que pudiera adherirse en el cuerpo del protector. En cierta manera, ambos, relativamente, resultaban beneficiados. Sin embargo, cuando la condiciones exigían: por ejemplo, si alguna especie superior y de mayor fortaleza acechaba para devorarlo, el protector huía sin consideración de sus gorrones. Y estos fallecían en el desconcierto. No conseguían valerse por sí mismos; sin el paraguas de la protección se exponían a muchas situaciones de las cuales no podían levantarse, y, hasta en las más triviales, sucumbían. Así se desarrollaba la vida para este tipo de animales.

Algunas clases optaron por la solidaridad grupal. Recorrían los vastos campos de la selva siempre en grupos y actuaban mancomunadamente cuando veían amenazada su seguridad. Los adultos protegían a sus críos formando círculos en rededor de ellos cuando algún depredador osaba cazar a uno de ellos. No siempre conseguían su objetivo, pero la eficiencia de su comportamiento superaba con creces si actuaban solos. *La unión hace la fuerza* era el mensaje que transmitían e inculcaban en sus engendros. Era la mejor forma de supervivir en ese medio salvaje, de otra manera ya se hubiera sepultado su raza y linaje.

Sin embargo, había una clase más entre ellos. Eran los solitarios. Los que andaban desguarnecidos de un grupo; se consideraban autosuficientes en la alimentación y sólo buscaban pareja para preservar su especie; apenas un crío lograba desarrollarse y se volvía independiente, abandonaba a la manada —su familia— y vagaba por la selva consumiendo lo que cazaban, durmiendo en parajes desolados, viviendo como excluidos de la sociedad animal. Muy poco les inquietaba lo que el rey felino decía, imponía o dejaba de hacer; no les importaba; contaba sólo con su vida y la vida del entorno para provecharse de ella cuando así lo necesitaban.

Era la selva y cada quién debía sobrevivir a su manera. Cada quien con su grupo, cada quien con sus cualidades. Quien no lograba acoplarse al ritmo y condiciones del medio estaba predestinado a desaparecer. En tanto el rey felino, con el pasar del tiempo, se desatendió de cómo vivían en su comarca y, de a poco, fue interesando menos del bienestar de los habitantes. Entonces sobrevino el colapso de la fauna selvática.

La mimetización fracasó; y los habitantes camuflados entre los colores, la sombra y la luz de la vegetación dilapidaron su escondite natural y varios grupos de infiltrados entre la especie delataron el engaño a los depredadores, y una vez descubiertos sucumbieron inevitablemente a la muerte; de nada les valió el intento de otras formas de ocultamiento. Los parásitos dejaron de cumplir sus funciones y fueron desalojados por sus benefactores; aunque muchos buscaron otros bienhechores no fueron aceptados al conocer sus antecedentes poco colaborativos. Muy pocas familias en las élites de la solidaridad grupal alcanzaron a sobrevivir, pues, entre sus miembros algunos se erigieron en caudillos, y por esta posición exigieron privilegios desmesurados sin que les importara el resto de la casta; en épocas de carestía los cabecillas gozaban de bebidas exquisitas y una alimentación distinguida que enojó a la bases, y complotándose los perjudicados se sublevaron y tomaron para sí los patrimonios no distribuidos. Todo esto fue aprovechado por los anarquistas solitarios que veían en el caos y desconcierto un forma de aprovecharse de bienes que jamás, ni en sueños, ellos hubieran desarrollado.

El desbarajuste se propagó por toda la comarca y el rey felino, desesperado y desilusionado, impotente ante la avalancha de los acontecimientos buscó en la guarida a su acompañante para recibir consejo. La reina no dijo nada: prefirió el silencio. Sabía que cualquier sugerencia sería desechada por el rey. Su sabiduría le decía que la arrogancia masculina no le permitiría abogar por una paz duradera y feliz en la comarca. Se limitó a entregarle una suculenta ración de alimentos que había reservado para ésta ocasión. Cuando el rey olisqueó el manjar, sonrió; tomó entre sus fauces la vianda y salió de la cueva lleno de satisfacción olvidándose completamente de lo que le había traído hacia el interior; se recostó cerca la boca de la gruta y devoró su alimento, sin que a su mente llegara el más mínimo remordimiento sobre lo que ocurría en su reino.

Cuando sació su hambre, lanzó un bramido. Pero el rugido no poseía la misma potencia de aquel que había lanzado hace algún tiempo: éste sonaba lastimero y llevaba dentro de sí una fuerte carga de fatiga y fastidio, de desconsuelo y derrota. La reina, que había estado vigilando al comensal, sabía que dentro de poco comenzaría el final del reino de su compañero. Y así fue. El rey felino se acomodó entre las sombras de un matorral y se sumió en un profundo sueño, muy parecido a la muerte. El alma al percibir tan lúgubre escena, decidió abandonar el cuerpo del felino. El alma, también, estaba afligida y sintió la necesidad de volar a posarse, integrarse, en otro ser que le devuelva la vitalidad y la alegría de existir.

**Paloma.**

El límpido cielo que se asomaba en el ambiente hacía presumir que, hace tan poco, los negros nubarrones imperantes en la zona habían desatado una fuerte tormenta. Las abundantes lluvias causadas habían lavado los rezagos de la perversidad y la maldad, de codicias, envidias y egoísmos y de toda la miseria que reinó en la fauna. Se respiraba un aire límpido, desprovisto de impurezas malignas y malsanas. Esto reconfortó al alma y la colmó de vigor para emprender una nueva aventura. Dentro de sí temió volver a entregarse a una situación desagradable. Pero su destino ya estaba trazado; no sabía quién dirigía los designios de la existencia, solamente sintió una fuerza superior al ímpetu de su voluntad que le llevó a fijarse en una avecilla, inocente y tierna, que se cobijaba dentro de un plumaje níveo, aún más blanco como su esencia pura. El ave cruzó delante del alma con un vuelo suave y apaciguador. Se posó en una rama de olivo y oteó al horizonte, luego dirigió sus ojos a los costados cerciorándose que nada peligroso amenazaría con su nido. Movió sus alas presagiando alguna presencia cercana. Dirigió su cabeza al suelo y miró una nube grisácea que se elevaba desde la superficie hasta su posición. Estuvo a punto de emprender nuevamente con su vuelo, escapar de su lugar, pero sus patas no le respondieron. Creyó prudente asirse fuertemente al tronco y esperar que la nubosidad pasase de largo. Sin embargo, cuando la bruma rozó su cuerpo sintió, por un breve espacio, una fortísima descarga eléctrica que envolvió su organismo erizando su plumaje. Todo el entorno, muy conocido por él, se transformó en un ambiente inédito y extraño; su cuerpo, antes carente de susceptibilidad, se cargó de delicadeza y gracia. El volar ya no sería jamás un trabajo fatigoso, se convertiría en un remanso de movimientos, en un soñar sobre delicados y suaves copos de algodón. El alma se complació y expresó, para sí, sentirse a gusto en su nueva morada.

 Con su nueva personalidad el palomo dirigió su planeo, grácil y armonioso, a reconocer su hábitat. Todo le parecía nuevo; nada de lo que creía haber conocido era lo mismo. Aunque la vegetación seguía con su coloración verdosa, el contorno de los árboles, de las ramas, de las hojas, de los matorrales, de las flores y de los frutos emanaba una aurea amarillenta y brillante. Del pasto refulgían diminutos rayos rosáceos; en los lugares en los cuales la tierra habíase resecado brotaba luces fluorescentes. Podía apreciar el movimiento —no el provocado naturalmente por la brisa y el viento—, del crecimiento de la vida y el tamaño en cada una de las especies. Observó, maravillado, el fluir de la sabia a través de los imperceptibles ductos de las hojas y las ramas. Las aguas que corrían por las quebradas y ríos, ya no era las mismas, ahora lograba distinguir a todas las gotas que la formaban: parecían perlas fluyendo por cañadas y cascadas. Cada salpicar de las olas era un concierto de diamantes formando en el ambiente infinitos y sublimes arcos iris.

Extasiado por tan hermoso espectáculo se aproximó a un espacio en la cual reposaba una ovejita blanquecina. En sus ojos vio, por primera vez, el brillo de la vida; se extasió de la luz que brotaba, pues, en ella se confundían los reflejos de la luna y las estrellas: una danza mágica, bella y gloriosa. Desde la distancia, apenas la divisó, supo que la ovejita estaba preñada y, en breve, se iniciaría el proceso de alumbramiento. Sus mamas rebosaban de alimentación para su futuro crío. El palomo, distinguió, bajo la abundante y delicada lana ensortijada de la oveja, al vástago ansioso por iniciar con su vida terrenal; escudriñando, a tientas, el orificio por el cual debía escapar de su enclaustramiento; su cuerpecillo se agitaba mediante convulsiones rítmicas para ubicar su cabeza en dirección al túnel de salida. Aunque nadie la había instruido en estos menesteres sabía con exactitud lo que debía y tenía que hacer. Sus patas traseras se acomodaron en una posición extraña, pero, a su vez, la más conveniente para que el recién nacido fluya sin dificultad hacia el suelo. Mientras pujaba, la frente y los párpados se le colmaron de finas gotas de sudor, eran como las chispas de rocío que adornaba la hierba cada mañana. Una ligera sonrisa de satisfacción se dibujó en los labios de la madre cuando el crío empezó su descenso hacia la vida independiente. Lo que sucedió después fue todo un misterio y el palomo nunca entenderá el fenómeno. De la cabecilla de la oveja asomaron los pensamientos y, antes de disiparse con el viento, se convirtieron en imágenes surrealistas. Visiones muy raras, con muchos colores psicodélicos, pero de una nitidez como mirar el fondo de un río de aguas cristalinas. Parecía que se encontraba en una sala de proyecciones cinematográficas, degustando una película en versión HD. Esto fue lo que vio: Un cordero luminoso trotando gallardamente en medio de un rebaño de numerosos carneros. Todos admiraban su porte gentil y la virtud de llevarse bien con todos los carneros. Pero sobre todo poseía un carácter del que brotaba cariño, solidaridad y condescendencia con sus congéneres, sin que descuidara el aprecio y gracia con aquellos que no pertenecían a su manada. Su mirada reflejaba ternura, y su voz suave y convincente hacía presumir que gozaba del don de mando y autoridad. En la pantalla virtual observó como el cordero, con paso firme, se aproximaba a varios carneros arremolinados alrededor de un extraño objeto que emitía un ruido singular, en tanto, una decena cabritos pujaban por abrirse paso por entre la masa, también, a ellos, la curiosidad les embargaba. Estaba a pocos metros de llegar al sitio cuando los carneros molestos se voltearon y, con insultos humillantes, alejaron a los pequeños. Los cabritos, ante la actitud hostil, se dispersaron del grupo. Entonces, el cordero, sintió el fluir de su interior una rabia intensa contra de los menospreciadores; su rostro, desfigurado por la ira, emanó cientos de rayos etéreos que rebotaron en los cuerpos de los jóvenes carneros. Estos, al sentir la energía que les golpeaba, inmediatamente, dirigieron sus miradas a la fuente de semejante potencia. Y vieron al cordero. Al cruzarse las miradas les transmitió un mensaje excepcional; parecía que les decía: *No os molestéis con los mayores, ellos ya son así: su condición natural es postergar a los niños… Pero si me acompañan verán no sólo una máquina sino miles de ellas.* Entonces los cabritos acompañaron al cordero y albergaron en su mente y corazón la fe y la esperanza que, en el futuro, sus días cambiarían. Y serían ellos lo que gozarían de lo que les tenía tan ocupados a sus mayores. La última imagen que logró ver el palomo, antes de que ésta se disipara, fue al cordero seguido de miles y miles de cabritos, que caminaban felices perdiéndose en el horizonte.

Cuando las imágenes se disolvieron observó a una pequeña ovejita recostada junto a su madre. La felicidad que se dibujaba en el rostro de la mamá era indescriptible y en sus ojos refulgía el sentimiento del verdadero amor.

Intrigado por la película en la cual se mostraba a un cordero varonil que, exponiéndose a un virtual ataque de los carneros, había protegido a unos indefensos cabritos, el palomo se alejó del lugar. Mientras volaba a otros cielos y espacios asimilaba la valentía y la sutileza con la que había enfrentado y salido airoso de aquella exclusión infantil. ¿Cuándo se hará realidad todo lo que había observado? ¿Pasarán muchos siglos para eliminar la discriminación de la faz de la tierra? No lo sabía… Quizá algún día todo sea diferente… Y la máquina del egoísmo y la vanidad, de la discordia y el enfrentamiento; no vuelva, nunca, a convertirse en el centro de atención de los carneros…

Mientras planeaba en medio de aires cálidos bajó su vista a la tierra y miró centenares de especies que deambulaban de un lado para otro en la búsqueda de alimentos; se apartaban de los sitios áridos donde el sol les quemaba los tuétanos y se dirigían hacia aquellos en los cuales se visualizaba brillantes, pero pequeños, charcos de agua, alrededor de los cuales, crecían verdes prados y nacían delicadas florecillas. La paloma descendió con la esperanza de hallar, entre las hierbas y matorrales, algún bocado que aplaque su hambre. Estuvo en esas tareas cuando, por la espalda, se le acercaron dos grandes animales: una pareja de rinocerontes. No advirtió la presencia extraña cerca de él. En el momento de picotear a dos gusanillos y levantar la cabeza para devorarlos sintió las sombras de los intrusos.

*—¿Qué haces en nuestro terreno?*— Inquirió el macho. Luego, la hembra, le pregunto—: *¿Quién te ha autorizado comer de nuestro sustento diario?*

—Nadie… Mi hambre… —Contestó el palomo sin comprender si lo que preguntaban los rinocerontes había sido pronunciada con palabras o sólo fue que su mente escuchó las inquietudes. Se apartó lo suficiente para contemplar en toda la magnitud a los visitantes. Los fieros animales eran enormes. Con su vista apenas logró ver sus grandes fosas nasales y sus enormes y fuertes patas hundiéndose en el fango.

—*No te asustes dulce paloma*. *De verdad, nos importan poco quienes sobrevivan en esta selva…*

—Entonces, ¿cuál era su preocupación…? Nuevamente, el palomo, quedose sorprendido de las palabras que habían ingresado en su cabeza pero que no salieron de la boca de los mastodontes. Para cerciorarse de lo que acaba de descubrir probó preguntarles:

—¿Desde cuándo habitan por estas tierras…?

—*Desde tiempo inmemoriales…*— Contestaron. Los labios de los rinocerontes se movieron y podía jurar que sólo escuchó unos gruñidos. Pero su mente transformó esos sonidos en frases congruentes y razonables…

Unos pajarillos que reposaban sobre los lomos de las bestias comenzaron a piar. El palomo al escuchar las diminutas voces tuvo curiosidad y levantó su vuelo hasta la altura de las espaldas de los rinocerontes. Ahí estaban, picoteando y tragando los cientos de insectos y moscas que vivían en el cuero del animal.

—¿Qué hacéis aquí…?

—*Vivimos de la solidaridad de los rinocerontes…*

*—*Y ellos están contentos por quitarles el prurito y la comezón que les provocan los gusanillos… Si ambos resultan beneficiados, entonces ustedes deben llevarse bien con estos paquidermos.

—*Mientras ellos nos permitan… seguiremos aquí.*

—Y seguro que se la pasan, todo el día, conversando con ellos…

—*¿Conversar…? ¿Qué es eso…?*

*—*Lo mismo de lo que estamos haciendo en este instante…

—*Nosotros piamos y ellos gruñen, ¿cómo podemos comunicarnos…?*

El palomo que se encontraba suspendido a la altura de los pajarillos retornó al suelo. Quedose pensativo y se preguntó: cómo puede ser posible que yo pueda entender todo lo que ellos dicen, y que a su vez, ellos comprendan lo que les manifestase. Sin embargo, ¿entre ellos no pueden comunicarse? ¿Cómo llegaron al compromiso de la convivencia? Para salir de semejante duda movió, primero, sus alas para llamar la atención del rinoceronte macho y, luego, le preguntó:

 —¿Es verdad que no pueden dialogar con los pajarillos?

 *—No. No podemos comunicarnos con palabras… Sólo emitimos gruñidos. Al igual que lo hacemos con todos los animales. En la manada nos entendemos por el tono y número de bufidos, con los cuales, así mismo, nos informamos de las órdenes del jefe del ganado y qué desea de todos los miembros. Pero, no sé por qué motivo a ti te podemos comprender todo lo que nos quieres decir… Y tú entiendes nuestros deseos…—.* Por un instante calló y miró de reojo a su pareja para que sea ella quién confirme su aseveración. Al notar que su mujer no tenía intención de intervenir, preguntó—: *¿Qué te hace diferente de todos los animales…?*

 —Nada. Mejor dicho: No lo sé... Sólo sé que entiendo lo que ustedes dicen. A los pajarillos que viven sobre sus lomos los escuché dialogar todo el rato que estuve aquí; se contaban historias divertidas, aunque escuché algunas de pánico. De esas que les ha sucedido cuando tu tropilla ha tenido que huir despavorida al acercarse un depredador. Comentaban que ellos piaron hasta el cansancio cuando, desde su posición privilegiada, divisaron acercarse al leopardo, pero ustedes no les hicieron ningún caso…

 —*¡Si pudiéramos comunicarnos…! ¡Cuántas muertes nos habríamos evitado!* —se lamentó el rinoceronte macho.

 —Y cuánta hambre hubiéramos padecido…—dijo el palomo, sin esperar que la bestia comprendiera exactamente qué es lo que trataba de explicar. Su estancia en el lugar podía complicarse por su respuesta y prefirió despedirse de la pareja de rinocerontes y de los cientos pajarillos que pululaban por el sector. Levantó su vuelo y moviendo sus alas frenéticamente se alejó de los presentes.

La noche caía y decidió alojarse en un frondoso árbol de aceitunas. A lo lejos observó una luz amarillenta destellante que parecía salir desde las entrañas de una colina lejana; los rayos se extendían hasta el espacio clareando de miles de colores al cielo. Las nubes se teñían de tonalidades multicolores, mientras el sol se ocultaba detrás de la cordillera. Cuando amanezca me iré a ese lugar, se dijo; y quedose profundamente dormido.

 Muy temprano en la mañana, antes que el sol despuntase el alba y las sombras cubrían los campos, se puso a cantar. Su trinar anunciaba que el día sería trágico; siempre había sido su alma quien guiaba su vida y, ésta, había transcurrido en medio de las buenas actitudes de sus semejantes, ya que procuraba, buscando subterfugios, alejarse de las malas. A pesar de las diferentes penalidades que padecían los habitantes del bosque, él solo apreciaba las acciones nobles y sinceras de los animales. Le agradaba estar en ese lado de la vida, nunca del otro, en el cual, la maldad, el egoísmo, las envidias, las avaricias… destruían las fibras componentes del alma y la destrozaban hasta convertirla en un simple despojo que se desechaba en el tacho del olvido y del desprecio. Desde que abrió sus ojos vio en el ambiente algo que le decía que algo malo estaba por ocurrir. Su alma se puso atenta y vigilante, se sentía en la obligación de proteger su vivienda y a su centinela. El volar junto a la paloma se había convertido en una experiencia única e irrepetible. No quería exponerse a una nueva aventura, no deseaba ni siquiera imaginar qué sucedería si la relación con la paloma concluyera de pronto. A pesar de todo, estaba dispuesto a enfrentar lo que ese día le depararía. Sabía que nadie había podido controlar el pasar del tiempo ni los acontecimientos que devinieran en ese espacio. Era inevitable toparse con lo inesperado, y apechugarse era su única solución.

 Luego de un fatigoso vuelo se encontraba próximo a descender en la colina. En el día advirtió que era un monte de lo más normal, nada diferente de los otros. De las entrañas no emanaba ningún reflejo de luminosidades; en definitiva: nada extraordinario. Todas sus sospechas se desvanecieron, pero en su interior guardó una leve inquietud. Por si acaso, se dijo. En el camino que conducía a la cima de monte vio a una joven oveja madre que acompañaba a un pequeño cordero, presumible su hijo. El andar de la pareja era cansino y apesadumbrado, pareciese que ninguno de los dos quería llegar a su destino. Entonces, decidió permanecer suspendido en el aire y observar cuál era el desenlace de ese viaje. La vida nos tiene sorpresas a cada paso que damos; muchas veces queremos evitar los problemas buscando un atajo y anhelamos desviarnos del camino, pero, justamente en ese desvío resulta que están las molestias que hemos querido evitar. Como al tiempo no lo podemos retroceder debemos afrontar esos inconvenientes con las capacidades que nos hemos armado hasta ese momento; muchas veces descubrimos que nuestra fortaleza supera las dificultades encontradas y que, ha sido el temor a enfrentarnos lo que nos hace derivar nuestro camino. Esto es justamente lo que les ocurría a la pareja de ovejas: madre e hijo. El palomo escuchó los balidos del hijo suplicando a su madre no llegar a la cima, pues, le comentaba: allí sería su perdición. El joven sospechaba que en la cumbre les estarían esperando una banda de carneros asesinos para matarlos, no comprendía cómo llegó a su mente esa alucinación, pero, aseguraba: este día será el último de su vida…

 Ante semejante noticia el palomo adelantó su vuelo para cerciorarse del hecho y ciertamente en la cima estaba un grupo de una decena de carneros. Cuando llegó a la cumbre la manada de carneros pastaba tranquilamente. No encontró ningún indicio evidente para calificarlos de asesinos ni que ellos fueran a cometer semejante delito. Los ojos de los carneros eran mansos y no había inquietud en su pastoreo. De pronto escuchó un berrido lastimero, que para los oídos del palomo le resulto una conversación:

*—¡Deja madre de insistir…! Tomemos la estrecha senda de la derecha para alcanzar nuestro destino.*

 *—No temas, hijo. Para conseguir el objetivo que persigues debemos salvar todas las murallas que la vida nos depare…*

El palomo se acercó timorato a la pareja. No estaba seguro de manifestarle que en la cima tan sólo se encontraban unos cuantos carneros pacíficos, y que nada les podría suceder. Se preguntó: ¿sería prudente alentarles para que continúen con el mismo camino? No se atrevió a decirles nada. Que la decisión que ellos tomasen sea de su propia responsabilidad… Las ovejas vieron con recelo al palomo que sobrevolaba encima de sus lomos. Alzaron sus ojos y continuaron su camino.

Cuando la pareja llegó a la cumbre e hicieron su aparición en el sitio donde pastaban los carneros, estos dirigieron sus miradas al par de intrusos y comentaron entre sí algunas frases. El palomo no logró interpretar lo que decían, pues, lo habían realizado en susurros. Desde detrás de algunos matorrales aparecieron varios lobos disfrazados con capas de ovejas. Habían permanecido agazapados hasta que escucharan la señal prefijada y establecida de emitir cuando llegaran la pareja de ovejas. El grupo de carneros, sin que recibieran ninguna orden, se apartó del lugar y dejaron el espacio libre, que inmediatamente, fue ocupado por los chacales. La pareja de ovejas detuvieron sus pasos, sorprendidos, ante la aparición repentina de sus enemigos naturales. La emboscada fue perfecta. En un abrir y cerrar de ojos la pareja estuvo rodeada de cientos de lobos. Entonces el Jefe de la gavilla se adelantó para interpelar a los visitantes; las ovejas se mantuvieron impávidas ante la presencia masiva de hostiles. Huir hubiera ocasionado una muerte deshonrosa, e instantánea, en las garras de aquellas fieras. El Jefe miró con rabia a los ojos del cordero mientras su hocico babeante mostraba sus colmillos amenazantes.

*—Por sus propios medios han llegado hasta nuestro territorio. Hoy serán sacrificados y deberán pagar con sangre el atrevimiento de cruzar por nuestros dominios. Lo que habéis hecho es una afrenta… Habéis escogido el camino equivocado para conseguir el alma…*

El cordero hijo bajó su mirada y miró de reojo a su madre, nunca le había confesado que el viaje emprendido desde hace algunas semanas perseguía encontrar su alma; con sus patas delanteras dibujó algunos garabatos en el suelo pedregoso. Su madre extrañada por la delación en contra de su hijo miró a su vástago con desconsuelo, más no perdía de vista los movimientos de los chacales, estaba alerta ante cualquier agitación que pusiera en riesgo su integridad y su vida. En el momento en que su madre, con su boca, le acarició el lomo, levantó su mirada y clavó su mirada en los ojos del lobo mayor.

En tanto, el palomo se mantenía en el cielo observando todo lo que acontecía en el suelo. Comprendía que si intervenía, su frágil cuerpo sería fácil presa de los depredadores. Así que, se mantuvo a la expectativa de cómo se iban desenvolviendo los hechos en la colina. En eso, un bramido retumbó en la zona: los matorrales, los arbustos y hasta los árboles más corpulentos vibraron al cruzar las resonancias. El palomo, por efecto de la onda expansiva, estuvo a punto de perder el equilibrio y venirse al suelo, con esfuerzo logró capear al eco; cuando se estabilizó escuchó al jefe de los chacales ordenar a su banda:

*—¡Tomad a esta mujer prisionera y llevadla a la mazmorra! A las pretensiones del cordero, conjuntamente con su vida, aniquilarlas…*

*—¡Vamos a degollarlo! ¡Decapitación! ¡Decapitación! —*gritaba la manada enardecida.

Al escuchar las intenciones malévolas de los chacales el palomo pensó que algo debía hacerse con urgencia; su actuación era inminente si quería evitar el cometimiento de semejante condena injusta contra un indefenso cordero. Mientras estaba en esas cavilaciones, la turba guio a la oveja madre hasta un descampado en donde se localizaba una gruta camuflada de cirios encendidos, flores naturales marchitas y ramos de rosas artificiales. La mamá se dejó llevar y no puso obstrucción para que se la llevaran a ese sitio privilegiado. Una vez que ingresó dentro de la cueva fue puesta en un pedestal; y desde esa posición observó las torturas y castigos a los que fue sometido su hijo. Por insólito que nos parezca, de los ojos de la oveja madre no descendió ni una sola lágrima. El cuerpo desfalleciente del hijo del cordero estaba tirado en el suelo cuando el palomo se acercó, con valentía, a curar las heridas. Cuando el jefe de los carniceros se aproximó para retirar al intruso, el palomo alzó su vista increpándole:

—¿De dónde te viene el poder para sacrificar a este indefenso cordero…?

El chacal se asombró al escuchar como del pico de esa ave salían pensamientos que él interpretó claramente, parecía como si su padre le estuviera retándole. En contestación emitió otro balado, éste sonó reconciliador, pero, sin perder su autoridad.

—*No requiero que nadie me otorgue atribuciones para juzgar lo que conviene o no a los habitantes de mi jurisdicción.* Luego añadió*—: El cordero ha invadido mis territorios y ha tratado de arrebatar nuestra soberanía… Y si eso no es suficiente, con su visita ha pretendido cambiar nuestra mentalidad… Acaso no habéis escuchado que trajina en la búsqueda de su alma… Yo te pregunto: ¿Qué animal tiene alma…?*

—¿Alma…? ¿Qué es el alma…?

*—Esa pregunta deberías dirigir al cordero… Él es quién lo busca… —*vociferó el chacal.

—Es ya está moribundo… Dudo que me pueda dar una respuesta satisfactoria.

*—Dicen, lo escuché decir a unos viejos amigos carneros, que ésta, el alma, se libera con la muerte… —*el ladrido del lobo, antes prepotente y belicoso, se volvió manso y pacificador.

—Si decís que con la muerte se libera… dejemos morir al cordero…

En ese instante los cielos se abrieron, se rasgó el manto azul del firmamento y, sin que hubiesen nubes en la atmósfera, se desató una tormenta nunca antes sucedida en esos parajes. Los truenos estallaron y los rayos iluminaron la zona. Entre los presentes se produjo tal desconcierto que todos los coyotes huyeron despavoridos buscando obnubilados donde refugiarse de la furia de la Naturaleza. Sólo quedaron en la escena el jefe de los chacales, el palomo y el cordero agonizante. Los carneros hace rato que habían huido del lugar; los otros miembros de la manada de chacales bajaron al pie del monte a esperar el desenlace de estos acontecimientos que no lograban entender.

El Cordero, con un débil berrido, muy semejante a un lloriqueo, logró exclamar en su último suspiro: *Dejo en vuestras manos mi espíritu…* Y expiró.

El palomo y el jefe de los chacales miraron expectantes el cadáver del cordero; esperaron observar alguna esencia elevándose del cuerpo inerte. Pero no sucedió nada extraordinario. Luego de varios minutos de espera en vana, el jefe de la manada se impacientó… Y de la impaciencia saltó al enojo; del enojo pasó a la rabia… Y la furia aplacó arremetiendo contra el palomo. El palomo que miraba atentamente las fosas nasales del cordero, convencido que desde los orificios emergería su esencia, sintió las pesadas pezuñas del carnero en su cabeza y cayó al suelo, muerto.

Lo inexplicable de algunos hechos que se suscitan en la historia, muchas veces, no podemos expresarlos con palabras. Lo que aconteció en ese momento, contando como único testigo al chacal, es totalmente inverosímil; si se lo contáramos a nuestros nietos, podríamos atribuirlos a los dioses o, que, lo sucedido fue un milagro o, tal vez, les diríamos que son los misterios que encierra la vida. Del palomo emergió una suave nube amarillenta que se elevó por sobre la cabeza del lobo. Éste, ofuscado trató de esquivarlo; temía que esa substancia purulenta contaminara su cuerpo. Pero la nubecilla se esparció en el aire y se difuminó en la parcela hasta confundirse con el polvo del suelo y con las ramas secas caídas de los arbustos cercanos. La capa de niebla, también, fue a posarse sobre el cuerpo inactivo del cordero y lo cubrió completamente. No transcurrió mucho tiempo y la bruma se disipó; cuando el ambiente quedó transparente el cordero había desaparecido. En el lugar que ocupaba surgió un arbusto lleno de espinas y todas las ramas secas, rozadas por la nube, reverdecieron. El palomo, sin una explicación razonable, batió sus alas y se desembarazó del polvo árido que se había impregnado en sus plumas; abrió su pico, desmesuradamente, procurando que sus pulmones se llenaran pronto de aire; sus patitas, casi sin fuerzas, aún endebles, lograron levantarle; cuando logró ponerse de pie, se desatendió de lo que ocurría a su alrededor y elevó su vuelo. El chacal, estupefacto, observó lo que acontecía a su alrededor. No podía creer en lo que veía.

Cuando el lugar quedó desierto, el jefe de los chacales, cabizbajo, descendió de la colina para reunirse con los miembros de su manada. Su mente divagó hacia momentos futuros en los cuales los coyotes subyugaban a las dóciles ovejas con el propósito de usufructuar, en beneficio conjunto, del hecho que acaba de experimentar. La bandada de chacales, oculto entre los matorrales de la llanura, estaba desperdigada en toda la montaña, aun temerosa del evento que habían logrado apreciar. Uno tras otro fueron saliendo de sus escondites para acompañar a su jefe. De pronto, un animal especial cruzó por la planicie —no se parecía en nada a sus colegas—; el chacal lo miró con recelo y guio su vista hacia su fisonomía: sus patas eran largas y firmes, su pelaje era lacio, corto y brillante y de su cabeza colgaban dos grandes orejas, y, los más notable, carecía de cuernos; sus ojos negros revelaban dulzura y mansedumbre; caminaba con parsimonia olfateando los matorrales, hurgando el suelo con su naricilla si otro de su especie había merodeado por el lugar, luego rodeaba el arbusto, giraba varias veces sobre sí mismo y levantando su pata trasera delimitaba su territorio.

*—¿Qué hace este forastero por nuestra comarca…?*

El animal foráneo notando la hostilidad del medio comenzó a ladrar ruidosamente. Y, sin que los presentes se percataran del retorno del palomo, este empezó a sobrevolar por la zona; pero, esta vez, lo hacía como un ánima, como si fuera un ser de energía. No se lo podía ver, no obstante quien estuviera un poco atento sentiría su presencia. Mientras el perrito aullaba maldiciones en contra de los lobos —sólo el palomo entendía las imprecaciones que salían del hocico del can— la energía del ave fue amalgamándose con el cuerpo peludo; y el can, paulatinamente, interrumpió sus ladridos; el ruido imperante fue reemplazado por una sosiego extraño: las nubes se aquietaron en el cielo formando figuras enigmáticas, el viento dejó de soplar, los arbustos estáticos parecía que miraran expectantes lo que sucedía en rededor; entonces el sabueso, completamente tranquilo, empezó a caminar por la falda de la colina en dirección a su hogar. El jefe de los lobos, cuando la manada se hubo reunido a su alrededor, se alejó de ese lugar; los demás compinches fueron tras él siguiendo sus pisadas hasta su hábitat natural…

**Perro.**

Mientras el perrito caminaba cabizbajo hasta su hogar, cavilaba sobre su vida. Nunca lo había hecho: cuando no estaba persiguiendo alguna perdiz se la pasaban recostado junto a una pila de leña esperando, paciente, a que su amo se acordaran de su alimento. Había días que no encontraba su plato en el sitio establecido para su comida, entonces deambulaba por el bosque cazando algún roedor perdido para mitigar su hambre. Sus días estaban cargados de un trabajo agobiante, sin embargo lo soportaba sólo por el sustento que le prodigaba su amo. Nunca recibió una caricia en su cabeza, antes bien varios golpes en su lomo y algunos gritos destemplados. Su presencia no era importante para el vecindario y gran parte del día pasaba desapercibida para los adultos, incluso, los menores de la tribu no le brindaban ninguna atención. Sus ancestros caninos le habían contado que ellos había sido *creados* para compañía y protección de los propietarios de las tierras; no se les había concedido del don del habla para dialogar humanamente con sus amos, pues, debía estar en el nivel que les correspondía: ser sus fieles servidores. Estaban dotados con la cualidad de emitir fuertes alaridos cuando les correspondía pronunciarse por algún descontento o cuando se acercaban seres extraños a las propiedades. Nosotros, le decía su abuelo, al ser adoptados por un patrón nos convertíamos automáticamente en los guardianes de sus posesiones, pues, todas los patrimonios del amo se convertían, también, en nuestros; en agradecimiento debíamos demostrar sumisión y obediencia; casi, casi resultábamos sus esclavos… También le dijeron que, había amos y amos. Amos bondadosos y generosos que no hacían miramientos en el momento de compartir su vivienda y de repartir los alimentos, aquellos que jamás daban órdenes injustas que rayen en perjuicio de la integridad física y la vida del animal; esos amos procuraban darles un lugar adecuado para descansar en las noches. Pero, había de los otros, aquellos que, cuando retornaban a los hogares, luego de la jornada de trabajo, llegaban furiosos y pateando al perro; en aquellas propiedades el alimento siempre era escaso y el jergón para el descanso nocturno invariablemente era la tierra sucia del cobertizo.

Un propietario, con un comportamiento similar al de los últimos descritos, era en donde vivía el perrito. Ese día especial había salido hacia los matorrales para completar su alimento, ya que, en esa mañana, en su cacerola, sólo se encontró con un trozo de pan duro. Nunca imaginó que al regresar a su *hogar* su ser se había transformado: su mente vio con claridad del porqué el comportamiento malévolo de su amo, de los maltratos y la indolencia.

El hombre que lo había adoptado —no sabía si por desgracia o por bendición había ido a parar en ese lugar; cuando recibía algún golpe, se decía: éste es mi destino, así debían quererlo los dioses; esa era su posición en el mundo y nada ni nadie podía remediarlo; estaba condenado, hasta la muerte, a vivir en esas condiciones— no tenía alma. Las divinidades le habían arrebatado para probar su condición humana, mas esto no lo sabía este hombre. Un buen ¿mal? Día, hace mucho, se levantó de su cama y su comportamiento, antes apacible y cariñoso, se tornó virulento y rencoroso, su espíritu rebozaba de maldad. Se renegó por comportarse así, sin embargo, por más esfuerzos que hacía de su parte para revertir aquella circunstancia, no lo lograba. No encontraba en su corazón una razón lógica para proceder de esa manera. Con el tiempo se convirtió en su forma natural de ser. Entonces el resentimiento y el odio lo dirigió hacía su mascota. Muchos días, cuando salía al campo, no dejaba nada de comida en la cacerola. Y al regresar, el perrito lo esperaba temeroso, pues, sabía, de los golpes que recibirían su lomo y sus patitas.

El sabueso, aun siendo un cachorro, llegó al hogar cuando la transformación del hombre había ocurrido ya hace mucho tiempo atrás, y estaba convencido que los humanos eran así por su naturaleza: perversos y malos. Había escuchado una corta historia que sus mayores jamás lograron aseverar que fuera cierta o no. Pero en el imaginario canino estaba presente y no existía manera para cambiar ese prejuicio, por más esfuerzos mentales que derrocharon, los antecesores, en el propósito. Decían que el hombre había desobedecido algunas recomendaciones dadas por los jefes del clan. Era una nimiedad, sin mucha trascendencia, pero fue una condición que las autoridades impusieron para poner a prueba su fidelidad. Y ante todo, deseaban que la arrogancia y la vanidad del hombre se vieran disminuidas y, con el pasar de las estaciones, por fin, fuera eliminada. Le habían ordenado, mejor dicho: prohibido, que sembrase, ese año, el maíz, ya que los graneros estaban llenos, y las reservas eran suficientes para el abastecimiento de todo un ciclo solar. Pero su necedad fue grande y, haciendo caso omiso a las ordenanzas, sembró la gramínea en todo su territorio. Cuando acumuló todo lo cosechado y lo transportó a los silos no encontró espacio suficiente, ni disponible, en las bodegas y todo lo que había obtenido por su desobediencia quedó esparcido, diseminado y desperdiciado en los terrenos de los vecinos; una parte quedó en los caminos; otra, en las casas en los sitios más sorprendentes, como: debajo de las camas, dentro de los muebles de la cocina, sobre los sillones de las salas, bajo las mesas del comedor y en el interior de los techos; los libros de los estantes fue reemplazado con fundas repletas de maíz. En esta situación, al enterarse de la abundancia del cereal, millones de ratas, de lejanos continentes, inmigraron y consumieron el grano hasta el hartazgo; la sobrealimentación se generó una sobrepoblación de roedores y esto trajo consigo las enfermedades. El hombre fue expulsado del clan con el epíteto de: Ser desalmado (desprovisto de lama). Fue en esta condición de desterrado cuando llegó a lo que hoy es su propiedad, pero su carácter jamás cambió, antes empeoró…

Volvamos con la triste vida del can. El perrito se acostumbró a vivir en medio de ese ambiente malsano y hostil. Y cuando ese día, luego de que su cuerpo acogió el alma del palomo, consideró que estaba en condiciones de perdonar el maltrato recibido, y decidió, aunque le costase su propia vida, cambiar la conducta pérfida de su amo. Sin embargo, ni bien ingresó a la cabaña el patrón lo esperaba con un carácter de los mil demonios. Y, enseguida, le increpó:

—¿Dónde estuviste malnacido…? ¿Acaso olvidaste tu obligación de cuidar al rebaño…? ¡Las ovejas han quedado en peligro… mientras tú estabas de parranda pudieron haber llegado el lobo feroz…!— Sin que el perrito pueda defender su comportamiento agachó su cabeza y encogió su cola bajo sus patas traseras; en el instante en que pasó delante del amo recibió un fuerte golpe en su espalda; gimió lastimero adelantando sus pasos temeroso; su intención era ingresar, cuando antes, en el cobertizo para evitar la paliza, pero sintió otro golpe en sus cuartos traseros. Se doblegó y, como si se hubiera desatado una gran tormenta y fuera sorprendido en campo abierto, le llovieron varios latigazos. No supo cuántos le cayeron. Arrastrándose a su jergón de tierra se recostó del lado que había sido menos lastimado, entonces miró suplicante a su amo para que su descuido, no intencionado por cierto, le fuese perdonado. El amo, dejándole tirado en su rincón, salió del lugar exclamando furioso—: ¡Malagradecido…! ¡Hoy te vas a dormir sin la merienda!

El perrito quedose en su rincón, viendo con sus ojos lastimeros como su amo se alejaba furioso. Cuando se quedó solo ideó un plan para acercarse al hombre y lograr revertir la mala conducta del hombre. No estaba seguro que su propósito surtiera efecto, sin embargo recordó lo que, alguna vez, su abuelo le recomendó: *No hay peor gestión que la que no se realiza*… Con ese pensamiento cerró sus ojos y se quedó dormido. Cuando recordaba los hechos nunca supo si lo que sucedió fue un sueño u ocurrió en la realidad.

Las heridas ya no le dolían pero en el sitio de las magulladuras veía varios cortes que no habían sanado completamente. Su amo había salido al campo muy temprano, la casa se encontraba vacía; se acercó a su cazuela con la esperanza de encontrar algún alimento: estaba limpio, ni siquiera una gota de agua. Regresó al umbral de la puerta y se recostó a esperar el regreso de su amo. La horas pasaron y el cielo empezó a oscurecerse. El lugar por donde asomaba su amo todas las tardes se llenaron de sombras y la figura que acostumbraba ver todos los días, cuando el sol se ocultaba detrás de los árboles, no apareció. Alzó su hocico y olisqueó el aire con la ilusión de percibir el olor característico del sudor de su patrón. Nada. Clavó su vista en esa dirección; y, aunque hubiera ocurrido el peor desastre a su alrededor, no dejó de mirar en ese punto. La noche avanzaba y las sombras cubrieron todo el lugar. Algunas luciérnagas emitieron fugaces brillos en el manto oscuro y el canto de los grillos inundaron el silencio de la estancia. El perrito permanecía impávido en su lugar, cuando, de pronto, escuchó el ruido de algunas hojarascas removiéndose; aguzó el oído pero no pudo definir el sitio del cual provenían. Se levantó inmediatamente sin que le importará si las heridas se agrieten por el movimiento brusco realizado. En cuanto identificó el lugar de dónde procedían los sonidos corrió en esa dirección. Entre las penumbras localizó un bulto que se movía pesada y con mucha dificultad. Se acercó con cautela y en el aire se difuminó el olor, harto conocido, de su amo. Cuando estuvo junto al cuerpo observó los ojos del hombre suplicantes de ayuda. Ladró ruidosamente como diciéndole que no se preocupara, que él se haría cargo de la situación. Enseguida mordió la manga de la chaqueta del moribundo y, sacando fuerzas de su debilidad, lo arrastró hasta la puerta de la vivienda; cuando estuvo recostado contra la pared, le lamió la cara, e inmediatamente emprendió una veloz carrera hacia alguna casa cercana, esperanzado que lo halle habitada.

No pasó mucho tiempo cuando varias personas estuvieron alrededor del hombre curando sus heridas. Algunos murmuraban quedamente sobre quién podía haberle causada tanta daño; otros, miraban al perrito como diciéndole que si no hubiese sido por el llamado de auxilio del animal, el vecino ya habría muerto. El amo no se explicaba cómo su perrito, que había quedado moribundo luego de la paliza, pudo comunicarles sus malas heridas ni de cómo les había conducido hasta su estancia. Mientras el vecindario curaba las lesiones del hombre, el perrito se sentó en sus dos patas traseras atento ante cualquier pedido u orden en la cual él pudiera servir de utilidad. Las pequeñas lámparas que habían traído consigo no desveló las heridas del animal. Tampoco el perrito deseaba develar que él, también, sufría algunas heridas, no creía necesario ponerlos en evidencia. Los lastimados suyos eran del alma, decía, y solo se curarían con el perdón del amo, y se reestablecería totalmente si recibía un poco de cariño y alguna caricia en su cabeza.

A la mañana siguiente, el perrito, se despertó sobresaltado. ¿No acertaba su mente descifrar si lo que vivió en la noche había sido sólo un sueño…? Los dolores de las magulladuras provocadas por el castigo del amo aún estaban presentes en su cuerpo; a pesar de las dolencias se puso de pie; logró, con alguna dificultad, acercarse a la puerta de ingreso de la vivienda. Aunque le estaba claramente prohibido entrar a los aposentos observó que la puerta no estaba completamente cerrada. Los vecinos habían tomado la precaución de dejarla entreabierta por si sucedía algo en el transcurso de la noche. El perrito husmeó a través de la rendija y no escuchó ningún ajetreo en el interior; la empujó suavemente y se introdujo cautelosamente. Su instinto natural fue valioso para ubicar la habitación del amo. Se dirigió al aposento y el acceso estaba a su disposición. La habitación, en penumbras, reinaba el olor característico de su amo; si no hubiera sido porque la puerta se encontraba medio abierta la oscuridad del interior no le hubiera permitido divisar ningún objeto y hubiera sido como si ingresara en un hoyo de una profundidad infinita. Adelantó sus pasos y divisó una masa en el rincón; las mantas del lecho habían rodado al suelo y sobre unas sábanas de color café amarillento reposaba un bulto en posición fetal. Tuvo la intención se saltar sobre el catre y revolcarse en torno a ese cuerpo querido. Pero no. No es prudente, se dijo. Permaneció en silencio en espera de que su amo diera señales de vida. El tiempo se fundió con la obscuridad y se mezclaron profundamente hasta formar una sola substancia. No lograba distinguir las dimensiones del uno y el transcurrir del primero. No supo cuánto tiempo pasó en la vigilia, no diferenció si lo transcurrido fueron horas o días, cuando se produjo un ligero movimiento del bulto: era un suspiro profundo y espeso, tan denso que fácilmente pudo haberse atrapado en una botella, sin embargo, antes de enfrascarlo, el aliento disminuyó su efecto paulatinamente y se difuminó completamente en el ambiente. Enseguida, el perrito, plantó sus orejas y alertó sus sentidos, esperando algún signo de vitalidad; no obstante, el cuerpo continuó sin movimiento. En breve, su olfato distinguió un olor extraño: un hedor, similar al producido cuando un cuerpo empieza con el proceso de putrefacción… Entonces, se dijo: ha llegado el momento, y arrancó con el plan que había previsto ponerlo en práctica.

De un solo salto trepó al camastro y se acomodó al lado del cuerpo inerte de su amo. Una lagrimilla rodó por su mejilla y al resbalar hasta su boca degustó de su sabor salado. Esa gota cristalina, resbalando por su pelaje, significaba la rúbrica que sellaría el pacto que él se había comprometido. Apegó su rostro a la cara del patrón y le transmitió la humedad de su llanto y, con esa transpiración cálida, le transfirió su alma.

Cuando se terminó el proceso, el animal empezó su agonía. Sin embargo, en el rostro se asomó vívida y elocuente la satisfacción y felicidad al obsequiar su vida en deferencia a su profeso amor por el amo. Había transferido su vida con el noble propósito de que su patrón enrumbe su destino y su mal proceder. Su anhelada empresa se volvía realidad: su patrón se convertiría en un verdadero Ser Humano; recuperaría el alma. Su sacrificio no podía ser en vano, su muerte debía dar una vida nueva a quien más amaba: al hombre; su aliento debía servir para que se alcance el milagro de regenerar el futuro de todas las existencias en el planeta; su decisión era el principio y, con ese inicio, la cadena se prolongaría hasta lograr la felicidad de todos los habitantes del universo. Con ese propósito había elaborado su plan y al ejecutarlo sentía una inmensa complacencia y gozo. Pero el costo era mayúsculo, a más de transferir su alma al cuerpo inerte de su amo, él debía perder su vida.

Mientras el alma canina desocupaba la cárcel de su organismo el dolor de sus lesiones se aplacaba; se estremeció todo su ser porque el desgarramiento le causó placer. Un orgasmos de vida cósmica recorrió su cuerpo. A medida que la vida del perrito se extinguía el cuerpo inerte del amo se llenaba de vitalidad. La transferencia no tardó mucho, había bastado el tiempo suficiente para que todos los miembros del sabueso dejaran de palpitar y los órganos del hombre empezaran a latir. Cuando se acabó el proceso, un destello de luz proveniente del espacio infinito del universo clareo la habitación. En esa claridad momentánea se divisó al perrito recostado, inerte, al lado de su amo, y éste recobraba su energía y fortaleza. Era un hombre nuevo, transformado. Un nuevo ser… Había nacido el Ser Humano.

Desde ese entonces, el alma, ahora alojada en el cuerpo del hombre, lleva consigo las herencias ancestrales de sus antepasados. Herencias del comportamiento del ratón, del león y de la paloma; y, claro, del mismo perrito. Con esas esencias dentro de su cuerpo pudo asimilar las podredumbres y miserias humanas de los bajos mundos; la valentía e intrepidez para salvar los peligros y enfrentar las dificultades; y le serviría para seguir adelante en los mejores propósitos de la vida; la mansedumbre, la sencillez y la humildad, una vez superados los problemas, emplearía para complacerse y regocijarse en las victorias y en los triunfos. Y todo debía emprenderlo con amor canino: desinteresado, aun a costa de su propia vida.

Ese nuevo ser, el nuevo hombre, el Ser Humano recogió a su fiel amigo, inactivo, de su camastro, lo tomó entre sus brazos y lo llevó hasta el jardín. Y al pie del más hermoso arbusto de su propiedad cavó una fosa, lo colocó dentro y cubrió su cuerpo con aromáticas hierbas. Una gota de rocío, remojó sus párpados y refulgió centellas que estremecieron al cielo; al caer sobre el cuerpo flácido del perrito, humedeció su pelaje y le lavó las heridas.

**Epílogo.**

Unas palabras finales.

Nadie sabe para quién trabaja. Mucha familia quedara con vida después de nuestra muerte y, si hemos alcanzado bienes materiales, gozarán de aquellas sin que hayan aportado nada, o poco, en su consecución. El gabán recién adquirido calentará las espaldas, y lo lucirá como propio, poco después de haber dejado al difunto en su tumba fría. Pero qué le importará al extinto si, la prenda, ya no le calentará su cuerpo. Todo lo que le pertenecía se quedará para repartición de los deudos que, sin merecerlo, usufructuaran de los beneficios de lo alcanzado en su vida. Hasta el aire que respiraba será de quienes conserven la vida. Su recuerdo, su vida, su ejemplo y todo su legado espiritual se irá difuminando con el tiempo. Hasta que un buen día se convertirá, como uno de los tantos miles de millones que han fallecido antes de nosotros, en la gota de agua que el río arrastra en su torrente. En un breve tiempo fuimos parte de ese caudal, pero en otro corto periodo ya no seremos más que la gota que formó las espumantes olas o que rozó las irregulares y humedecidas orillas. Pero aun así de insignificante, seguiremos siendo parte de esa inmensa corriente que conforma la humanidad. Influyentes o no, somos la gota que pudo haber derramado el vaso. O podríamos ser la gota de agua que tanto desearía el sediento solitario en un desierto, o, tal vez, la misma que provocaría el derrumbamiento del dique y traería consigo los aluviones y las inundaciones de los valles y la pérdida de huertos, sembríos, de vidas… O quizá, la que se infiltró en las tierras áridas sin que nada extraordinario sucediera o la que se evaporó con el sol abrazador del mediodía. Muchos serán las gotas mágicas del rocío, perfectas en su forma y brillo, asentadas pacientemente en las hojas de la floresta esperando ser descubiertas por quienes admiran la belleza de existir. O seremos las gotas que resbalan por las tersas mejillas de los niños cuando se agota el elixir de la vida que emana del pezón de la madre. O las que fluyen en la frente del que piensa, del que busca afanoso en la tierra el alimento de sus hijos, del que guía a los pueblos a horizontes de esperanzadores sueños o del que nos conduce al precipicio de la guerra y al abismo de la destrucción, o del que imagina mundos extraños, o del que con su cuerpo hace vibrar el corazón afligido, o del que con su canto envuelve las almas en aromas deliciosos de encanto y fantasía, o del que nos eleva con su poesía a pedestales de ensueños y quimeras… En esas gracias contradictorias entre efímeras e inmortales vamos sembrando ilusiones, haciendo surcos y dejando huellas. Y otros pasos andarán por esas veredas, ahondando el rastro hasta convertirlas en sendas imperecederas de la existencia de la humanidad. En el transcurso de esos caminares iremos recogiendo flores y frutos, ramas y hojas, y, algunas vez, rastrojos y maleza; y cuando nuestro andar se vuelva lento y nuestras fuerzas mermen iremos dejando, a la vera del sendero, los pesados troncos y las más hermosas rosas, y quedaran regadas las ternuras y los cariños, las sonrisas y los llantos, los fracasos y los triunfos, y la brisa de los tiempos ira esparciendo en el aire la esencia y la fragancia de lo que fuimos hasta confundirnos con el espacio etéreo. Y eso fue lo que sucedió… El milagro y el misterio del inicio y el final de la vida…

No supo qué había acontecido. Su cuerpo no distinguió ninguna sensación del estado del ambiente: no sintió ni frío ni calor; sin embargo, estaba a gusto con la temperatura del espacio; aunque se encontraba a penumbras, su instinto le decía que sobre su cabeza se encontraba un techo y que, a sus costados, no muy distante, se erigían paredes sólidas. Bajo sus pies notó que el piso estaba constituido de algún material blando como de nubes blancas. El lugar era agradable. Aguzó los oídos para percibir algún sonido. Nada. Silencio total. Se mantuvo quieto durante un corto tiempo esperanzado en descubrir algo, no sabía qué, que lo liberaría de su soledad; cuando la vista se acostumbró a la oscuridad puedo observar que del lado izquierdo, algo, se movía; las persianas colgadas desde un punto incierto del cielo raso se deslizaron levemente y dejaron entrar un rayo de luz blanquecino que iluminó el recinto. No había ningún mueble en la vasta habitación. Todo estaba vacío. Entonces clavó su ojos en el sitio que consideró era una ventana. Pero, temió movilizarse, envolviéndose en la incertidumbre de cruzarse con alguna eventualidad peligrosa en el trayecto, y se repitiera el daño que había experimentado hace poco. Sin embargo, nació en su interior un sentimiento parecido a la curiosidad y, al poco rato, su prurito de saber el destino fue en aumento. Sin embargo, a medida que se encaminaba hasta el lugar la aprensión de toparse con un riesgo fue atenuándose, pues, el camino estaba expedito. Cuando asomó su rostro al orificio quedose estupefacto.

 Su campo de visión logró extenderse a varios kilómetros en el horizonte. La superficie que miraba era plana y no se divisaba ninguna construcción humana, accidente geográfico o vegetación. Nada. La explanada parecía desarrollarse hasta el infinito; una línea perfectamente recta, contrastando con lo que su conocimiento ancestral le dictaba, se dibujaba en la lejanía y separaba lo que consideraba tierra y espacio: una superficie arenosa y amarillenta en la parte baja y, una de color celeste sucio, en la superior. ¿Estaba soñando? Se restregó los ojos para salir de la ensoñación, y al pasar el dorso de sus manos por sus tersas mejillas no las sintió. Su mirada no dejaba de contemplar el extraño paraje. Su voluntad le ordenó que cerrara los ojos, pero estos no obedecieron. Fue en vano toda tentativa para quitar la visión de su mente; se la presentaba ante él aun cuando no lo quisiera. Derrotado, y sin opción para esquivar el paisaje, traspasó el agujero y caminó algunos pasos en dirección de la línea recta. Ésta parecía inamovible, e infinita en los extremos. No entendía qué sucedía. En alguna parte debía curvarse, meditó. Giró sobre sus talones esperando ver un panorama diferente, pero el campo, en este otro lado, era igual. ¿Dónde estoy? ¿Qué me ha traído hasta este lugar? ¿Y la gente? ¿Dónde han ido las demás personas? ¿Estaré sólo?

 Trató de rememorar su vida antes de llegar a este paraje, pero su mente no registraba nada, estaba hueca: era como si algún sediento se hubiera bebido, de un solo golpe, toda el agua del vaso que le habían servido al llegar al oasis. ¿Qué le estaba pasando? Movió su cabeza de un lado para otro para disipar el mal sueño. Cuando lo detuvo, todo seguía igual. Entonces tomó conciencia de que estaba completamente sólo. Ninguna persona, ningún animal, nada de vegetación, nada de construcciones. Sólo. Solo, él y el Universo.

 Una ligera brisa le rozó, y su cuerpo se elevó por encima de la superficie, recorriendo una distancia indefinida. Su organismo revoloteó en el espacio dando giros violentos e interminables mientras su mente permanecía inmóvil. Todo daba vueltas en su rededor y, al revolotear aleatoriamente, se percató que millones de partículas le acompañaban en sus rotaciones. ¿Qué serán? Cada uno de estos corpúsculos tenía un color diferente y brillante. Titilaban a una velocidad infinita y en cada destello se acercaban y alejaban de su sitio. Cuando creía que se colisionaría con aquellas, una fuerza misteriosa hacía que se repelieran inmediatamente. De nada le servía su voluntad en la pretensión de hacer migas con alguna de ellas: cada vez que se aproximaba a una de ellas rebotaba bruscamente dando volteretas interminables. En un momento creyó que la brisa había dejado de hacer su efecto y su cuerpo permaneció quieto por un instante, entonces, aprovechando la circunstancia, trató de ordenar sus pensamientos. En ese momento, de su interior, brotó leves y difusas imágenes de un pasado remoto. No eran recuerdos, propiamente dichos, ya que en ninguna de esas imágenes se reconoció. Pero estaban cargadas de una inmensa cantidad de información: desde antiguas manías ancestrales, como la recolección de frutos y la caza de animales para la supervivencia, hasta conocimientos informáticos complejos en el manejo de intrincadas supercomputadoras; además, arrogaban millones de datos e informaciones sobre el color de sus ojos, de la forma de su pelo, de la frescura de su piel, de la forma de su nariz, de sus orejas, de sus labios, del lunar exquisito colocado justo sobre el labio superior; referencias sobre las dolencias, los achaques y las fortalezas que su corazón y sus riñones padecerían; habilidades y torpezas; gustos y desazones; disgustos y gozos… Todo en pequeñísimas dosis. Todo en perfecto orden y clasificación. Sin embargo, sobre toda las cosas que *recordaba* se encontraba una minúscula partícula adherida en la parte interna de su ser; se diferenciaba de las demás por su color y brillo; se movía a gran velocidad y quería salirse del encierro cada vez que algún corpúsculo pasaba cerca de él; vibraba con ímpetu y era muy difícil mantenerla tranquila ni un sólo instante. Esa pequeñísima brizna se llamaba: Vida. Los componentes de aquella partícula esperaban ansiosas que ella: la Vida, saliera emancipada de la cárcel que la encerraba y se manifestara en todo su esplendor. No entendían cómo sucedía pero sabían que, si no lograba escapar del encierro no les serviría de nada sus cualidades. Todas se perderían en el espacio infinito y oscuro de la Nada. ¿Qué hacer para que esto se produzca? ¿Debía actuar alguna fuerza misteriosa y sobrenatural? ¿Alguna divinidad?

 Entonces, sucedió algo inesperado. Su diminuto cuerpo fue arrastrado por un flujo blanquecino y caliginoso, tan enorme como el caudal de miles de océanos volcándose al abismo, hacia una caverna húmeda y oscura, de una coloración carmesí como la sangre. Varios canales se bifurcaban en su interior y no supo, al principio, por cual conducirse. Pero el torrente que lo impulsaba lo obligó a dirigirse por un estrecho ducto, aún más tenebroso que la caverna. Sintió temor de perder su identidad y su existencia. Del conducto resbalaba, en dirección contraria, una partícula que le superaba, mil veces, su tamaño. Fue la curiosidad por conocer de cerca a esa gigante lo que le dio valor, y apresuró su viaje para el encuentro inevitable. Y de pronto, ahí estaban los dos: una partícula pequeña frente al monstruo devorador. David contra Goliat. A su recuerdo acudió la máxima: *Si no puedes vencer al enemigo únete a ellos…* Pero no hizo falta tomar la iniciativa. La fuerza que emanaba de la partícula gigante le atrajo instantáneamente a su interior y, en un dos por tres, fue devorado. Dentro de la inmensa célula observó que ésta, también, contenía los mismos componentes que él llevaba en su interior. Los mismos compuestos pero de otro origen. Semejantes. En el interior pudo cerciorarse que contenía otra porción de la Vida. Y se produjo la Gran Explosión. El Big Bang microscopio. El inicio de la existencia.

 La parte de Vida de él se fundió con la porción de la Vida de ella; gran parte de las cualidades de su cuerpo se fundieron con las partículas de la célula gigante; otros caracteres empezaron una lucha fatal, una brutal guerra de vida y de muerte: algunas sucumbieron a las de mejor apariencia, otras sobresalieron por su persistencia y ambición. Lo que había sido de él y lo que era de ella ya no fue más. Los dos jamás volverían a existir: fallecieron en la conjunción. Y de la unión de los dos se formó otra diferente e inmediatamente, sin que las voluntades de los dos interviniera, ésta partícula única, independiente, solitaria e impulsaba por el don de la Vida que cada uno transportó en su interior, se fue partiendo: primero en dos, luego cada parte en otros dos, hasta hacerse miles y millones de partículas… Y cada una llevaba en su interior lo que sus ancestros les habían heredado. Eran ellas mismas pero cargaban en su interior lo que, otrora, habían sido. Ahora, las innúmeras partículas dieron luz a un nuevo ser vivo: totalmente diferente, pero diametralmente igual; demasiado complejo para ser comprendido por sus orígenes. ¿El milagro de la vida con la muerte?

Y el retorno a los umbrales de su existencia enrumbará sus pasos en dirección inversa. De lo complejo a lo simple, y de lo simple a la esencia de los misterios; de los misterios a las cumbres de la incertidumbre y de las esperanzas. La partícula que fui convertida en compleja y la compleja volverá a su condición primigenia de miles y miles de partículas vivas. *Polvo fuiste y en polvo te convertirás…* De la Nada nacimos y en la Nada nos convertiremos… El Todo. La Nada. ¿Quién sabe?

Cuenca, mayo del 2017.

1. Son varias las costumbres que el mundo, el género humano, ha adoptado para rendir tributo a sus muertos. En un reciente dictado papal, del año 2016, se ha prohibido que los restos, o parte de aquellos, de los fallecidos incinerados sean guardados en sus casas o jardines o esparcidos al viento. Sin embargo, cualquiera que sea la cultura adoptada, ésta no siempre ha estado presente dentro de las costumbres de los pueblos. Al parecer, esta cultura nace por situaciones higiénicas, es decir, desde que el hombre se vuelve sedentario y la podredumbre de los fallecidos causaba malestar entre los habitantes. Estudios arqueológicos de enterramientos, aunque bien pueden confundirse con los de sacrificios humanos, hacen presumir que desde el Neandertal se inician estas prácticas funerarias. [↑](#footnote-ref-1)
2. Los cultos realizados en honor de nuestros muertos siempre están caracterizados de mucha solemnidad. Y, las lágrimas y tristeza por el ser perdido están presentes hasta que el difunto se ha difuminado de nuestra mente. En ciertas culturas, en base de las creencias propias de su gente, la despedida se la realiza con alegría y se elevan cantos de gozo en medio de algarabía y danzas. [↑](#footnote-ref-2)
3. En el Génesis 1:1 se lee: “En el principio Dios creó los cielos y la tierra…” Esta creencia, convertida en dogma religioso ha provocado más de alguna discusión. Luego de ésta creación, relatada en el mismo Génesis, la divinidad coloca en este planeta las condiciones para crear a los animales, a la vegetación y al Ser Humano. Intrínsecamente crea la Vida.

 [↑](#footnote-ref-3)
4. Cuando se quiere afianzar una creencia o un pensamiento del cual no estamos en capacidad de rebatir, solemos poner en boca de renombrados personajes de la religión —En el cristianismo lo hacemos indicando que está escrito en la Biblia o que lo ha dicho el mismo Jesús—, de políticos, de un filósofo, de científicos, frases dichas, en alguna ocasión, por ellos. Y estas frases las colocamos en el atrio de lo irrebatible porque precisamente fueron mencionadas por estos famosos. Muchas de las frases utilizadas, a lo mejor, realmente lo dijeron o lo escribieron, pero no lo analizamos en contexto por el cual lo hicieron y tampoco tomamos en consideración que el pensamiento tiene una evolución personal dentro de sí como dentro una sociedad.

 [↑](#footnote-ref-4)
5. Casi resulta imposible argumentar algún pensamiento cuando el creyente dice que lo hacen por la Fe. La coraza que levantan con ésta condición impide cualquier discusión. [↑](#footnote-ref-5)
6. La creación del mundo está circunscrita en un lapso de siete días. Este lapso de tiempo, la semana, es el tiempo que tarda la Luna en pasar de una fase a otro. Fases del ciclo de la Luna: Luna Nueva, Cuarto Menguante, Cuarto Creciente y Luna Nueva. [↑](#footnote-ref-6)
7. El nacer no es una acción voluntaria de quienes estamos con vida. Ni tampoco es o fue una voluntad de mis padres. Aunque podemos manifestar que ellos fueron los que originaron —aportaron con sus respectivas células reproductivas— mi vida, nunca en su pensamiento supieron quién llegaría a ser “yo”. El que sea “yo” se ha formado con el desarrollo de mis capacidades y sentidos hasta que mi ser toma plena conciencia de que vivo. Y lo que llegamos a ser no sólo será una condición de nacer sino de todo lo que en la vida lleguemos a aprehender. Y dependerá mucho del entorno en el cual nos formemos para llegar a ser lo que somos. [↑](#footnote-ref-7)
8. Es muy conocida la frase que, se asegura, fue dicha por Jesucristo: “Yo soy el camino, la verdad y la Vida…” —Este tratado no estudia la veracidad del personaje ni de sus frases recogidas en la Biblia, pero atribuimos, por lo escrito, que la divinidad nos otorgó la vida—. [↑](#footnote-ref-8)
9. m. Conjunto de pautas de conducta que se transmiten genéticamente, y que contribuyen a la conservación de la vida del individuo y de la especie: WordReferenca.com [↑](#footnote-ref-9)
10. Organismos que pueden vivir sin el oxígeno. [↑](#footnote-ref-10)
11. En el año de 1517 Martín Lutero pega 95 tesis en la puerta de la Iglesia del Palacio de [Wittenberg](https://es.wikipedia.org/wiki/Wittenberg). La número 27 dice: “*Mera doctrina humana predican aquellos que aseveran que tan pronto suena la moneda que se echa en la caja, el alma sale volando.”*  [↑](#footnote-ref-11)
12. Karma: Efecto por las acciones que una persona haya realizado en vidas pasadas. [↑](#footnote-ref-12)
13. La ecuación empírica de producción sería: P = (N x (1 + c)/2c); siendo P = Cantidad de productos requeridos; N = cantidad de productos necesarios; y, c = relación entre el precio de venta y el costo de producción: Tendría valores de uno (01) cuando el precio de venta es igual al costo de producción; y, más de uno si busco utilidad; y, menos de 1 si subsidio los precios. [↑](#footnote-ref-13)
14. Nota del autor. Las anotaciones realizadas están basadas en la realidad del país de origen del autor. [↑](#footnote-ref-14)
15. Nota. Reflexión del Tiempo, un extracto del libro, del mismo autor: Al otro lado de las Pantalla. Emilato. [↑](#footnote-ref-15)
16. El hinduismo. La reencarnación del alma se produce no sólo a otro ser humano sino a un ser inferior — a un animal o planta— de acuerdo con los actos cometidos por el hombre en la vida terrenal. [↑](#footnote-ref-16)
17. La mayoría de creencias religiosas, incluida el cristianismo aseguran la existen de alma en los animales. [↑](#footnote-ref-17)
18. Génesis 1:26.- Entonces dijo Dios: Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza; y señoree en los peces del mar, en las aves de los cielos, en las bestias, en toda la tierra, y en todo animal que se arrastra sobre la tierra.

Génesis 1:27.- Y creó Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó; varón y hembra los creó.

Génesis 1:28.-Y los bendijo Dios, y les dijo: Fructificad y multiplicaos; llenad la tierra, y sojuzgadla, y señoread en los peces del mar, en las aves de los cielos, y en todas las bestias que se mueven sobre la tierra. [↑](#footnote-ref-18)
19. Aristóteles introduce la noción de Forma, εἷδος, a veces μορφή, τὀ τἰ ἦν εἶναι, τὀ τἰ ἐστι, en muchos pasajes de sus obras, pero especialmente en la *Física* y en la *Metafísica.* La forma es entendida a veces como la causa formal, a diferencia de la causa material; esta contraposición entre los dos tipos de causa es paralela a la más general que existe entre la causa formal y la materia. La materia es aquello *con lo cual* se hace algo; la forma es aquello que determina la materia para ser algo, esto es, aquello *por lo cual* algo es lo que *es.* Así, en una mesa de madera la madera es la materia con la cual está hecha la mesa, y el modelo que ha seguido el carpintero es su forma. *Internet: José Ferrater Mora. Diccionario de filosofía (sexta edición. Alianza Editorial – Madrid 1979. Tomo segundo. Páginas 1269-1274*

 [↑](#footnote-ref-19)
20. Idea platónica compartida por San Agustín:

 [↑](#footnote-ref-20)
21. En cuanto al origen del alma, Santo Tomás defiende la tesis creacionista: el alma es creada de la nada por Dios. Según Platón: El alma es inmortal. [↑](#footnote-ref-21)
22. Nuevo Testamento: Lucas 13:28; Mateo 13:50. [↑](#footnote-ref-22)
23. 1era Epístola de San Pablo a los Corintios 15:32 [↑](#footnote-ref-23)
24. Palabra inventada por el autor para referirse a un paraíso de canes santos. [↑](#footnote-ref-24)